



Abrazando
LA TORMENTA



MAR FERNÁNDEZ

Little 
Colección Romántica

Abrazando la tormenta



Mar Fernández

Abrazando la tormenta
Copyright © 2019 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Treviño
violetamtcorreccion@gmail.com
Portada: Valerie Miller
© <http://es.123rf.com/>
Autor: Oleksii Hrecheniuk N°: 51085289
<https://pixabay.com/>
Autor: wanderwege N°: 2765831

All Rights reserved
1ª edición en Diciembre 2019
www.safecreative.org
Número de registro: 1911252551761
ISBN: 9781711762432
Sello: Independently published

*Esta, mi última novela me gustaría dedicársela
a tres mujeres: Pilar, Esther y Elena, de la
biblioteca pública municipal de Béjar.
Por su cariño y ayuda en todo momento.
Gracias.*

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

Epílogo

Mar Fernández Martínez

Otras obras de la autora

CAPÍTULO 1

*Agosto de 2012
Ciudad de Chicago*

Kane agradeció cuando la alarma de la fábrica sonó indicando el final de su turno. El bullicio de conversaciones le acompañó hasta que llegó a los vestuarios, donde se quitó el mono azul y se puso su ropa de calle. Muchos de sus compañeros hacían uso de las duchas para quitarse el sudor y el polvo después de una larga jornada soldando piezas de motor, pero él prefería hacerlo en casa.

El tren que le llevaría de regreso al hogar llegó puntual como un reloj, y cuando estuvo en el interior del vagón no dudó en sentarse en un asiento que había quedado libre. Por unos instantes cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz apoyando con cansancio la cabeza en la ventanilla a su espalda. Había sido un día largo y agotador, pero al menos era viernes. Tendría el fin de semana para recuperarse del duro trabajo que realizaba a cambio de un sueldo escaso, sueldo que apenas le permitía llegar a fin de mes. La vida no era justa, pero Kane, a aquellas alturas de su vida, ya lo sabía bien.

En la siguiente parada entró en el vagón una anciana. Kane no dudó en cederle su asiento y se situó junto a la puerta, donde una mujer de mediana edad clavó su mirada en él y se apartó como si su sola presencia la incomodara. Kane estudió atentamente su aspecto mientras una sonrisa cínica se dibujaba en sus labios. Estaba claro que aquella buena mujer vestida a la última moda y que desprendía un asfixiante olor a perfume pensaba que le iba a robar la cartera o algo parecido. Estaba acostumbrado a eso, era lo que tenía vivir en South Side, unos de los barrios más pobres de la ciudad. Resignado, se dirigió a otra de las puertas para no incomodar a la «dama» y esperó a que el tren llegara a su destino.

Cinco paradas después la puerta se abrió y Kane salió del vagón. En el exterior de la estación se percató de que los rayos de sol aún golpeaban el asfalto a pesar de la hora tardía, y con una pequeña alegría en el corazón debido a ese sencillo hecho, emprendió su camino hasta que llegó al edificio de de tres plantas, de ladrillo rojizo, donde vivía desde que tenía uso de razón.

Se internó en el angosto portal y subió las escaleras con agilidad hasta el tercer piso. Allí se dirigió al número siete. Sacó las llaves del bolsillo trasero de sus *jeans* y entró para descubrir un desagradable olor. No tardó en identificar de donde provenía, solo tuvo que andar unos pasos para descubrir a su padre tirado en el sofá roncando sonoramente. Sobre la mesa baja frente a él había una gran cantidad de latas de cerveza vacías y los restos de una pizza donde las moscas pululaban a sus anchas.

Chascó la lengua, molesto con la situación, y tiró la bolsa que transportaba contra el suelo con fuerza. Nada le hubiera gustado más que quedarse en casa, cenar cualquier cosa y centrarse en los apuntes que tenía que estudiar, pero la presencia de Harry Sullivan había frustrado sus planes. «¿Qué demonios hará aquí?», se preguntó mentalmente mientras encaminaba sus pasos al cuarto de baño con la intención de darse una merecida ducha. Giró el pomo de la puerta y descubrió que

estaba cerrada, pegó su oído a la hoja de madera y escuchó el sonido del agua correr.

—¡Genial! —exclamó frustrado antes de seguir por el estrecho pasillo hasta su dormitorio. El escaso buen humor que le habían aportado los rayos de sol sobre el asfalto se esfumó.

Diez minutos más tarde, la cabeza de su hermano Chad asomó por la puerta y Kane elevó con desgana su mirada de las hojas dispersas sobre el escritorio.

—El baño ya está libre —anunció Chad entrando con una toalla atada a sus estrechas caderas.

Kane percibió el olor a colonia y el pelo re peinado de su hermano y achicó los ojos, clavando su mirada en él con sospecha.

—¿Vas a salir esta noche? —inquirió mientras se repantigaba sobre la silla y se cruzaba de brazos.

Chad se aclaró la voz y procuró ignorar el tono duro de su hermano antes de contestar a su pregunta.

—Sí, vine a ver si me podías prestar una camisa, he quedado con Ted.

—Ya eres mayorcito —dijo Kane—, solo espero que no te metas en ningún lío ahora —añadió en alusión a la última vez que su hermano había salido de fiesta y había tenido que ir a la comisaría a buscarle. Gracias a que tenía un amigo allí el expediente de su hermano pequeño aún seguía limpio.

—¡Oh, vamos, Kane! —protestó Chad molesto—. Ya te he dicho un millón de veces que lo que sucedió no fue culpa nuestra. Fueron esos dos tipos...

Kane elevó su mano derecha y con un gesto de la palma le indicó que no siguiera hablando.

—¿Adónde vais? —indagó.

—A un garito en la ciudad, puedes estar tranquilo, habrá «niños bien».

Kane meditó sus palabras por unos instantes, dudando que fuera buena idea que su hermano saliera por el centro.

—¿Me vas a dejar la camisa o no? —preguntó Chad molesto.

Estaba cansado de tener que darle explicaciones a Kane de cada paso que daba. Aquel mes había cumplido la mayoría de edad y se suponía que podía hacer lo que le viniera en gana. Estaba harto de que su hermano pensara que era un crío, aunque podía llegar a entender que la verdadera razón era que había cuidado de él desde que tenía diez años y su madre se largó, dejándolos solos con el viejo, que más que ejercer de padre había sido un lastre para ambos.

Kane pudo ver la frustración reflejada en el rostro de su hermano pequeño. Sus ojos azules se habían oscurecido, su mandíbula pronunciada estaba apretada y sus labios formaban una línea recta. «Quizás estoy exagerando», pensó Kane, comprendiendo que Chad tenía derecho a un poco de diversión. Estudiaba y trabajaba a media jornada en una pequeña tienda de comestibles, y su única noche libre era la del viernes. ¿Qué mal podía hacerle divertirse un poco? Y, bien visto, prefería que saliera por el centro que por South Side, que era más peligroso.

—Coge la que quieras, pero luego tendrás que lavarla tú —aceptó al fin.

El rostro de Chad mudó a la velocidad del rayo. Ahora sus ojos estaban iluminados y una gran sonrisa adornaba sus labios mientras rebuscaba en el armario de Kane.

—¿Cuándo ha venido el viejo? —preguntó este, en alusión a su padre.

—Hace un par de días —replicó Chad—. Ayer no le verías porque se quedó durmiendo en el descansillo de la azotea.

—¿Has hablado con él?

—Le dije que tenía que pagar su parte del alquiler, pero me mandó a la mierda —confesó el muchacho, que ya abotonaba la camisa azul celeste.

—Como no pague este mes, le echaré de aquí —dijo Kane con voz fría mientras los dedos de su mano derecha formaban un puño.

—Kane, es nuestro padre... —intentó rebatirle Chad, pero como esperaba, su hermano mayor explotó con lo peor de su genio.

—Ese hijo de puta es de todo menos un padre —espetó con la mirada centelleando de rabia y amargura—. Bastante mal ha hecho ya, no estoy dispuesto a que viva a nuestra costa. Es mayorcito, que se busque la vida.

—Pero no tiene a dónde ir...

—Pues que se largue con uno de sus amigotes, con los que se pone hasta las cejas.

Chad no quería discutir. Sabía que Kane tenía más razón que un santo, pero algo parecido a la lástima se había instalado en su corazón al ver al pobre decrepito en el que se había convertido aquel hombre. Tenía recuerdos, aunque escasos, de cuando su familia aún era feliz y Harry Sullivan se comportaba como un verdadero padre.

—Como quieras, pero se lo dices tú —dijo Chad antes de dirigirse a la puerta—. Nos vemos mañana.

—Ten cuidado —dijo Kane antes de abandonar la silla e ir a buscar ropa interior en la destartada cómoda situada junto a su cama, con la intención de poder darse al fin la ducha que tanto anhelaba.

Universidad Northwestern, Chicago.

Candance abrió una pequeña bolsa de viaje y comenzó a meter en su interior algunas prendas. Había decidido pasar el fin de semana en casa con su madre y su hermana, a las que hacía semanas que no veía. Estaba cerrando la cremallera cuando la puerta de su dormitorio se abrió para dar paso a Kevin Morgan.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Candance en un susurro mientras dejaba la bolsa en el suelo, bajo los pies de su cama.

Kevin sonrió ante la expresión de espanto que mostraba el rostro de Candance, pero no por ello dejó de avanzar por la habitación hasta llegar a ella y cogerla por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—¿No es evidente? He venido a verte, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te besé —murmuró seductor antes de apoderarse de sus labios.

Candance se dejó llevar por la marea de sensaciones que Kevin creó en su cuerpo, pero recordó las normas del colegio mayor donde se encontraban y que prohibía expresamente la entrada de varones al edificio. Con un esfuerzo sobrehumano logró apartar a Kevin antes de hablar.

—Sabes que no puedes estar aquí, podrían sancionarme.

—Lo sé, lo sé —dijo él mientras se frotaba la nuca con los dedos y pintaba en su rostro una expresión traviesa—, pero no quería que te marcharas sin despedirnos. Este fin de semana se me va a hacer eterno sin ti.

—Deberías haberme llamado, habríamos quedado fuera —le reprochó Candance mientras cogía el bolso del perchero y comprobaba su contenido.

—¡Está bien, lo siento, me flagelaré si hace falta! —exclamó Kevin poniéndose de rodillas

frente a ella, imitando el gesto de golpearse con un imaginario látigo.

Candance dejó de prestar atención a lo que contenía su bolso y no pudo evitar sonreír ante lo teatral de la acción de Kevin.

—¡Oh, por favor, para ya! Te van a oír. Espérame abajo, nos tomaremos un café antes de irme. ¿Te parece?

Kevin se levantó del suelo y tras darle un ligero beso en los labios se dirigió a la puerta, que abrió para otear el pasillo antes de desaparecer.

Candance se dirigió a la mesa donde tenía su móvil y lo cogió. Tras desbloquearlo se puso a escribir un wasap a su mejor amiga.

Dana, voy a llegar más tarde de lo que tenía pensado. Lo siento.

No tardó en recibir respuesta a su mensaje porque su amiga estaba en línea.

¿Recuerdas que habíamos quedado con tu hermana y sus amigas?

Candance pudo imaginarla con el ceño fruncido.

Sí, y lo siento, pero ha surgido algo. ¿Podrían hacerme el favor de acompañar a Jenna y a Debra?

A su ruego añadió varios emoticonos con manos suplicantes. Esperó unos segundos con el aliento contenido hasta que Dana finalmente se dignó a contestar.

Está bien, pero me debes un favor muy gordo por hacer de niñera.

Candance sonrió antes de mandar un enorme corazón palpitante a su amiga y meter su móvil en el bolso.

Cuando llegó a casa, varias horas más tarde —gracias a Kevin, que no había dudado en usar toda su artillería para retenerla en el campus—, descubrió la luz encendida en la cocina a pesar de la hora tardía. Al traspasar el umbral vio que se trataba de su madre, que permanecía sentada en uno de los altos taburetes frente a la isla. Entre sus dedos aferraba una taza y tenía una expresión cansada y llena de inquietud.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Candance mientras dejaba la bolsa de viaje en el banco de la entrada y ocupaba un taburete frente a su madre.

—Estoy esperando a tu hermana, hace un par de horas que debería haber llegado.

Varias alarmas se encendieron en la cabeza de Candance, pero no quería preocupar a su madre más de lo que estaba.

—Puedes estar tranquila, está con Dana.

El gesto de angustia de Alice se rebajó varios grados al escuchar el nombre de la mejor amiga de su hija mayor, pero aún así no desapareció del todo.

—¿Y porque no me coge el teléfono? —inquirió molesta.

—Mamá, por favor, han ido a bailar. Lo más probable es que no lo hayan oído. Yo me encargo, le mandaré un wasap a Dana, seguro que me contesta. ¿Por qué no te vas a la cama? Ayer me dijiste que tenías turno doble en el hospital.

Alice hubiera querido negarse, pero sabía que Candance tenía razón. Al día siguiente le esperaba un largo día de trabajo y tenía que estar al cien por cien. Ser enfermera era un trabajo duro, pero que también le reportaba grandes recompensas.

—Está bien —accedió mientras abandonaba el taburete y dejaba la taza en la pila—, pero si pasa cualquier cosa me avisas —añadió, clavando su mirada en el rostro de su hija.

—Claro, mamá —expresó Candance antes de tirar del brazo de su madre para estampar un sonoro beso en su mejilla—. Descansa —le deseó.

Se quedó mirándola mientras ella desaparecía por las escaleras que daban acceso al piso superior.

CAPÍTULO 2

Candance se despertó con sobresalto al escuchar la alarma de su móvil. Manoteó sobre la mesa baja frente al sofá donde se había quedado dormida y cuando al fin tuvo el aparato entre sus manos, apagó el despertador, que normalmente tenía programado. Comprobó la hora; las siete de la mañana.

—Oh, maldita sea... —bostezó, estirándose.

Tras dejar el móvil nuevamente en la mesa se sentó sobre el sofá donde había dormitado y se frotó la frente con cansancio. Apenas había pegado ojo en toda la noche, y suponía que se había quedado dormida a las tres de la mañana, la última vez que había mirado la hora. Maldijo a Jenna una vez más y se levantó. Subió las escaleras con intención de ir al dormitorio de su hermana pequeña, a la que pensaba darle un sermón que no olvidaría en toda su vida, pero algo la hizo detenerse en seco.

—¿Qué haces levantada? —le sobresaltó la voz de su madre.

Candance se quedó quieta en el sitio, con la mano en el pecho para intentar ralentizar los alocados latidos de su corazón.

—Mamá, me has dado un susto de muerte —se quejó algo más recuperada, intentando recomponer el gesto de su cara.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien Jenna? —inquirió Alice preocupada.

—Claro, por supuesto —mintió Candance—. Está en su cama desde hace horas.

Alice pareció relajarse ante la afirmación de su hija mayor mientras se abrochaba los últimos botones de su camisa.

—Entonces, ¿qué haces levantada? —insistió con la pregunta.

—Tenía sed y he ido a beber agua. —No era la mejor excusa del mundo, pero fue la primera que se le pasó por la cabeza.

—Está bien, yo tengo que irme —dijo Alice antes de besar la frente de su hija y bajar por las escaleras en dirección a la cocina.

Candance soltó un sonoro suspiro antes de caminar con paso enérgico hasta el dormitorio de Jenna. Abrió la puerta con virulencia y encendió la luz. Se sintió aliviada al ver a su hermana durmiendo plácidamente. Luego accionó nuevamente el interruptor y cerró la puerta con cuidado. Lo que realmente deseaba en ese momento era estallar con el peor de su genio contra su hermana, pero estando su madre abajo no podía.

Se dirigió al baño y se dio una larga ducha antes de vestirse, y después bajó al piso inferior para desayunar. El café largo que se sirvió la hizo renacer, y con energías renovadas regresó al dormitorio de su hermana dispuesta a hacer justicia.

Sin ningún remordimiento descorrió las cortinas de la ventana, dejando entrar los primeros rayos de sol, y luego se aproximó al equipo de música de la estantería y subió el volumen antes de accionar la radio. El estruendo se propagó por la estancia y Jenna se sentó sobre el colchón como un resorte, sobresaltada, mientras se tapaba los oídos con las manos y clavaba su mirada somnolienta en su hermana, que apagó la música en ese momento.

—¡¿Qué demonios haces?! —exclamó Jenna molesta.

Candance cruzó los brazos dirigiéndole una mirada desdeñosa.

—Despertarte, ¿no es evidente?

Jenna, más repuesta, estudió el rostro de su hermana mayor y supo lo que vendría a continuación. Nunca había visto a Candance tan enfadada.

—Oye, de verdad que siento haber llegado tan tarde, es la primera vez...

—Y será la última —declaró Candance acercándose a su hermana con un dedo acusador en alto—. No vas a salir de casa hasta que acabes el instituto.

—¿Quién te crees que eres? ¿Mi madre? —replicó Jenna frustrada.

—Pues da gracias de que soy yo la que está aquí, y no mamá.

—¿No le has contado que llegué a las cuatro? —preguntó Jenna aliviada.

—¿A las cuatro? —exclamó Candance, deseando zarandear a su hermana—. Ni siquiera yo llego a esa hora cuando salgo en la universidad. ¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Qué ha sucedido?

Jenna sabía que tenía las de perder, y a pesar de que deseaba mandar a su hermana a la mierda, sabía de sobra que no era la mejor táctica con Candance. Dibujó en su rostro la expresión más arrepentida que pudo antes de hablar.

—Nada, lo siento, de verdad... Debra y yo lo estábamos pasando tan bien que no nos dimos cuenta de la hora que era.

—Eso no es una excusa, y lo sabes, ya hablaré con Dana. Y ahora hazme el favor de levantarte. Hoy te toca limpieza general mientras yo voy a hacer la compra.

—¿En serio? —exclamó Jenna sin poder contenerse. Estaba agotada y solo deseaba dormir durante horas.

—Sí, en serio, o si prefieres podemos llamar a mamá y decirle que no has cumplido con tus obligaciones debido a que te has pasado el día durmiendo porque llegaste a las tantas de las madrugadas.

—Está bien —accedió Jenna mientras obligaba a su cuerpo a moverse.

Una hora después, Candance se encontraba en una cafetería frente al supermercado. Había quedado con Dana para que su amiga le contara lo que realmente había sucedido la noche anterior. Estaba revolviendo su café con una cucharilla cuando Dana se sentó frente a ella en una mesa situada junto a una ventana, resoplando.

—Uf... qué dolor de cabeza.

Candance clavó su mirada en su amiga, cuyos ojos iban ocultos tras unas gafas de sol, y esperó a que Dana pidiera algo para hablar.

—¿Qué sucedió anoche? ¿Por qué mi hermana llegó a las cuatro de la mañana? —interrogó sin mediar una palabra de saludo.

Dana dio el primer trago a su café y se sintió renacer. Luego se quitó las gafas y parpadeó varias veces antes de que sus ojos se adaptaran a la luz.

—Tu hermana es demasiado cabezota.

—Eso no explica nada.

—Ella y Debra conocieron a unos chicos. No se separaron en toda la noche. Intenté convencerla de que debíamos irnos, pero no hubo manera. Y por favor —dijo elevando una de sus manos para evitar que Candance pronunciara una sola palabra—, no me sermonees, ya bastante he tenido. Será la última vez que haga de canguro de tu hermanita. Recuerda que la culpa es tuya, que no cumpliste con tu palabra.

Candance hubiera querido replicar al parlamento de su amiga, pero sabía que Dana tenía razón.

—¿Y quiénes eran esos chicos? —preguntó preocupada.

—No los conocía, la verdad, pero tu hermana parecía bastante encaprichada con ese tal Chad. Y para colmo de males, me tocó llevarlos a casa después de dejar a Jenna y a su amiga. Casi me da un pasmo cuando me dieron la dirección.

Varias alarmas se encendieron en la cabeza de Candance.

—¿Dónde viven?

—En South Side. Salí de ese barrio chirriando ruedas por miedo a que me atracaran.

—¡Maldita sea! —exclamó Candance en voz alta, logrando que algunos pares de ojos se clavaran en su persona—. ¿Crees que volverán a quedar? —preguntó preocupada.

Dana hubiera querido decirle que no, pero estaba claro que Jenna se había colgado de aquel chico guapo.

—Me temo que sí, se hicieron fotos y se intercambiaron los números de teléfono.

Candance se dejó caer sobre la silla y sus hombros se hundieron. Ahora se arrepentía de haber cedido ante Kevin; si no lo hubiera hecho estaba segura de que su hermana pequeña no se habría encaprichado de un chico malo de South Side.

La tarde del domingo Chad estaba tumbado en el sofá, con la mirada perdida en el techo. Tenía la televisión puesta, se retrasmitía un partido de béisbol, pero él no le prestaba atención. No dejaba de pensar en Jenna. Cogió su móvil y husmeó hasta dar con lo que buscaba: la imagen de una chica de cabello dorado, sonrisa traviesa y unos enormes ojos castaños.

—¿Cómo va el partido? —inquirió Kane mientras se sentaba en una esquina del sofá y dejaba un bol de patatas fritas sobre la mesa, con la mirada fija en la vieja televisión que había conocido tiempos mejores.

—¿El partido? —repitió Chad tontamente mientras apartaba la mirada de la pantalla de su teléfono.

—¿Otra vez con el móvil? —le reprochó Kane abriendo la lata de cerveza que había cogido de la nevera—. Se supone que íbamos a ver el partido juntos, comentarlo, insultar a los jugadores... —dijo con humor.

—Lo siento, tío, tengo la cabeza en otra cosa —respondió Chad mientras se sentaba en el sofá y dejaba el móvil sobre la mesa. Luego abrió la lata de refresco que poco antes le había dado su hermano.

Kane apartó la mirada de la televisión y le escrutó con curiosidad. Estaba claro que algo había sucedido la noche del viernes y estaba dispuesto a descubrirlo aunque tuviera que sacárselo con un sacacorchos.

—¿Tienes que ver con una mujer? —inquirió. Supo que había dado en el clavo cuando las mejillas de Chad se colorearon, delatando la vergüenza—. Por favor, no te molestes en negarlo.

Chad dudó por unos instantes, pero finalmente confesó.

—Sí, la conocí la otra noche. Se llama Jenna.

—¿Y habéis quedado otro día?

—Estoy en ello, pero al parecer su hermana mayor no se tomó nada bien que llegara a las cuatro de la mañana.

Kane no pudo evitar reírse a pesar de la mirada torva que le dedicó Chad. Para él la situación era de lo más ridícula. En aquel barrio nadie solía meterse en los asuntos de sus hermanos.

—¿Qué tiene tanta gracia? —explotó el más joven, molesto, mientras dejaba la lata de refresco sobre la mesa con un golpe.

—Nada, lo siento —se disculpó Kane. No quería que su hermano se cerrara en banda y no le contara nada más—. ¿Y de quién es hermana? —preguntó, dispuesto a ayudar si le era posible. South Side era un barrio pequeño donde todos se conocían. Esperaba que la chica en cuestión no fuera de una de las familias peligrosas de la zona.

—No la conoces —contestó Chad escuetamente.

—¿Y por qué estás tan seguro? —inquirió Kane intrigado.

—Porque Jenna vive en Lower West Side —confesó Chad, sabiendo que a su hermano no le haría la menor gracia.

Este, como Chad esperaba, frunció el ceño, molesto. No es que deseara que su hermano acabara con una chica del barrio que solo podría traerle problemas, pero tampoco estaba preparado para que Chad se enamorara de una niña buena de un barrio de clase media. Estaba seguro de que la familia de esa joven pondría el grito en el cielo si su hijita salía con un chico de South Side. Esa gente no se molestaría en conocer a su hermano, que estaba sacando los estudios con muy buenas notas además de trabajar para labrarse un futuro mejor.

—¿Qué pasa, Kane? ¿Que la vas a juzgar sin tan siquiera conocerla? —le interrogó Chad, que conocía bien como trabajaba la cabeza de su hermano—. Si haces eso no serás mejor que ellos —añadió, sabiendo que daba donde más dolía—. No todo el mundo es como Kimberly.

La sola mención de aquella mujer logró que el cuerpo de Kane se tensara como una cuerda. Hacía meses que no pensaba en ella, que no recordaba su rostro ni su olor, pero Chad la había traído al presente como a un fantasma del pasado. Había conocido a Kimberly en una tienda de ropa, cuando había ido a comprarse una camisa para una entrevista de trabajo.

Desde el primer momento se quedó prendado de su cuerpo y su rostro angelical. Kimberly tonteó con él mientras le obligaba a probarse varias camisas, y cuando hizo el pago y ella le entregó el ticket de compra, descubrió que le había escrito su número de teléfono. Cuando finalmente se atrevió a llamarla quedó con ella en el centro de la ciudad, y así fue durante los meses que salieron. Kane temía que Kimberly le juzgara por vivir en uno de los barrios más humildes de la ciudad. Y cuando finalmente se animó a invitarla a su piso, ella no se quedó allí ni cinco minutos y no volvió a verla más. Así eran las mujeres fuera del barrio y temía que esa chica hiciera sufrir a Chad.

—No, tienes razón, no todo el mundo es igual que Kimberly —solo pronunciar su nombre dolía—, pero no quiero que esa chica te haga daño cuando se entere de que vives aquí.

Una sonrisa prepotente se dibujó en los labios de Chad antes de replicar a las palabras de su hermano mayor.

—Jenna sabe dónde vivo, dónde trabajo y que estoy estudiando a distancia.

Aquellas palabras sorprendieron a Kane, aunque aún no había decidido si para bien o para mal. Se alegraba de que aquella chica no lo hubiera prejuzgado a la ligera, desde luego. Pero eso no quería decir que su familia no lo hiciera.

—Me alegro por ti, hermano. Eso sí, si piensas traerla aquí algún día, procura que no ande por aquí el viejo Harry —dijo en alusión a su padre.

—No soy estúpido —replicó Chad con humor—. Por cierto, ¿dónde se ha metido? —preguntó al no verlo tirado en cualquier parte del pequeño apartamento.

—Le he echado esta mañana —confesó Kane sin inmutarse—. Le he dicho que no vuelva aquí hasta que traiga el dinero del alquiler.
Chad no dijo nada, en su fuero interno le daba pena su padre. Aunque ni se le ocurriría confesarlo ante Kane, que parecía tenerle un odio atroz.

CAPÍTULO 3

*Tres meses después
Universidad Northwestern, Chicago.*

Candance estaba en la biblioteca preparándose para un examen importante. A pesar de que le encantaba la carrera de psicología y siempre había sido su sueño, algunas de las materias eran complicadas y se le atragantaban. Tras varias horas de estudio, y cansada mentalmente, decidió salir del recinto para que le diera algo de aire fresco y despejarse.

Con un café humeante entre las manos caminó hasta la plaza central del campus y se sentó en uno de los bancos de madera. Su mirada se dejó llevar por lo que la rodeaba. Le encantaba la época otoñal, cuando el sol brillaba con menos intensidad y los colores ocres y rojizos lo poblaban todo. Una leve brisa comenzó a mecer las hojas de los árboles, haciendo que algunas de ellas se desprendieran y se dejaran guiar por el aire en un movimiento cadente.

Estaba tan concentrada en la observación que, cuando unas manos taparon sus ojos, se sobresaltó por un instante. Luego una sonrisa curvó sus labios. No necesitaba preguntar quién era para saber que se trataba de Kevin. El característico olor de su *after shave* llegó a sus fosas nasales. Elevó sus propias manos y apartó las de él antes de girar levemente su rostro y clavar su mirada en él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida. A esas horas debería estar en los entrenamientos de rugby, como cada jueves.

—Me he escapado —confesó Kevin mientras se sentaba junto a ella. Una sonrisa traviesa adornaba sus labios.

—¿Y el entrenador te lo ha permitido? —inquirió Candance sorprendida.

—La verdad es que le he dicho que he debido coger un virus y no ha querido que se lo pegara al resto del equipo.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó ella preocupada. Sabía lo importante que era para Kevin su carrera deportiva, que a su vez sustentaba su beca para poder cursar la carrera de económicas.

—No podía pasar ni un minuto más apartado de ti —confesó antes de besar dulcemente sus labios.

—Eres un tonto —le reprochó Candance, aunque estaba encantada con sus palabras—, pero hemos pasado la noche juntos —le recordó, y un leve rubor ascendió por sus mejillas.

Kevin se sintió enternecido y acarició su suave piel.

—¿Sabes que estás preciosa?

Candance iba a responder a sus palabras, pero el sonido insistente de su teléfono se lo impidió. Molesta por la interrupción, buscó en su bolso hasta dar con el móvil y descolgó la llamada sin tan siquiera mirar quién era.

—Candance Mayer —expresó, en su voz se podía traslucir la frustración.

—Candance, soy yo —replicó una voz al otro lado de la línea.

—Dana, ¿qué sucede? —preguntó Candance preocupada.

—Se trata de Jenna —confesó su amiga—, sigue saliendo con ese tío.

Candance abandonó el banco y comenzó a pasearse en círculos frente a Kevin, que la observaba sorprendido. Tras unos minutos de silencio, al fin pudo hablar.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió con voz grave.

—Verás... —comenzó Dana dubitativa—, la vi ayer en el centro comercial.

—Quizás solo ha sido una casualidad, se habrán encontrado y simplemente se han puesto a charlar.

—No es la primera vez que los sorprendo —confesó Dana.

—¿Y por qué demonios no me lo has dicho antes? —explotó Candance, deseando tener a mano el cuello de su amiga para estrujarlo.

Dana, al otro lado de la línea, puso los ojos en blanco. Sabía que a Candance no le haría ninguna gracia la noticia, pero ella pensaba que tampoco era para tanto. Quizás lo que sucedía entre Jenna y ese chico solo era algo pasajero, si Candance se entrometía lo único que conseguiría era que, en vez de alejarse de él, su hermana se empeñara aún más en buscar su compañía. Pero el día anterior los había visto con un tipo raro, que luego un amigo le confirmó que se dedicaba a pasar droga. La alerta retumbó en su cabeza y su conciencia no le dejó más salida que llamar a su amiga.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Candance elevando la voz.

—Sí, lo hago, y hay algo más que tengo que decirte, pero creo que lo mejor es que vengas.

Candance chascó la lengua molesta. Había pensado pasarse el fin de semana estudiando para el próximo examen, pero dadas las circunstancias no le quedaba más remedio que ir a casa.

—Está bien, estaré allí esta misma noche —decidió antes de cortar la llamada.

Kevin, que había sido partícipe de parte de la conversación, abandonó su asiento y se aproximó a Candance, que en aquel momento se frotaba la frente con los dedos. Colocó su brazo sobre sus hombros y tiró de ella, invitándola a refugiarse en su pecho.

—¿Qué ha sucedido exactamente?

Candance exhaló un suspiro desesperado.

—Mi hermana, que es una estúpida. ¿Te acuerdas del chico que le dije que no volviera a ver?

—¿El de South Side? —inquirió Kevin sorprendido.

—Sí, ese exactamente. Pues resulta que mi hermanita ha seguido viéndole.

—Pues llámala y habla con ella.

—No puedo, tengo que ir a verla. Sé que Dana me oculta algo más.

—¿Y el examen? ¿No pensarás dejarlo?

Candance giró levemente su rostro al descubrir en el tono de Kevin que estaba molesto. Se lo confirmó su tensa mandíbula.

—No voy a dejarlo, estaré aquí el lunes para la prueba.

—¿Y cuándo piensas estudiar? —le rebatió Kevin apartándose de ella.

—Llevo semanas preparándome, verás como todo sale bien.

—Te acompañaré a Chicago —soltó Kevin de improvisto, dejando a Candance sorprendida.

Sabía que Kevin estaba preocupado, y a su vez sintió que parecía controlar su vida, cosa que no le gustó. Pero no quería discutir con él, y menos cuando estaban los dos con importantes exámenes. Se acercó a él, que se había separado unos pasos de ella, y elevó sus brazos para enlazar sus manos tras su nuca. Luego pintó en sus labios una esplendorosa sonrisa antes de hablar.

—No hace falta, mi amor, podré apañármelas con mi hermana. Llevo años domesticándola —

soltó con humor, intentando destensar la situación—. Tú quédate estudiando, el martes también tienes examen.

—Pero... —intento rebatir Kevin. Candance le cortó colocando un dedo sobre sus labios.

—Kevin, has elegido a una mujer que sabe cuidarse solita.

—Está bien —cedió él, aunque no demasiado convencido—, pero si pasa cualquier cosa me lo dirás, ¿verdad?

—Claro, prometido. —Candance elevó una de sus manos en un gesto solemne que logró lo que se proponía: robar una sonrisa a los labios de Kevin.

Chicago

Jenna estaba tumbada en la cama con los cascos puestos. Ni siquiera se percató de que alguien había entrado en su dormitorio hasta que alguien tiró de los auriculares. Fue entonces cuando abrió los ojos y descubrió que se trataba de su hermana. Sorprendida, se sentó sobre la cama y apagó la lista de música de su móvil antes de hablar.

—¡Candance! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó confusa.

La aludida cogió la silla giratoria situada cara al escritorio y la colocó frente a la cama de su hermana, que la observaba con sospecha.

—Me parece que no vienes en son de paz —murmuró Jenna mientras apoyaba la espalda contra el cabecero de la cama—. Pareces de mal humor.

—Pues sí, listilla, estoy de mal humor —replicó Candance—. El lunes tengo un examen importantísimo y tenía planeado pasar el fin de semana estudiando.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —inquirió Jenna.

—Venir a hablar contigo.

—¿Sobre qué? Yo me encuentro perfectamente.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Candance empleó un tono seco y cortante, perdiendo la escasa paciencia que le restaba.

—No, ¿por qué?

—Mira, Jenna, dejemos de jugar al ratón y al gato. Sé que sigues viéndote con ese chico, al que si no recuerdo mal, te dije que dejaras de ver.

Jenna, que hasta el momento había estado muy relajada, e incluso se había divertido poniendo a prueba a su hermana, notó cómo su rostro perdía parte de su color. Llevaba saliendo con Chad cerca de tres meses y había pensado que nadie de su entorno lo sabía. Se había cuidado mucho de mantenerlo en secreto, entonces: ¿cómo se había enterado su hermana?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, para arrepentirse al instante, porque su pregunta lo único que había logrado era confirmar su relación con Chad.

—Dana os vio...

—¡Maldita chivata! —exclamó Jenna abandonando la cama en dirección a la ventana, sulfurada.

De pronto se giró y clavó su mirada rabiosa con intensidad en Candance, quien se sorprendió por el comportamiento de su hermana. Esta siempre había sido una niña dulce y simpática que quería a todo el mundo. No reconocía a Jenna en aquel rostro desfigurado por la ira.

—Jenna... —pronunció Candance con voz suave mientras abandonaba la silla que había utilizado hasta entonces para aproximarse a su hermana.

—¿Has mandado a tu amiguita espiarme? ¿Vas a llamar a la policía?

Aquellas bruscas preguntas tensaron aún más a Candance.

—Escúchame bien, te pedí que dejaras de salir con ese chico y no le dije nada a mamá, pero tú, lejos de seguir mi consejo, has seguido con él.

—No tienes ningún derecho a decirme con quién puedo salir y con quién no. No recuerdo que mamá te dijera nada cuando comenzaste a verte con Kevin.

—Eso es distinto.

—¿Por qué es distinto? —replicó Jenna cruzando los brazos sobre su pecho.

—Porque ese tal Chad vive en uno de los peores barrios de la ciudad y no quiero que te juntes con él.

—Creo que ya hemos tenido esa conversación. Que viva en South Side no quiere decir que sea una mala persona. Chad es un buen...

—No, no lo es —afirmó Candance rotunda.

Jenna clavó la mirada en su hermana y achicó los ojos para estudiar su expresión. Estaba claro que Candance creía saber algo que ella parecía desconocer.

—¿Y eso por qué?

—El otro día alguien os vio...

—Dana nos vio, ¿y?

—Estabas con un tipo que vende droga. ¿No te das cuenta de la gravedad del asunto? —preguntó Candance frustrada.

Jenna abrió los ojos como platos, dolida e indignada.

—¿Acaso crees que me drogo?

Candance sabía que había dado un paso en falso e intentó recular.

—No, por supuesto que no, ni tampoco lo creo de Chad —afirmó, aunque no demasiado segura de que aquel chico no lo hiciera—, pero es peligroso juntarse con esa gente.

Jenna frunció el ceño y se quedó pensativa hasta que finalmente su mirada se iluminó y una sonrisa autosuficiente se dibujó en sus labios.

—Claro, tu amiguita nos vio el otro día en el centro comercial, ¿verdad? Pero creo que se equivoca. Nos encontramos con el señor Sullivan, el padre de Chad.

Si antes Candance había estado preocupada, ahora estaba al borde de un ataque de nervios. Estaba claro que su hermana no estaba dispuesta a ceder respecto a su relación con aquel joven. Solo tenía una alternativa: hablar directamente con él e intentar convencerle de que su relación con Jenna no iría a ninguna parte.

Kane había tenido un día de mierda. Además de que le habían recortado la nómina por estar de baja tres días por enfermedad había tenido que ir a trabajar el sábado para hacer horas extra y que la producción cumpliera el plazo. Estaba molido, y lo único que deseaba era tirarse sobre la cama y dormir hasta el lunes siguiente.

Con ese pensamiento, comenzó a caminar por la calle en dirección a su apartamento, cuando descubrió en su portal a Harry, que cuchicheaba con un muchacho que no debía tener más de dieciséis años. Luego fue testigo de cómo el chico le entregaba un dinero a Harry y este le facilitaba una pequeña bolsa de plástico que el joven guardó en el bolsillo trasero de su pantalón antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

Notó cómo la ira ascendía por su pecho y ni se percató de las grandes zancadas que dio hasta llegar al portal, donde Harry se sobresaltó ante su intempestiva llegada.

—¿Qué coño estás haciendo? —exclamó Kane fuera de sí.

El hombre retrocedió un paso y tuvo que elevar la cabeza para poder ver el rostro del hombre que tenía ante sí, que le sacaba una cabeza.

—Yo también me alegro de verte, hijo mío.

La mandíbula de Kane se tensó al escuchar sus palabras. Sí, teóricamente era su padre, así constaba en su documentación, pero hacía años que había dejado de considerar como a un padre a Harry Sullivan.

—Yo no soy tu hijo, dejé de serlo hace mucho tiempo.

—Está bien, al grano —gruñó el hombre molesto—. ¿Qué quieres? Si no recuerdo mal, te pagué el alquiler hace una semana.

—Quiero que dejes de vender esa mierda a los jóvenes del barrio —escupió Kane con voz granítica, mientras se cernía sobre él.

Harry no se amedrentó ante la actitud de Kane, más bien le hizo gracia. Con parsimonia apoyó la espalda contra la pared situada tras él y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios.

—A ver si te aclaras de una maldita vez, quieres que te pague el alquiler, pero no quieres que trabaje.

—¡Vender droga no es un maldito trabajo! —explotó Kane. Hubiera deseado estampar su puño contra el rostro de Harry y así borrar la sonrisa de sus labios.

—Es un trabajo como cualquier otro.

Kane iba a replicar a sus palabras cuando las sirenas de un coche patrulla rompieron el silencio de la noche. Se giró levemente para ver si sucedía algo grave, y cuando volvió su atención a su padre este ya se había esfumado.

—¡Maldito cabrón! —siseó antes de sacar la llave del portal y abrir la puerta.

CAPÍTULO 4

Candance sentía los nervios bullir en su interior. Ahora no estaba tan segura de que fuera una buena idea lo que pretendía hacer, pero ya no había marcha atrás. «Lo hago por Jenna», se repitió por enésima vez mientras esperaba el taxi que había pedido.

Después de la conversación que había mantenido con su hermana tenía más que claro que Jenna no daría su brazo a torcer respecto a cortar su relación con ese chico, y tras darle varias vueltas al asunto había llegado a la conclusión que la única alternativa que tenía era hablar con él directamente, intentar hacerle entrar en razón. Con esa idea en mente abrió el ordenador de su madre y metió el nombre de Chad Sullivan hasta dar con su dirección.

—Señorita, ¿ha pedido usted un taxi? —preguntó una voz masculina que provenía de un coche. Candance se inquietó por un instante.

—Sí, sí, he sido yo —dijo antes de abrir la puerta y entrar en el vehículo.

—¿A dónde quiere que la lleve? —preguntó el hombre amablemente.

—A South Side.

Por un momento el silencio se hizo patente. El conductor clavó su mirada en el espejo retrovisor para estudiar a la joven.

—¿Está segura, señorita? —indagó con cautela.

—Sí, lo estoy —expresó Candance con una seguridad que no sentía.

—Como quiera —replicó el taxista antes de arrancar el motor y ponerse en marcha.

Durante el viaje, Candance fue estudiando a través de la ventanilla la ciudad que la había visto nacer. Una extraña sensación la invadió según se iban alejando del centro para dirigirse a la zona del extrarradio. Se sorprendió al llegar a South Side, donde encontró calles estrechas y casas pequeñas y destartadas.

—Pues ya estamos aquí —declaró el hombre, parando el coche junto a la acera de la calle que le había indicado la joven.

—Gracias —dijo ella, la voz del taxista la había sobresaltado—. ¿Cuánto le debo?

Este le dio la cifra y, tras darle el cambio, dudó unos instantes antes de hablar.

—¿Quiere que la espere aquí? Este es un barrio peligroso.

Candance tragó el nudo que se había formado en su garganta, pero se obligó a ser valiente, que era lo que necesitaba en aquel momento.

—Se lo agradezco, pero no hace falta. —Dedicó una débil sonrisa al conductor y abandonó el vehículo, que no tardó en emprender la marcha y seguir con su camino.

Por unos instantes se sintió desorientada, asustada, mientras aferraba el bolso contra su pecho. Miró a su alrededor y descubrió que tres hombres se aproximaban a ella. Con paso acelerado se acercó a un edificio cercano y descubrió que se trataba del número 9 de la calle, justo el que ella buscaba. Aprovechando que la puerta estaba abierta, entró y la cerró a su espalda, apoyándose por unos instantes sobre ella y respirando hondo.

Ahora se arrepentía de no haber aceptado la ayuda de Dana, que se había ofrecido a acompañarla en su aventura. Por un segundo, su pensamiento voló hacia Kevin, y deseó con todo

su ser que él estuviera allí. Estaba segura de que si él se enteraba de dónde estaba en aquel momento, se enfadaría con ella.

Tras unos minutos de lucha interna al fin consiguió sacar fuerzas de flaqueza y comenzó a subir por las angostas escaleras hasta llegar al tercer piso. Solo había cuatro puertas, y cuando localizó la que buscaba se plantó frente a ella. Finalmente, elevó su mano y pulsó el timbre con el dedo.

Kane estaba dándose una ducha cuando el sonido del timbre le alertó. Dudó por unos instantes, esperando que quien fuera se largara, pero el sonido molesto volvió a vibrar en el pequeño apartamento. Maldiciendo, cogió una toalla y secó vigorosamente el cuerpo antes de enrollarla a su cintura y caminar atropelladamente hasta la puerta. La abrió con virulencia y habló con voz ruda.

—¿Quién eres y qué demonios quieres? —inquirió, antes de prestar atención a la joven que tenía ante sí y que pareció encogerse al escucharle.

Candance permaneció inmóvil, con la mirada clavada en el hombre que había abierto la puerta del apartamento. A su pesar, sus ojos se fijaron en su pecho musculado, que parecía estar cincelado por un escultor. Luego descendió por sus estrechas caderas, que sustentaban una toalla de felpa blanca, y prosiguió por sus piernas, que parecían firmes hasta llegar a sus pies descalzos.

Consciente del escrutinio al que estaba sometiendo al desconocido, carraspeó, azorada, elevó la cabeza y se obligó a fijar la mirada en su rostro, quedándose nuevamente sin aliento. Sus facciones eran cuadradas, duras, pero no exentas de perfección en sus proporciones. Sus labios eran gruesos y sugerentes y su nariz, recta y equilibrada. Su cabello, oscuro como el carbón, estaba húmedo y dejaba caer gotas sobre su frente, pero lo que de verdad llamaba la atención eran sus expresivos ojos de un peculiar tono de gris.

Kane la observaba atentamente, esperando a que aquella joven respondiera a su pregunta, pero parecía una estatua de sal. Llevado por la curiosidad, comenzó a estudiar a aquella chica que parecía un animal asustado. No era muy alta, aunque casi ninguna mujer lo era comparada con su metro ochenta de estatura. Era delgada y sus formas quedaban ocultas bajo unos pantalones vaqueros anchos, una sudadera amplia con el escudo de una universidad y unas deportivas. Sí, definitivamente su cuerpo no le pareció excesivamente atractivo, no así sus facciones y su pelo, que la hacían relucir. Su rostro era ovalado, con pómulos altos y labios apetecibles de color rosado. Sus cejas eran perfectas y encuadraban unos enormes ojos marrones. Su cabello castaño iba recogido en un moño informal que dejaba escapar algunos mechones que parecían acariciar sus mejillas.

De pronto, el sonido de la puerta de enfrente al abrirse le sobresaltó, e hizo reaccionar a Kane. Sus nuevos vecinos no le gustaban ni un pelo, y aquella chica que había aparecido frente a su puerta era como un caramelo delante de un colegio.

Candance, que estaba a punto de girarse para ver qué sucedía a su espalda, se vio sorprendida cuando una gran mano aferró su brazo y tiró de ella al interior del apartamento. Prácticamente acabó empotrada en el pecho masculino. Solo reaccionó y se apartó cuando escuchó cerrarse la puerta a su espalda. Entonces se alejó de aquel hombre, deshaciéndose de su agarre con brusquedad.

—¿Qué cree que está haciendo? —exclamó sulfurada, notando cómo sus mejillas comenzaban a arder.

La reacción de la joven sorprendió a Kane, que se cruzó de brazos y clavó su mirada en ella con intensidad.

—He preguntado yo primero, ¿quién eres y qué quieres? —Kane no estaba del mejor de los humores después del encuentro con su padre.

—Mi nombre es Candance Mayer y vengo a hablar con Chad Sullivan. ¿Vive aquí? —preguntó esperanzada. Ahora un montón de dudas la asolaban. «¿Y si me he equivocado de Sullivan y él no vive aquí? ¿Cómo demonios voy a salir de esta?». Ahora la voz de Dana retumbaba en su cabeza, como la voz de la conciencia: «No puedes ir tu sola a ese barrio, es peligroso».

Kane achicó los ojos y los clavó en el rostro de la joven. Estaba claro que no era del barrio, la delataban su forma de comportarse y su ropa. Una sensación extraña le recorrió al pensar que esa podía ser la chica por la que Chad suspiraba. No sabía por qué, pero esa idea le disgustó.

—Sí, es mi hermano. ¿Qué quieres de él? —preguntó, sin percatarse de la tensión que se traslucía en su voz.

Candance se sorprendió al descubrir que aquel hombre de aspecto peligroso no era otro que el hermano del novio de Jenna. Se preguntó si el tal Chad se parecería en algo a este, porque si era así no le sorprendía la obsesión de Jenna por ese chico. Al percatarse de los derrotos por los que andaba su mente se quedó blanca como el papel. «¿qué demonios te pasa?», se preguntó, frustrada consigo misma.

—¿Estás bien? —preguntó Kane, preocupado al ver el cambio que se había producido en su rostro.

—Sí, sí, claro —balbuceó Candance avergonzada—. Solo quería hablar con Chad sobre un asunto —respondió a su primera pregunta.

La mente de Kane dio un giro de tuerca. Fue entonces cuando se percató de que su hermano había estado muy raro los últimos meses y que desaparecía constantemente. ¿Y si se había metido en algún problema? Los remordimientos comenzaron a bullir en su estómago. Se había centrado tanto en estudiar para las pruebas de acceso al ejército que quizás había desatendido sus obligaciones.

—¿Sabe dónde está? —pregunto Candance, insegura al ver que él no contestaba.

—Está trabajando —replicó Kane más repuesto—. ¿Qué asunto tienes tú con mi hermano? —interrogó preocupado.

El tono de su voz no le gustó nada a Candance, logrando que recuperara el aplomo perdido. No conocía de nada a ese hombre y, por mucho que fuera hermano del tal Chad, no pensaba hablar de las intimidades de su hermana con él.

—No es asunto suyo —respondió cortante.

Kane se sintió sorprendido por su contestación. Sin percatarse, sus espesas cejas negras se arquearon y una tenue sonrisa se dibujó en sus labios. Estaba claro que aquella chica tenía agallas.

—Lo lamento, señorita... —dejó la frase en el aire.

—Mayer.

—Señorita Mayer, es usted la que se ha presentado en mi apartamento haciendo preguntas sobre mi hermano pequeño. Entienda que quiera saber el motivo.

Candance apretó los labios por unos segundos, deseando mandar a la mierda a ese tipo, pero en el fondo podía comprenderlo. Ella misma estaba preocupadísima por su hermana y entendía que él lo hiciera con el suyo.

—Está bien —cedió—, su hermano y mi hermana se conocieron hace tres meses y están saliendo.

Kane recordó la conversación que había mantenido con Chad meses antes sobre una chica. Le había aconsejado que no la viera más, que era una mala idea, pero al parecer él no le había hecho

ni puto caso.

—Sí, he oído algo sobre el asunto —comentó enigmáticamente. No mostraría sus cartas hasta que ella lo hiciera.

—Le dije a mi hermana que lo mejor era que se centrara en sus estudios, que era demasiado joven para salir con nadie —dijo Candance para suavizar su relato. No creía que fuera buena idea expresar lo que realmente pensaba.

El cuerpo de Kane se tensó al escuchar sus palabras. Aquella mojegata debía pensar que era estúpido. Estaba claro que la verdadera razón por lo que la señorita Mayer no quería que su hermana saliera con Chad tenía más que ver con el lugar donde vivían que con los estudios.

—Venga, señorita Mayer, no soy gilipollas. Lo que le preocupa es que su hermana salga con Chad porque vivimos en los suburbios, ¿no es verdad? —inquirió elevando una de sus cejas.

—Yo no he dicho eso —se justificó Candance con demasiada celeridad.

—Pues escúcheme bien. Chad es un buen muchacho. Trabaja y estudia en busca de un futuro. Y no pienso permitir que usted, señorita remilgada, venga a mi casa a menospreciarme.

—Yo no pretendía... —intentó Candance hablar, pero él la cortó con un gesto de mano que la dejó congelada en el sitio al descubrir en sus ojos la ira.

—Oh, claro, no pretendía juzgarnos, o insultarnos, pero lo ha hecho.

—Lo siento, ¿vale? —replicó Candance apasionadamente, sin achantarse—. Pero que mi hermana ande con su hermano y un conocido camello no me deja tranquila. ¿Lo comprende?

—¿Qué camello? —preguntó Kane rechinando los dientes.

—Un tal Harry Sullivan, supongo que es algún primo suyo.

«Maldito cabrón», pensó Kane al recordar a su padre. Estaba claro que había nacido para joderle la vida a todo el mundo. A su madre, a sus abuelos, y ahora a sus hijos. Y a pesar de que no le había gustado nada lo expresado por la señorita Mayer, determinó que lo mejor era que Chad se alejara de aquella chica.

—Está bien, hablaré seriamente del asunto con mi hermano. Intentaré que deje a su hermana. Será lo mejor para los dos.

—¿De verdad hará eso? —preguntó Candance esperanzada.

—Sí, pero no lo hago por usted, si no para que mi hermano no sufra cuando su hermanita se aburra de él. Y ahora, si no le importa, tengo cosas que hacer —finalizó, deseando que la joven se largara.

—Gracias de nuevo, señor Sullivan. ¿Me deja un bolígrafo y un papel? —inquirió, sorprendiendo al aludido.

—No me llame «señor Sullivan». Con Kane bastará —respondió el mientras le entregaba un bloc y un bolígrafo.

Candance garabateó algo en el papel y luego se lo entregó. Prefería darle su teléfono a ese hombre que tener que volver a aquel lugar.

—Este es mi número, por si tiene que llamarme.

Kane observó la libreta y los números que ella había escrito con impecable caligrafía.

—Gracias —respondió incómodo, deseando que ella se marchara cuanto antes—. ¿La ha traído alguien? —preguntó por pura cortesía.

—No, vine en taxi —confesó Candance.

«Joder», pensó Kane mientras se revolvía el pelo con los dedos. No era asunto suyo, pero no tenía corazón para dejar a aquella polluela sola en el barrio. Estaba seguro de que si permanecía más de cinco minutos en la acera acabarían robándole la cartera.

—Espere aquí a que me vista. Mientras, pida un taxi.

Diez minutos después, Candance se sintió aliviada al subir al vehículo. Le indicó la dirección de su casa al taxista y respiró cuando este arrancó. Mientras se alejaba no pudo evitar mirar a través del espejo retrovisor la figura de aquel hombre que permanecía plantado en medio de la acera con las piernas ligeramente separadas, cruzado de brazos y con la mirada fija en la parte trasera del vehículo.

CAPÍTULO 5

Chad miró por cuarta vez su móvil para comprobar la hora. Había quedado con Jenna en la cafetería donde solían encontrarse, pero ella llegaba con diez minutos de retraso. Había tenido que pedir a su jefe que le dejara salir media hora antes, aunque por la cara que puso no le hizo demasiada gracia. En otras circunstancias no lo habría hecho, necesitaba ese trabajo, pero el mensaje de Jenna parecía desesperado y desde que lo había recibido una extraña sensación se había apoderado de su cuerpo.

Cuando la puerta se abrió y la vio entrar, se sintió aliviado, pero dicha sensación desapareció cuando ella se acercó y pudo ver su rostro ceniciento. La joven no se sentó, prácticamente se derrumbó sobre la silla situada frente a Chad.

—¿Qué pasa? —preguntó angustiado mientras cogía su mano para descubrir que estaba helada—. ¿Le ha pasado algo a tu madre, a tu hermana? —indagó, sin comprender su estado de ánimo.

—Chad —le llamó a media voz—, ha sucedido algo.

—¿Qué? —exclamó el joven con nerviosismo.

Jenna estaba más asustada que en toda su vida. Había intentado ignorar los síntomas, se autoconvenció de que no era nada, solo imaginaciones suyas, pero después de dos meses sin el periodo y los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo, ahora podía decir que estaba completamente segura de que estaba embarazada. Esa certeza había provocado un cataclismo en su mundo. La noche anterior apenas había logrado pegar ojo, imaginando cómo se lo tomarían su madre y su hermana. Estaba segura de que iban a poner el grito en el cielo, que se armaría una gran bronca. Pero no solo le preocupaba eso, la conversación que tenía por delante iba a ser la más difícil de su vida.

—Jenna, por favor, dime qué sucede —rogó Chad desesperado.

—Estoy embarazada —soltó a bocajarro. No había otra manera de dar la noticia.

Chad se quedó estático en el sitio y sintió que hasta sus pulmones se olvidaban de respirar. Un sudor helado recorrió su espalda y notó cómo el frío que había descubierto en la piel de Jenna ahora se apoderaba de él. «¿Embarazada?», la pregunta se repitió en su cabeza varias veces. «¿Y ahora qué vamos a hacer?», se cuestionó mientras se frotaba la frente con angustia.

—¿Estás segura? —preguntó, clavando su mirada en el rostro de Jenna, que parecía expectante ante su reacción.

—Me hice ayer la prueba, dos veces.

—¡Joder! —exclamó Chad sin poder contenerse.

Jenna sintió que un abismo se abría bajo sus pies. El miedo que llevaba acosándola durante horas se estaba materializando.

—¿No quieres tenerlo? —preguntó con los ojos anegados de lágrimas, mientras su labio inferior temblaba sin control.

Chad, con la mirada clavada en el rostro de Jenna, no tardó en responder mientras acariciaba su mejilla cálidamente.

—Claro que quiero tenerlo —confesó con sinceridad—, pero los dos sabemos que esto no va a ser nada fácil.

—No, no lo va a ser —replicó Jenna, más compuesta—, pero lo lograremos juntos ¿verdad? —preguntó. Necesitaba la confirmación por parte de Chad más que el aire para respirar.

—Por supuesto —respondió él, aunque por dentro se sentía como un barco a punto de naufragar en el mar—. ¿Qué te parece si lo celebramos con un enorme batido de chocolate? —preguntó, intentando fingir una tranquilidad que no sentía.

—Sería genial —respondió Jenna dibujando una leve sonrisa en sus labios.

Era ya tarde cuando Chad regresaba a su casa. Caminaba por la calle, desierta a esas horas, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha. Había logrado mantener el tipo frente a Jenna, pero ahora que había tenido tiempo de asimilar lo que suponía ser padre en su situación se sentía al borde del precipicio. Estaba jodido, bien jodido, y eso que aún no se lo había contado a su hermano. Estaba seguro de que él intentaría convencerlos a ambos para que abortaran, alegando que eran demasiado jóvenes para la responsabilidad que suponía tener un hijo.

—¡Eh, chico! ¿Qué diantres te pasa? —le sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de su padre, que permanecía apoyado en la esquina de un callejón oscuro. La luz de la brasa de un cigarro cuando este dio una calada iluminó su decrepito rostro.

—Nada —respondió Chad, dispuesto a seguir con su camino.

—Espera —solicitó Harry, saliendo de su escondite y colocándose frente a su hijo pequeño—, quizás pueda ayudarte.

A Chad no le había quedado más remedio que detenerse, y al escuchar sus palabras una sonrisa torcida curvo sus labios.

—No creo que puedas.

—Inténtalo, quizás si lo sueltas te sientas mejor. Yo no soy como tu hermano, no te juzgaré —Su voz le tentaba, como la de un encantador de serpientes.

Chad dudó, pero al imaginar lo que le esperaría en casa cuando llegara y soltara la bomba decidió sincerarse con su padre. Al fin y al cabo él había sido padre a su misma edad. Tendría más experiencia que Kane en el asunto que le atormentaba.

—Está bien —dijo, cambiando de pierna el peso de su cuerpo—, estoy saliendo con una chica.

—¿Qué chica? —inquirió Harry interesado.

—La que te presenté el otro día. Es de Lower West Side.

Los ojos de Harry se abrieron desmesuradamente y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios antes de hablar.

—Apuntas alto, chico. ¿Cuál es el problema, que su familia no te acepta?

—Si ese fuera el único de mis problemas... —expresó Chad frustrado, dando una patada al aire mientras su mirada se clavaba en la acera.

—Y entonces, ¿cuál es?

—Jenna se ha quedado embarazada —confesó Chad.

—¡Joder, muchacho!

—Ya, eso pensé yo —replicó Chad, con un mal presentimiento. Quizá había cometido una estupidez al contarle sus problemas a su padre. Estaba a punto de seguir con su camino cuando la voz de Harry le detuvo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No tengo ni puta idea —respondió Chad soltando la frustración que bullía en su interior.

—Si piensas tener a ese mocosito, necesitarás dinero.

«No me digas, lumbreras», pensó Chad.

—Yo puedo ayudarte en eso.

Chad achicó los ojos y clavó la mirada en su padre. Realmente sabía que Harry no podía ayudarle y que lo más inteligente era hablar con Kane. Aunque su hermano montaría en cólera, al final le ayudaría en lo que pudiera, como siempre.

—Déjalo —dijo, dispuesto a seguir con su camino.

—Por favor, déjame ayudarte —le rogó Harry.

Chad escrutó el rostro de su padre. Algo en sus ojos, muy parecidos a los suyos, le decía que estaba hablando en serio.

—¿Cómo? —se escuchó preguntar, aunque algo en su interior le gritaba que se fuera de allí cuanto antes.

Harry sonrió de una forma extraña. Se situó junto a Chad para colocar el brazo sobre sus hombros. Luego le instó a andar.

—Te invito a una cerveza y te lo cuento —dijo enigmáticamente mientras dirigía sus pasos al pub de Charlie, donde solía pasar la mayor parte del tiempo.

Kane estaba frente a los fogones dando vueltas a los espaguetis que tenía pensado cenar aquella noche cuando Chad entró en el apartamento balanceándose. Kane arrugó el ceño y supo al instante que algo no andaba bien.

Chad se dejó caer sobre el sofá y se cubrió los ojos con el antebrazo. Se sentía mareado y las acuciantes ganas de vomitar le dominaban.

—¿Dónde has estado? —preguntó Kane, sentándose en el reposabrazos del ajado sillón de dos plazas que había conocido tiempos mejores.

—Por ahí —respondió Chad escuetamente.

—¿Y dónde es por ahí? —insistió Kane, no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente.

—¡Vale, está bien! En el Pub de Charlie.

Kane apretó los dedos formando un puño. Pero sabía que si le reprochaba algo a Chad, y más en el estado en el que se encontraba, la cosa no acabaría bien.

—¿Con Harry? —inquirió con voz neutra.

—Sí, con papá.

Kane notó que su mandíbula se tensaba, amenazando con hacer volar sus dientes en mil pedazos, pero nuevamente se contuvo. Tenía que hablar muy seriamente con Chad sobre la chica con la que salía, era lo que había acordado con la hermana de esta. Tenía que centrarse en eso.

—¿Y eso por qué?

—Nos hemos encontrado y ha surgido. Además, tenemos algo que celebrar —dijo Chad, envalentonado por los efectos del alcohol.

Kane achicó los ojos, confuso por dicha afirmación.

—¿Y se puede saber él qué?

El joven, que hasta el momento había permanecido tumbado, se incorporó y se sentó en el sofá antes de clavar su mirada en el rostro de su hermano. Por primera vez en su vida lo vio confuso y eso le hizo sonreír tontamente.

—Querido hermano, vas a ser tío —soltó, disfrutando de la expresión que mostró el rostro de su hermano mayor.

Kane se quedó sin aire en el pecho por un instante, con la acuciante sensación de que había llegado demasiado tarde. «Si hubiera hablado con él antes...», se reprochó mentalmente.

—¿No te alegras de la noticia? —inquirió Chad, sacándole del estado de aturdimiento en el que se encontraba.

—¿Alegrarme? —inquirió Kane abandonando su asiento y comenzando a caminar en círculos por el pequeño salón—. Maldita sea, Chad, ¿te parece un asunto gracioso?

—No, no me lo parece, pero las cosas hay que tomárselas como vienen. Creí que te haría ilusión ser tío.

El rostro de Kane se giró con brusquedad y clavó su mirada con intensidad en el rostro de su hermano. Siempre había perdonado las locuras de Chad, ya que era joven, pero dejar embarazada a una chica había traspasado todos los límites.

—¿Y cómo coño piensas mantenerlo? Eres un cabeza de chorlito.

Chad, tras escuchar sus palabras, también se levantó y caminó zigzagueante para plantarse frente a su hermano con valentía.

—Ese no es tu problema.

—Ah, claro, esperas que la familia de la tal Jenna se haga cargo de todo, ¿no es así? —escupió Kane mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—No, sabelotodo —replicó Chad molesto—, yo mantendré a mi familia.

—¿«Mi familia»? —preguntó Kane con sorna—. ¿No crees que esa palabra te viene demasiado grande?

—¡Eres un cabrón! —explotó Chad. Hubiera deseado estampar su puño en el rostro de su hermano, pero sabía que tendría las de perder.

—Más bien soy un hombre realista. ¿Crees que criar a un niño es barato? Pues ya te digo yo que no. Espera, ¿no me digas que Harry te ha dado consejos al respecto? ¿Acaso olvidas que desde que mamá se largó nos hemos tenido que buscar la vida nosotros solos?

Chad sabía que las palabras de Kane eran ciertas pero, dadas sus circunstancias, no podía rechazar la oferta que le había hecho Harry. Era su única salida para lograr lo que anhelaba: vivir con Jenna y su futuro hijo.

—Por eso mismo pienso luchar por Jenna, lo haremos juntos y a nuestro hijo no le faltará de nada. Es tu decisión si quieres o no formar parte de nuestras vidas. —Con estas últimas palabras Chad dio por concluida la conversación, luego se giró y se encaminó a su dormitorio.

—¡Joder! —exclamó Kane dando una fuerte patada al sofá y pasándose las manos por el pelo con frustración.

Solo reaccionó cuando el olor a quemado proveniente de la cocina le alertó. Corrió hasta allí y apagó el fuego, pero ya era demasiado tarde, se había quedado sin cena, aunque tampoco tenía la mayor importancia teniendo en cuenta que tenía el estómago cerrado tras lo sucedido.

Una hora después permanecía en la escalera de incendios del edificio, con una cerveza en una mano y el móvil en la otra. Mil dudas asolaban su cabeza, pero finalmente buscó en la agenda y dio al botón verde de llamada.

Sonaron varios tonos, y estaba a punto de colgar cuando la línea se desbloqueó al otro lado y una voz soñolienta contestó.

—¿Quién es? —preguntó Candance, confusa por la hora tardía de aquella llamada.

—Soy Kane Sullivan —respondió una voz masculina al otro lado de la línea.

Candance se sentó sobre la cama, sorprendida y alertada a partes iguales, pero con su movimiento logró que Kevin se revoliera sobre el colchón.

—Espera un momento —pidió en un susurro mientras abandonaba la cama y se dirigía al baño para hablar con más privacidad—. ¿qué sucede? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Ha pasado algo grave —anunció Kane, ya arrepentido de haber llamado.

—¿Le ha sucedido algo a mi hermana? —La voz de Candance denotaba preocupación y al arrepentimiento de Kane se sumó la culpabilidad.

—Será mejor que lo hablemos en persona, ¿cuándo podemos quedar?

—¿Me vas a dejar así toda la noche? —inquirió Candance furiosa.

—Eso parece.

—Bien, entonces mañana. ¿A qué hora?

—Salgo de trabajar a las seis.

—Bien, estaré en tu casa esperándote...

—Mejor en otro lugar —indicó Kane, no creía que el sitio más seguro para la señorita Mayer fuera su barrio—. Luego te envío la ubicación —añadió antes de cortar la llamada.

Candance se quedó pasmada cuando la línea comenzó a comunicar. Si hubiera tenido delante a Kane Sullivan le habría dado una merecida bofetada por interrumpir su sueño y dejarla angustiada. Estaba segura de que no pegaría ojo en toda la noche.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo? —le sobresaltó la voz de Kevin, que en ese momento asomaba su rostro a través de la puerta entornada.

—No, nada, solo que tenía sed —mintió para no tener que darle explicaciones. Al día siguiente Kevin tenía un importante examen y no quería descentrarlo.

—Pues vamos a la cama.

—Ahora voy —replicó ella. Necesitaba unos minutos para recuperarse.

CAPÍTULO 6

Candance bajó del vagón y caminó por el andén en dirección al parque donde Kane la había citado. Aún se sentía mal por la excusa que le había puesto a Kevin para justificar su falta aquel día de la universidad. Le había dicho que tenía una entrevista de trabajo para los fines de semana, aunque era una gran mentira.

Llegó cinco minutos antes de la hora acordada y se sentó en un banco. Intentó evadirse observando la vegetación ocre que la rodeaba, pero estaba demasiado nerviosa. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a la intempestiva llamada de Kane, y un centenar de ideas se habían materializado en su mente desde entonces.

—Hola —le sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que era él.

Permanecía a su lado, de pie y con las piernas separadas. En esa ocasión llevaba unos vaqueros oscuros y su pecho iba resguardado por una chaqueta de cuero. Pero aquellos ojos grises y sus facciones duras eran las mismas.

—Hola. —Candance le devolvió el saludo, poniéndose de pie para no sentirse apabullada por su altura, pero aún así él seguía sacándole casi dos cabezas.

Una ráfaga de aire sopló, y Candance no pudo evitar estremecerse. Los días eran más cortos y fríos, y el sol, que ya se ocultaba en el firmamento, había logrado que la temperatura bajara varios grados.

Kane también notó el frío, que parecía querer meterse en sus huesos. Vio cómo ella se estremecía, y se arrepintió de haber quedado a una hora tan tardía.

—¿Quieres tomar un café? Conozco un sitio cerca —ofreció amablemente.

Candance dudó, pero cuando un nuevo lengüetazo gélido atravesó su cuerpo, aceptó con celeridad.

—Estaría bien.

La citada cafetería se encontraba a pocos metros y durante el trayecto ninguno de los dos habló, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Candance se sintió agradecida cuando traspasaron las puertas acristaladas y fue recibida por un calor agradable.

—¿Aquí te parece bien? —preguntó él, señalando una mesa cercana, situada frente a una ventana.

—Perfecto —aceptó ella, ocupando una de las sillas.

Una camarera se acercó hasta ellos y, tras tomarles el pedido, se alejó de nuevo. Fue el momento que Candance eligió para expresar la pregunta que quemaba en su lengua.

—¿Por qué me llamaste anoche? ¿Qué es lo que pasa?

Kane estaba a punto de responder cuando la camarera regresó con los cafés que habían pedido. Cuando se quedaron solos otra vez, Kane echó azúcar en la taza con total parsimonia, aunque era del todo consciente de la mirada castaña de Candance clavada en su persona. Sabía que ella esperaba respuestas, pero él no sabía cómo comenzar con aquella conversación. Cogió la taza entre sus dedos, reconfortado por el suave calor que la porcelana traspasaba hasta sus dedos.

—Por favor, habla de una vez, no he pegado ojo en toda la noche.

Kane levantó la mirada de la taza y se enfrentó a la de Candance.

—Se trata de Jenna y Chad.

—¿Has hablado con tu hermano? ¿Le has hecho razonar?

—Lo he intentado por activa y por pasiva, pero no ha habido manera. Dice que está enamorado de tu hermana.

—El amor está sobrevalorado —espetó Candance, haciendo un ademán con la mano—, son demasiado jóvenes, lo superarán.

A pesar de la situación en la que se encontraban, Kane no pudo evitar esbozar una tenue sonrisa. Estudió el rostro de Candance, que parecía angelical, antes de soltar una pregunta que no venía a cuento.

—¿Cuántos años tienes?

Candance se vio sorprendida por su espontánea pregunta, y por eso mismo contestó automáticamente.

—Veintidós.

—Oh, claro, por eso sabes tanto sobre el amor.

Ella frunció el ceño, molesta ante su comentario.

—No he venido aquí para que te rías de mí, si no para saber que sucede con mi hermana. ¿Podrías iluminarme de una maldita vez? —preguntó secamente.

Kane se vio gratamente sorprendido por su actitud. No esperaba que aquella chica con rostro de muñeca tuviera tanto genio.

—Lo siento —se disculpó, centrándose nuevamente en la cuestión que los había llevado allí—, perdona. La verdad es que no sé por dónde empezar —confesó antes de dar un largo trago a su café.

Candance curvó una de sus perfectas cejas, sorprendida porque Kane, que le había parecido un hombre que sabía controlar constantemente la situación, titubeara de esa forma. Estaba claro que lo que tenía que contarle era grave.

—Empieza por el principio —le alentó.

—Bueno, la verdad es que es algo muy sencillo, y no vale la pena poner paños calientes: Jenna está embarazada —soltó directo.

Candance, tras escuchar sus palabras, notó que la vista se le nublaba mientras su corazón cabalgaba dentro de su pecho como un caballo desbocado. «Embarazada», aquella palabra retumbaba una y otra vez en su cabeza.

Kane, que permanecía con la mirada puesta en el rostro de Candance, empezó a preocuparse cuando vio que esta palidecía rápidamente. Estaba claro que la noticia le había impactado. Alargó su mano y atrapó la de ella entre sus dedos, y descubrió que estaba helada.

—¿Te encuentras bien?

La aludida tardó unos minutos en recuperarse, pero finalmente pudo enfocar sus ojos y los clavó en el rostro preocupado de Kane.

—¿Es en serio? —logró balbucear.

—Me temo que sí —respondió Kane derrotado mientras se frotaba la frente con los dedos—. Me lo confesó ayer mi hermano.

—¿Cómo... cómo ha podido pasar? —Ella pronunció en voz alta la pregunta que golpeaba su mente una y otra vez.

—No lo sé, pero lo que está claro es que tenemos un problema, y de los gordos.

La mente de Candance comenzó a trabajar a toda velocidad, buscando una alternativa a la situación. Pero necesitaba más datos para saber qué terreno pisaba antes de hablar con su

hermana.

—¿Y te ha dicho qué piensan hacer?

—Le dije que había opciones, que eran demasiado jóvenes, pero están decididos a tenerlo. Conozco a mi hermano y te aseguro que la determinación de sus ojos no augura nada bueno.

—¡Dios, Dios, Dios! Esto es una completa locura —gimió Candance mientras apoyaba los codos sobre la mesa y ocultaba su rostro entre sus manos.

—Lo sé. Llevo toda la noche sin dormir. En la fábrica casi me arranco la mano con una maquina. Tenemos que pensar en algo, y pronto.

—No se me ocurre nada —confesó ella frustrada, apartando las manos de su rostro para poder mirar de frente a Kane.

Todo eso la sobrepasaba. Era demasiado. Se repetía una y otra vez que tenía que ser fuerte, que cuando su madre se enterara de la noticia tenía que estar allí, pero sin poder evitarlo se derrumbó y comenzó a llorar desconsoladamente.

Kane fue testigo de cómo las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y, maldiciendo su mala suerte, no pudo hacer otra cosa que abandonar su silla y situarse acucillado junto a ella antes de tomarla entre sus brazos para darle el consuelo que parecía necesitar.

—Shhh, tranquila. Seguro que todo se arregla.

—¿Me lo prometes? —le preguntó Candance apartándose de su pecho y clavando la mirada en sus ojos grises. Se encontraban a escasos centímetros y por primera vez se fijó con atención en aquellos iris expresivos, adornados con pequeñas vetas más oscuras. Por alguna razón, encontró en ellos el consuelo y la seguridad que necesitaba incluso antes de que él le diera una respuesta.

—Te lo prometo —contestó Kane, aunque no sabía si podría cumplir aquella promesa.

Una semana después

Candance y su madre permanecían sentadas en el sofá, cogidas de la mano, mientras esperaban la llegada de Jenna. Para Alice no había sido fácil digerir la noticia de que su hija iba a ser madre con apenas diecisiete años. Ella también había sido madre joven y había tenido que luchar con ahínco para sacar adelante a sus hijas. Siempre había temido que algo así sucediese, logrando que el dicho que solía recitar su abuela se cumpliera: «Los hijos están condenados a repetir los errores de sus padres».

Ambas se sobresaltaron cuando escucharon el sonido de la puerta al abrirse y esperaron pacientemente a que Jenna entrara en el salón.

Esta se paró en seco al ver a su madre y hermana sentadas en el sofá y con la mirada clavada en ella. Inconscientemente, se llevó la mano derecha a su vientre y lo palpó disimuladamente, temiendo que ya empezara a notarse su estado. Aún no había reunido el valor para confesarle a su madre la verdad. Sí, sabía que era una cobarde, pero temía más hacer daño a su madre y hermana que la reprimenda que recibiría.

—Jenna, ven, por favor, siéntate con nosotras —le ofreció su madre dando unos pequeños golpecitos en el cojín a su lado.

«Algo pasa aquí» se dijo mientras dejaba la mochila en una silla próxima y se sentaba obedientemente.

—¿Qué sucede? —preguntó observando el rostro de ambas alternativamente.

—Queremos hablar contigo —comenzó su madre.

—Sobre Chad —prosiguió Candance, granjeándose una mirada de ira de su hermana.

—¿Se lo has contado? —exclamó Jenna, intentando levantarse del sofá para huir, pero su madre se lo impidió, cogiéndola del brazo.

—No te enfades con tu hermana —dijo Alice con voz monocorde—, pero tarde o temprano me habría enterado, ¿no crees? —inquirió, clavando su mirada en el rostro de su hija pequeña, que parecía un volcán a punto de explotar.

«¡Lo sabe, lo sabe, lo sabe! —se repetía Jenna una y otra vez, hasta que una cuestión gritó más fuerte, por encima de las otras voces que asolaban su cabeza—: ¿Cómo lo saben si no se lo he dicho a nadie?».

—Mamá, no sé a qué te refieres —mintió, segura de salirse con la suya—. Es verdad que hace unos meses salía con un chico que se llama Chad, pero hace tiempo que lo dejamos...

—Entonces, ¿el hijo que esperas no es suyo? —zanjó Alice.

Candance, testigo muda de la situación que se estaba produciendo frente a sus ojos se quedó con la boca abierta tras la pregunta directa de su madre.

—Yo, yo... —comenzó a balbucear Jenna, sintiéndose acorralada.

—No te molestes en negarlo. Kane, el hermano de Chad, nos lo ha contado todo.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida. Ni siquiera ella conocía al hermano de Chad.

—Eso ahora no importa —intervino Candance por primera vez. No quería que su hermana descubriera cómo había conocido al hermano de su novio—. La cuestión ahora es pensar qué vamos a hacer...

Jenna se levantó del sofá como un resorte, sin que su madre fuera capaz de retenerla, y se alejó de ellas. Su rostro estaba sonrojado y su cuerpo parecía temblar.

—No tenéis ningún derecho a meteros en mi vida, ¡mi vida! —puntualizó subiendo el tono de su voz y golpeando su pecho con el dedo índice—. Yo, y solo yo, decidiré sobre qué hago con ella.

Alice, que se había propuesto mantener la calma, se levantó del sofá y se aproximó a Jenna con celeridad hasta quedar frente a ella, como en un duelo ficticio.

—Mientras vivas bajo mi techo, seremos las dos quienes tomaremos las decisiones respecto a tu futuro. ¿Ha quedado claro? —preguntó autoritariamente.

Candance se encogió al escuchar las palabras de su madre. Nunca la había visto tan enfadada, y lo comprendía, pero no estaba segura de que esa fuera la mejor forma de afrontar la situación. Jenna era cabezota y temperamental, y las palabras que su madre acababa de pronunciar no harían más que complicar la situación.

Jenna notaba cómo vibraban las aletas de su nariz, cómo la ira recorría cada poro de su piel. Se sentía herida, enjaulada, pero había aprendido que la mejor forma de hacer las cosas como ella quería era la clandestinidad.

—Claro y cristalino —contestó—, ahora, ¿me puedo ir a mi habitación? —preguntó mientras rescataba su mochila de la silla.

—Sí, puedes. La cena estará dentro de media hora. Pero que te quede claro que esta conversación aún no ha acabado.

—¡Genial! —exclamó Jenna antes de caminar aceleradamente hacia la escalera.

Alice solo respiró cuando su hija menor desapareció de su vista. Entonces se volvió a sentar en el sofá y se dejó caer hacia atrás antes de frotarse la frente con los dedos y cerrar los ojos por unos instantes.

—El primer asalto ha acabado —murmuró abriendo nuevamente los ojos y clavándolos en Candance—, y creo que he salido vencedora.

Candance arrugó el ceño. Estaba segura de que la aceptación por parte de Jenna de las órdenes de su madre solo era una pantomima y así se lo hizo saber.

—Mamá, no cantes victoria tan pronto.

CAPÍTULO 7

Candance llegó aquella tarde de viernes y descubrió que la casa estaba en completo silencio, cosa comprensible porque su madre tenía turno y Jenna estaba haciendo de canguro con la absurda idea de que ese trabajo eventual la ayudaría a ahorrar para su bebé.

Subió a su dormitorio y dejó la bolsa de deporte donde había guardado cuatro prendas de ropa para pasar el fin de semana. Mientras se daba una ducha rápida no dejaba de pensar en la discusión que había mantenido con su novio en la estación de autobuses, que la había dejado con un mal sabor de boca y una tristeza inusitada. Kevin empezaba a estar harto de que cada fin de semana se fuera a pasarlo con su madre y hermana. Le había dicho que comprendía la grave situación en la que se encontraban, pero él también la necesitaba. Y sin un triste adiós, la dejó en el andén cuando su autobús llegó.

Dispuesta a aprovechar el tiempo, se vistió con ropa cómoda y se dirigió al comedor, donde dispuso los apuntes que había llevado con ella sobre la amplia mesa. Cuando tuvo todo bien organizado, recogió su larga melena castaña en un moño que sujetó con una pinza y se dispuso a esquematizar el temario que tenía por delante.

No habían pasado ni veinte minutos cuando el timbre sonó y, confusa, se dirigió hasta allí. Cuál no fue su sorpresa al descubrir que se trataba de Kane.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, mientras con sus dedos aferraba los puños de su jersey rosado.

A Kane le hubiera gustado responder, pero ni él mismo sabía por qué sus pasos le habían llevado hasta allí.

Aquella mañana, cuando se había levantado, algo le dijo que lo mejor hubiera sido no hacerlo, y su instinto no se equivocaba. El primer mazazo del día había sido cuando el encargado le comunicó que su contrato por fin de obra había finalizado. De nada le sirvió quejarse, gritar y enfadarse. Cuando salió de la fábrica se sintió más frustrado que en toda su vida. Pero la cosa no acabó ahí: cuando llegó a su apartamento se encontró a Chad con Jenna. Al parecer la joven había hecho novillos para estar con su hermano, incumpliendo la promesa que sabía que le había hecho a su madre y hermana. Como se preveía, se armó una gran discusión cuando Kane achacó a los jóvenes su mala cabeza y todo acabó con Chad y Jenna saliendo por la puerta sulfurados, dispuestos a buscar una habitación de alquiler para ambos.

Sí, quizás ese era el motivo por el que Kane se había aventurado a ir a la casa de Candance. Podía haberle contado lo sucedido por teléfono, pero por algún extraño motivo, aquella joven, que hasta hacía un mes había sido una completa desconocida, era la única persona con la que se sentía cómodo, libre de ser él mismo. Claro que tenía amigos con los que desahogarse, pero con Candance era distinto. A lo largo de esas semanas habían hablado mucho por teléfono sobre el asunto que tenían en común y sobre otras cosas. Ella le escuchaba, respetando sus silencios, y cuando ya había vaciado todo lo que atormentaba su alma, pronunciaba las palabras que necesitaba escuchar con una madurez que a veces le sorprendía.

—¿Kane? —insistió Candance, sorprendida por su larguísimo silencio.

Observó su rostro atentamente y descubrió en sus ojos grises sombras de tormenta. Estaba

claro que Kane no se encontraba bien, y a pesar de que no era asunto suyo lo que le pasara, sintió una inquietud por él que encogió su corazón.

El aludido despertó de sus oscuros pensamientos y recordó dónde estaba. Se sintió sobrecogido cuando descubrió la preocupación reflejada en el rostro de Candance que, sin saber muy bien por qué, en las últimas semanas se había convertido en alguien importante en su vida.

—Lo siento, no he debido venir —murmuró con la intención de alejarse.

—No te vayas —le rogó Candance, con un sentimiento extraño en su pecho.

Kane, que ya se había dado la vuelta, giró el rostro y clavó su mirada en ella. Su estampa removió algo en su interior a pesar de la sencillez de la misma. La joven llevaba unos *leggings* negros, sus pies estaban enfundados en unos calcetines de rayas multicolores y el jersey rosado de punto grueso que vestía le llegaba hasta los muslos. Su moño desaliñado, del que escapaban algunos mechones, le resultó de lo más encantador.

—Vamos, entra, hace frío. —Ajena a los pensamientos de él, le invitó a cruzar el umbral, haciéndose a un lado.

Kane dudó, pero finalmente desanduvo lo andado y entró en el interior de la casa, donde le recibió un calor que su cuerpo agradeció.

Sin poder evitarlo estudió la pequeña entrada, pintada de blanco y aderezada con un pequeño mueble supletorio donde había varios marcos de fotos. Sobre el mismo había un espejo rectangular donde se vio reflejado. Se sintió fuera de lugar, y estuvo a punto de salir huyendo, pero la suave voz de Candance se lo impidió.

—Por favor, pasa, ¿quieres tomar algo caliente? —le ofreció mientras le guiaba por la casa hasta la cocina.

Kane la siguió por el amplio pasillo hasta una puerta francesa que Candance abrió antes de apartarse para que él pudiera entrar.

—Siéntate, por favor —le rogó ella mientras le indicaba uno de los taburetes frente a la encimera—. ¿Quieres un café, una infusión? —preguntó hospitalariamente.

—¿No tienes algo más fuerte? —insinuó él mientras se acodaba en la encimera de mármol gris y apoyaba la cara sobre las palmas de sus manos.

Candance le observó, confusa por su postura corporal. Cuando conoció a Kane le pareció un hombre duro y oscuro a pesar de su juventud, no debía de llevarle más de cuatro años. Estaba claro que, a pesar de que su vida no había sido fácil, era un luchador. Pero en aquel momento parecía derrotado.

—Está bien, ahora vengo —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

Kane se quitó la chaqueta de cuero y se volvió a encaramar en la banqueta alta. Nuevamente se sintió extraño, fuera de lugar en aquella casa. La cocina era tan grande como su pequeño apartamento, y se notaba que había sido reformada recientemente. Los armarios superiores lacados en blanco se extendían hasta el techo, y los inferiores, de color gris contrastaban con el resto. ¿De verdad su hermano Chad pensaba que podría hacer feliz a Jenna compartiendo un cuartucho en una casa de mala muerte?

—¿Con esto te vale? —preguntó Candance, que había regresado y había colocado un vaso tallado frente a él junto a una botella de whisky aún precintada.

—Es perfecto —afirmó Kane mientras abría el tapón y se servía una generosa cantidad del ambarino licor. No era muy dado a las bebidas alcohólicas, y menos de aquella graduación, pero cuando dio el primer sorbo se sintió mejor.

Candance se sentó frente a él y le observó atentamente. Solo habló cuando consideró que era

el momento adecuado.

—Ahora cuéntame lo que te pasa —expresó en voz alta.

Kane, tras dar un nuevo trago a su bebida, elevó su mirada y la clavó en el rostro de Candance. Parecía preocupada y eso hizo que algo en su interior se removiera. Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por él...

—He tenido un día horrible —confesó—. ¿Nunca te has despertado y has tenido la sensación de que lo mejor era quedarse en la cama? —inquirió con una sonrisa amarga.

Candance sonrió tenuemente antes de responder a su pregunta.

—Un millón de veces.

—Pues eso me ha pasado a mí esta mañana. Algo me decía que no saliera de casa, que el día no presagiaba nada bueno, y no hice caso a mi instinto.

—Kane, nada puede ser tan grave —dijo ella esperanzadora mientras apoyaba el codo sobre la encimera y dejaba descansar su mejilla en la palma de la mano.

—Sí tu lo crees... —replicó Kane amargamente—. Esta tarde, antes de salir del trabajo, el encargado me ha llamado a su despacho y me ha dicho que no regresara mañana a mi puesto. Es lo que tiene tener un contrato hasta fin de obra.

—Oh... Kane, lo siento mucho —Candance alargó la mano y la colocó sobre la de él, que reposaba en la superficie de mármol.

—Y yo... no sé que voy a hacer ahora. Llevo cerca de un año preparándome para las oposiciones del ejército, y ahora tendré que aparcarlo hasta que encuentre otro trabajo que pague las facturas.

Candance sintió cómo un nudo se formaba en su garganta mientras su mirada se perdía en los ojos grises de Kane, donde parecía a punto de estallar una tormenta oscura y desoladora. Ahora se daba cuenta de que no sabía nada de él. Le había prejuzgado, como él le había recriminado la primera vez que se habían encontrado. Kane Sullivan era algo más que un tipo duro y desagradable que despreciaba a quienes les iba mejor en la vida. Ahora comprendía el porqué, a él nadie le había regalado nada, no tenía una vida fácil, no como ella, que contaba con el respaldo de su madre y de Kevin. Kane luchaba día a día por cumplir sus objetivos. Suponía que ese despido había removido los cimientos de su vida.

Sin saber muy bien por qué, sin meditar si era una buena idea o no, Candance abandonó su asiento y se aproximó a él lentamente, notando su mirada gris clavada en su persona. Cuando llegó a su altura se detuvo a pocos centímetros de su cuerpo. Y sin pronunciar una sola palabra, elevó sus brazos y los colocó sobre sus hombros, obligando a Kane a girarse para poder abrazarle. Solo deseaba darle el apoyo que parecía necesitar, pero nunca imaginó las consecuencias de aquel gesto, que lo único que pretendía era aliviar la carga que Kane parecía llevar sobre sus hombros.

Desde el momento en el que Candance se puso de pie, el cuerpo de Kane se tensó. Incluso dejó de respirar por un momento cuando la vio acercarse hasta él. Una sensación extraña, diferente, ascendió por su cuerpo.

Candance, ajena a todo aquello, se acercó a él y le abrazó, como si su acción fuera lo más normal del mundo. Sin pensar en lo que estaba provocando en él, lo estrechó contra sí en un gesto protector, aunque apenas era capaz de abarcarlo dado su tamaño. Luego apoyó la mejilla contra su hombro, notando la suavidad del jersey azul marino que cubría su pecho.

Kane notó cómo la delicada fragancia de Candance traspasaba sus fosas nasales. Era un olor dulce y fresco que le obnubiló. El corazón comenzó a latirle frenéticamente en el pecho y el deseo incontrolable de besarla le atrapó. «Me estoy volviendo loco», se recriminó mentalmente, pero

cuando ella apoyó el rostro contra su hombro, todas las razones que estaba intentando imponerse para no ceder al deseo de probar sus labios se esfumaron por arte de magia. Nunca había sido irreflexivo, era algo que nunca se había permitido porque pensaba que cuando uno se dejaba llevar por los sentimientos solo podía perder, pero en esa ocasión, con Candance, se dejó llevar.

Candance se vio sorprendida cuando Kane la apartó ligeramente de su cuerpo y la agarró por los brazos antes de clavar su intensa mirada gris en su rostro. Sus pulmones se olvidaron de insuflar aire por unos instantes, y una sensación de estar al borde del abismo la asoló. Cuando había decidido prestarle consuelo nunca pensó que sería como abrazar a la tormenta.

Kane se sintió hipnotizado por la belleza de Candance, y cuando ella hizo un pequeño mohín con sus apetitosos labios no pudo resistir por más tiempo la necesidad que asolaba todo su ser. Sin pensar en las consecuencias, acortó la distancia que separaba sus rostros y al fin logró atrapar los jugosos labios de Candance. En ese momento el tiempo se quedó suspendido, nada le importaba, solo Candance y su dulce sabor que había penetrado en su ser.

Candance se sintió impactada al ser consciente de que Kane la estaba besando. Sabía que debía apartarlo, que lo que hacían estaba mal, pero algo más grande que la razón la impulsó a devolver aquel beso que se había tornado duro y abrasador.

Cuando ella respondió, Kane sintió que un estremecimiento de deseo le atravesaba y, con ansias desmedidas, estrechó a la joven entre sus brazos mientras sus manos reptaban por debajo del jersey para llegar a su tersa piel. Sabía que debía parar, que era una completa locura, pero le era imposible detenerse. Con cautela, aferró el borde inferior de la suave prenda y comenzó a subirla con la intención de deshacerse de él. Quería descubrir lo que la delicada lana ocultaba debajo.

Candance se tensó al sentir lo que él pretendía, pero por contradictorio que pareciera, no quería que Kane se detuviera. Tras unos minutos de duda, ella misma le ayudó en su tentativa, quedando frente a él en ropa interior.

Kane se vio sorprendido con la acción de Candance y a su vez la euforia y la adrenalina comenzó a cabalgar por sus venas. Con la rapidez de la luz, se deshizo de su propio jersey. Se sintió apabullado cuando Candance clavó su mirada en su pecho musculado.

Ninguno de los dos dijo nada, ambos temían que si pronunciaban una sola palabra la magia que se había creado desaparecería. Durante unos segundos se retaron con los ojos, como decidiendo si seguirían con aquella locura o se detendrían a tiempo. Todo acabó cuando Candance, tras recoger las prendas que habían quedado en el suelo, aferró su mano con inseguridad. Cuando él acarició la piel de la palma con el dedo pulgar se relajó y tiró de él hacia las escaleras.

«Me he vuelto completamente loca», pensó Candance mientras entraban en su habitación, pero se olvidó de todo cuando Kane aferró su cintura y la obligó a voltearse antes de besarla salvajemente. Eso logró que una corriente eléctrica atravesara su cuerpo.

Minutos después ambos estaban completamente desnudos sobre la cama. Mucho tiempo después Kane había recorrido cada poro de la piel de Candance, y ella había explorado cada músculo.

Kane se sentía a punto de explotar. Su masculinidad había engrosado hasta puntos insospechados y la necesidad de poseerla le acuciaba, pero ahora que había llegado el momento sentía un miedo atroz a que ella le rechazara. Tuvo que contener el aliento cuando Candance cogió su pene entre los dedos.

—¿Tienes un...? —inquirió Candance tímidamente—, ya sabes.

Kane sonrió ampliamente al escuchar sus palabras, y con celeridad buscó sus pantalones, que habían acabado en el suelo. Finalmente dio con su cartera, de donde sacó un preservativo. Ante la mirada atenta de Candance se lo colocó y regresó a la cama. Se situó sobre ella y puso sus antebrazos sobre el colchón, enmarcando el rostro femenino. Bajó la cabeza y solo habló cuando estuvo a un suspiro de sus labios.

—No voy a pedir perdón por esto.

—Nadie te lo ha pedido —respondió Candance a media voz.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó Kane, dándole la oportunidad de echarse atrás, aunque en su fuero interno se sentía como un estúpido por no coger lo que ella le estaba entregando.

—No —afirmó Candance con rotundidad.

Sabía que era una locura, y ni siquiera quería pensar en lo que le estaba haciendo a Kevin. Pero deseaba a Kane más que a nada en el mundo, y lo que le estaba haciendo sentir no podía compararse a nada que hubiera conocido.

El cuerpo de Kane, que se había tensado a la espera de su respuesta, se relajó y una sonrisa lobuna adornó sus labios antes de besarla, intentando controlar su necesidad, y comenzó a acariciar su vagina. Se sintió recompensado cuando encontró la humedad que necesitaba y al fin pudo penetrar en la cavidad que tanto anhelaba. Había estado con más mujeres, había disfrutado con ellas, pero nunca había sentido tanta intensidad como en aquel momento.

Comenzó a moverse despacio, intentando alargar el momento, pero cuando los dedos de Candance comenzaron a descender por su espalda y se adueñaron de su trasero se olvidó de todo y comenzó a embestirla con celeridad hasta que ambos soltaron un alarido cuando llegaron juntos al orgasmo. Luego Kane se dejó caer sobre ella, escondiendo su rostro en el hueco entre el cuello y el hombro de la joven. Por un momento estuvo a punto de perder el conocimiento. Tardó varios minutos en recuperarse.

Candance permanecía con los ojos cerrados, intentando ralentizar los alocados latidos de su corazón. Lo que acababa de suceder era la experiencia más maravillosa que había tenido en su vida. Sentía que él le había hecho tocar las estrellas.

Kane se apartó de ella por temor a aplastarla. Apoyó su espalda sobre el colchón y se cubrió los ojos con el antebrazo. Ahora que todo había pasado, se arrepentía de lo sucedido. «Soy un auténtico cabrón» —pensó al recordar que Candance tenía novio—. ¿Por qué demonios lo he hecho?», se preguntó mortificado. Estaba a punto de verbalizar lo que pasaba por su mente, cuando unos sonidos en la parte inferior de la casa llamaron su atención.

—¿No estabas sola? —preguntó bruscamente mientras se incorporaba.

Candance hizo lo mismo, al tiempo que cubría su desnudez con la sábana. Ahora ella también escuchó algo en la planta inferior de la casa.

—No puede ser mi madre —razonó mientras se apartaba el pelo del rostro—. ¡Es Jenna! —exclamó nerviosa, temiendo que su hermana la descubriera en la cama, y precisamente con Kane. Él se levantó como un resorte y comenzó a vestirse aceleradamente. Cuando lo estuvo, miró a su alrededor, buscando una salida. Candance, que también se había vestido, se acercó a la ventana y la abrió.

—Por aquí —dijo señalando el exterior—. Hay un árbol, cuando era pequeña me escapaba por aquí.

Kane asintió, pero no pronunció palabra y, tras dedicarle una intensa mirada, desapareció por el hueco de la ventana. Candance permaneció unos segundos allí, con la mano puesta en el corazón,

pero cuando escuchó la voz de su hermana, que ya subía por la escalera, salió de la habitación precipitadamente.

CAPÍTULO 8

Candance abrió los ojos cuando los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana. Era domingo y debía regresar a la universidad, pero no se veía con las fuerzas necesarias para hacerlo después de lo sucedido el viernes. Se había repetido hasta la saciedad que aquello solo había sido un hecho aislado, un desliz que no se repetiría, pero por otro lado la culpabilidad por haberle sido infiel a Kevin la carcomía por dentro. Decidida a despejar su mente se vistió con ropa deportiva. Quizás un poco de ejercicio la ayudaría. Se estaba anudando las zapatillas cuando la puerta se abrió con ímpetu. Era su madre, cuya expresión mostraba gravedad. Se levantó como un resorte y se acercó hasta ella.

—¿Qué sucede? —preguntó directa.

—Jenna se ha ido —dijo Alice mientras se frotaba la frente con los dedos.

—¿Cómo que se ha ido? —inquirió Candance, notando como los nervios ocupaban su estómago.

—Ayer volvimos a discutir y esta mañana, cuando he entrado en su cuarto, la cama estaba hecha y faltaban algunas prendas de su armario. He llamado a todas sus amigas, pero ninguna sabe nada.

Candance tardó unos minutos en asimilar la noticia. Luego, al ver la fragilidad de su madre no dudó en cogerla entre sus brazos para prodigarle el consuelo que parecía necesitar en ese momento.

—Shhh, tranquila... yo me ocupo a partir de ahora —dijo dispuesta a tomar el control de la situación—. Ya sabes cómo es, seguro que es una nueva rabieta de las tuyas.

Alice se sintió reconfortada por el abrazo de Candance pero a pesar de sus palabras, que intentaban mitigar su angustia, sabía que la discusión que había mantenido el día anterior con Jenna no había sido como otras que habían protagonizado. Nunca había visto a su hija pequeña en tal estado, suponía que se debía a las hormonas revolucionadas de su cuerpo. Más recompuesta, se apartó de Candance.

—¿Dónde crees que puede estar?

—Tengo una ligera idea —dijo mientras comprobaba la hora en su reloj de muñeca, que reposaba sobre la mesilla—. Voy a hacer unas llamadas; mientras, ve a tomarte una tila —aconsejó.

Cuando su madre salió del dormitorio cogió su móvil y buscó un nombre concreto. Una vez localizado dudó unos instantes, pero finalmente accionó el botón verde y cogió aire para prepararse mentalmente para hablar con Kane. Mientras esperaba la respuesta al otro lado de la línea su respiración se aceleró y una maraña de nervios anidó en su estómago. Una sensación extraña, mezcla de emoción e incomodidad, recorría su cuerpo.

—Kane Sullivan —sonó una voz grave al otro lado. Algo en el matiz de su voz le dijo que estaba enfadado.

—Kane, soy Candance.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Candance incluso temió que la llamada se hubiera cortado.

Kane era incapaz de articular palabra, sorprendido. Después de lo que había sucedido entre ellos el viernes imaginó que Candance no quería verle nunca más. Hacer el amor con ella había sido la experiencia más maravillosa de su vida. No era la primera vez que estaba con una mujer, pero esto había sido distinto, Candance era distinta y maldecía al destino por hacerle sentir algo tan intenso por una mujer que no estaba a su alcance.

—¿Kane? —preguntó Candance preocupada, sacándole de sus oscuros pensamientos.

—¿Qué sucede? —replicó él con esfuerzo.

—Jenna se fugó de casa anoche. Mi madre ha llamado a todas sus amigas. Supongo que está con Chad, ¿sabes algo?

—No, anoche no estuve en casa. —No quería confesar que había pasado la noche bebiendo junto a un amigo, desahogando sus penas en alcohol—. Intentaré llamar a Chad, si averiguo algo te enviaré un mensaje.

—Gracias, de todas formas voy para allá —respondió Candance. No pensaba quedarse esperando con los brazos cruzados.

Sin percatarse, Kane abandonó la postura relajada que mantenía, tenso ante lo que significaban las palabras la joven.

—¿Cómo que vas para allá?

—A tu apartamento, no pienso esperar. Además, temó que si llamas a Chad les alertes y se larguen si están allí.

—Candance, no creo que sea una buena idea. Lo mejor es que esperes a que yo llegue...

—No pienso esperar ni un solo segundo más. Necesito saber dónde está mi hermana o a mi madre le dará un ataque.

«Mierda —pensó Kane—. ¿Por qué tiene que ser tan cabezota?». Estaba claro que no iba a lograr convencerla, por lo que la única salida que le quedaba era quedar con ella, a pesar de que sabía que no era una buena idea. No sabía qué tenía aquella joven, pero era capaz de sacar lo mejor y lo peor de su ser.

—Está bien, si quieres quedamos en un punto intermedio y vamos juntos. —No pensaba darle un sermón sobre el peligro que una joven como ella podía correr en su barrio porque sabía que eso solo lograría espolear su orgullo y que se hiciera la valiente, en contra de lo que la prudencia dictaba.

—¿Dónde? —preguntó Candance mientras cogía su bolso, situado en una silla cercana.

—Ahora te mando la ubicación.

—Gracias —dijo Candance antes de cortar la llamada y bajar las escaleras aceleradamente.

—¿Dónde vas? —la sobresaltó la voz de su madre, que estaba sentada en torno a la mesa de la cocina, con una taza humeante entre sus dedos.

—A buscar a Jenna —dijo Candance acercándose a ella.

—¿A dónde? —inquirió Alice. Candance pensó en una respuesta adecuada, ya estaba bastante preocupada por Jenna, no quería añadir una más.

—Al apartamento de Chad...

—¿No se te ocurrirá ir a South Side tu sola? —preguntó horrorizada.

—No, puedes estar tranquila mamá, he quedado con su hermano, Kane. Ya te he hablado de él.

No sabía por qué, pero aquella respuesta tranquilizó a Alice. Por lo poco que le había contado Candance de aquel chico, se veía a la legua que estaba luchando por salir de la pobreza y la marginalidad. Al parecer estaba estudiando para entrar en el ejército profesional, además de trabajar para mantenerse él mismo y a Chad. Por lo que había entendido, el padre de los

muchachos era un hombre que no se ocupaba de ellos.

—Está bien, pero ten cuidado —dijo Alice mientras su hija besaba su mejilla.

—Lo tendré, prometido —dijo Candance antes de salir por la puerta trasera de la cocina.

Veinte minutos después esperaba pacientemente en la parada de metro que Kane le había indicado. Había visto pasar tres trenes y cuando finalmente él salió de uno de los vagones y se dirigió a ella con paso firme su corazón dio un vuelco. Si algo caracterizaba a Kane Sullivan era la seguridad en sí mismo. Sus fuertes y largas piernas iban enfundadas en unos ajustados *jeans* azules, y una cazadora de cuero negro le abrigaba del frío de la mañana. Su cabello oscuro estaba revuelto y sus ojos grises parecían tempestuosos.

Kane, por su parte, no tardó en localizar a Candance cuando salió del vagón. Su mirada voló hasta la joven sentada en un banco cercano. Nuevamente una sensación extraña asoló su corazón mientras se aproximaba a ella. Decidió que lo mejor era obviar la conversación sobre lo que había entre ambos. Se comportaría como si nunca hubieran hecho el amor desenfundadamente.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó directo.

—No, no mucho —balbuceó Candance mientras abandonaba el banco que había ocupado hasta entonces. Prefería enfrentarse a él de pie, en igualdad de condiciones, sin la sensación de sentirse apabullada.

—Bien, pues esperaremos a que llegue el próximo —dijo Kane antes de tomar asiento en el banco que ella había abandonado.

Candance se sintió estúpida y volvió a sentarse. Durante largos minutos ninguno de los dos habló, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Cuando llegó el siguiente tren ambos se levantaron a la vez y se internaron en el vagón, donde tuvieron que sentarse cada uno en un asiento distinto, alejado uno del otro.

Kane aprovechó la oportunidad para estudiar a Candance sin que ella se percatase, iba entretenida mirando la pantalla de su móvil. En aquella ocasión iba vestida con unas ajustadas mallas deportivas de color negro y azul que realzaban sus curvas. Unas deportivas, también oscuras y una amplia sudadera de la universidad de Chicago completaban su indumentaria. Estaba claro que cuando se había enterado de la desaparición de su hermana estaba a punto de hacer deporte. A su pesar la imaginó corriendo, con su trasero bamboleándose al ritmo de la carrera, el sudor recorriendo su nuca para descender por su espalda...

«Para ya, maldita sea», se amonestó mentalmente. Dispuesto a olvidar lo sucedido sacó el móvil de su bolsillo y comenzó a jugar. Varios minutos después levantó su mirada de la pantalla y se percató de que se habían detenido en su parada. Con celeridad abandonó su asiento y tiró de Candance, que quedó desconcertada ante su actitud ruda. Ambos se quedaron uno junto al otro, con los corazones acelerados y las miradas enlazadas cuando el tren continuó con su camino. Era como si un hilo invisible les uniera, impidiéndoles separarse.

—Lo siento —dijo Kane con una voz que no reconoció como propia—, no quise ser tan brusco, pero nos pasábamos de parada.

—No te preocupes —replicó Candance con voz estrangulada, mientras daba un paso atrás para poner distancia entre ambos.

Salieron de la estación de metro en completo silencio. Ambos tenían entablar cualquier tipo de conversación. Cuando llegaron al apartamento descubrieron que no había nadie, y todas sus esperanzas se desintegraron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Candance frustrada.

—Tendremos que seguir buscando —respondió Kane—. Conozco un par de sitios en los que podrían estar.

Durante el resto del día buscaron a Jenna y Chad incansablemente, pero no encontraron rastro de ellos. La desesperación se hacía patente en Candance, y Kane, a pesar de que se había jurado no acercarse demasiado a ella, fue su apoyo. Estaba atardeciendo cuando decidieron regresar al apartamento de Kane con la esperanza de que hubieran decidido pasar allí la noche, ya que las cosas de Chad aún seguían en su dormitorio, junto a las de Jenna. No podían haber ido muy lejos sin sus pertenencias.

Nuevamente bajaron del metro, salieron de la estación y caminaban uno al lado del otro mientras la oscuridad comenzaba a asolarlo todo, a pesar de la iluminación de las farolas de la calle.

Candance agradecía haber hecho caso a Kane, de haber ido sola hasta allí ahora estaría muerta de miedo. En apariencia era una calle tranquila, pero en algunos callejones se podían ver grupos de chicos parlotando y riendo con estruendo. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y se vio sorprendida cuando una mano grande y fuerte atrapó la propia. Cuando sus pieles entraron en contacto el vello se le erizó.

—Tranquila, no pasará nada —dijo Kane con la intención de tranquilizar a la joven, que parecía nerviosa.

Candance giró su rostro y clavó su mirada en el perfil de él. Seguía sintiendo nervios en el estómago, pero esta vez eran de otra índole.

—Gracias —dijo, agradecida con su gesto.

Kane estaba a punto de responder a la joven cuando las sirenas de policía se lo impidieron. Los coches pasaron junto a ellos como una exhalación. Segundos después, una ambulancia. No supo por qué, pero sintió cómo una lengua fría recorría su cuerpo, y sin saber muy bien la razón, aceleró el paso, tirando de Candance para obligarla hacer lo propio.

—¿Qué sucede? —preguntó Candance confusa.

—Aun no lo sé —fue la respuesta de Kane.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Kane, descubrieron a los dos coches de policía bloqueando la entrada. Los otros estaban dispersos por la calle. Entretanto, la ambulancia abría las puertas traseras para sacar una camilla.

Kane se detuvo, con la mirada fija en el bloque de apartamentos. Su corazón, que hasta entonces había estado acelerado, se detuvo por un instante cuando vio cómo varios policías sacaban a un hombre esposado del portal. Le conocía de vista, pero sabía bien quién era. Eddie el Bizco, uno de los camellos de la zona, que casualmente era para el que trabaja su padre. «¿Habrás sido él?», se preguntó, sin saber muy bien si eso le alegraba o le entristecía.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —preguntó Candance con angustia, temiéndose lo peor. ¿Y si le había pasado algo a su hermana? Aún no sabía si estaba allí.

—No lo sé —dijo Kane mientras soltaba su mano, dispuesto a averiguarlo. Fue entonces cuando una sombra temblorosa se cruzó en su camino para plantarse frente a él.

Tardó unos segundos en percatarse de que se trataba de su padre. Hacía días, quizás semanas que no le veía. Estaba bastante desmejorado, y más en aquel momento en que su piel parecía lívida y sus ojos estaban rojos por el llanto. Eso fue lo que despertó todas sus alarmas.

—¿Por qué lloras? —preguntó con voz fría.

—Mí pobre hijo... —fue el lamento que surgió de los labios de Harry Sullivan.

Kane no tardó en atar cabos, pero esperaba por el bien de su padre que Chad estuviera bien,

porque de lo contrario acabaría con su mísera vida con sus propias manos de una maldita vez.

—¿Qué coño ha sucedido?! —preguntó Kane a su padre mientras le cogía por las solapas de la chaqueta vaquera.

—Eddie el Bizco vino al apartamento —comenzó a hablar con esfuerzo—, decía que Chad le había sisado dinero...

—¿Chad trabaja para Eddie? —preguntó Kane, incapaz de asimilar que su hermano se hubiera metido en temas de drogas.

—Hace unas semanas me pidió consejo, me dijo que necesitaba pasta, y yo...

Harry no terminó la frase porque el puño de Kane golpeó brutalmente contra su rostro. Cuando estuvo en el suelo, este le lanzó un nuevo gancho. En ese momento un par de agentes les separaron, intentando controlar a Kane.

Candance era testigo de la escena. Lágrimas solitarias comenzaron a brotar de sus ojos a causa del miedo y la incertidumbre cuando unos hombres vestidos de negro sacaron una bolsa del mismo color del interior del edificio. Las piernas estaban a punto de fallarle, se iba a dejar caer sobre el frío asfalto cuando uno de los paramédicos apareció en aquel momento ayudando a una joven que se cobijaba en su pecho.

—¡Jenna! —gritó el nombre su hermana antes de correr aceleradamente hacia ella.

No tardó en llegar a la ambulancia donde Jenna permanecía sentada en la camilla. Su rostro estaba descompuesto, lleno de lágrimas, y su mirada parecía perdida mientras le hacían el reconocimiento.

Candance prácticamente se abalanzó sobre ella para estrecharla entre sus brazos. Tenía la necesidad de confirmar que su hermana pequeña estaba bien, estaba viva.

—Señorita, por favor —dijo el enfermero mientras obligaba a Candance a apartarse—, tenemos que terminar con esto.

Candance asintió, más recompuesta, y acató la orden del hombre, pero no pudo evitar que las palabras salieran atropelladamente de su boca.

—Jenna, por favor, dime qué ha pasado —rogó a su hermana, que tardó unos segundos en enfocar su rostro.

—Chad esta muerto —fue lo único que pronunció Jenna antes de ponerse a llorar desconsoladamente.

Candance sintió que la sangre se le helaba en las venas y cuando se giró para buscar a Kane, lo encontró arrodillado frente a la bolsa de plástico negro que poco antes había visto salir del portal. Una inmensa pena inundó su pecho, y unas irrefrenables ganas de correr hacia él y abrazarle la asolaron, pero la voz del paramédico se lo impidió.

—Señorita, ¿es usted familiar de esta joven? Es menor de edad.

—Sí, sí —respondió Candance apartando la vista de Kane para prestar atención al equipo sanitario—, soy su hermana mayor.

CAPÍTULO 9

*Siete años después.
Ciudad de Chicago.*

Kane permanecía sentado en un sillón en la sala de espera de la señora Allen. Llevaba más de veinte minutos allí y comenzaba a impacientarse. Dirigió la mirada hacia la mesa baja frente a él y leyó los nombres de las revistas que se amontonaban en ella con la esperanza de que alguna llamara su atención. Estaba a punto de coger una cualquiera cuando una voz mecánica salió por el altavoz situado en una esquina.

—Señor Sullivan, puede pasar.

Kane se sintió aliviado, no quería estar media mañana en aquel lugar. Se levantó con ímpetu y se arrepintió en el acto. Sin ser consciente de ello se llevó la mano derecha al pecho, donde un leve dolor le traspasó. Contuvo el aliento durante un instante y luego comenzó a caminar por el amplio pasillo hasta llegar a la puerta. Llamó con los nudillos y giró el pomo antes de entrar.

—Buenos días, señor Sullivan —le saludó la mujer situada tras una mesa de madera de caoba. Su edad debía rondar los cincuenta, pero su rostro dulce y su cabello castaño cortado a media melena la hacían parecer más joven.

—Buenos días, señora Allen —respondió Kane antes de sentarse en una de las dos sillas que había frente al escritorio.

La mujer abrió una carpeta y echó un vistazo a la documentación que había en su interior, luego clavó la mirada en Kane.

—Bien, esta es nuestra décima sesión —dijo alegremente, regalándole una sonrisa amistosa.

—Eso parece, señora Allen, ya queda menos —no pudo evitar añadir, arrepintiéndose al momento.

—Señor Sullivan, que las sesiones que le recomendaron estén a punto de cumplirse, no quiere decir que yo vaya a firmar sin más que usted está bien.

Kane, sin ser consciente de ello, formó un puño con los dedos de la mano derecha. Hacía cerca de dos meses que asistía cada semana al gabinete psicológico, y desde entonces había sentido que la señora Allen se había dedicado a diseccionar su vida, cosa que solo había logrado que los recuerdos volvieran al presente causándole un desasosiego que estaba acabando con él. Solo deseaba que todo aquello terminara y empezar de cero, a pesar que no sabía que iba a hacer ahora que su carrera militar había llegado al final.

—Entendido, ¿empezamos? —inquirió Kane.

—Claro —respondió la señora Allen mientras clavaba distraídamente su mirada en la hoja que tenía frente así—, la última vez hablamos brevemente de la muerte de su hermano.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que sucedió en Siria? —preguntó Kane molesto—. Creía que eso era lo que me había traído aquí.

—Vamos, señor Sullivan —dijo la mujer mientras se recostaba contra su silla y enlazaba sus dedos, colocando sus manos sobre el escritorio—. El trauma que sufrió en Siria tras su accidente es el principal motivo por el que está usted aquí, es verdad, pero su pasado también está

bloqueando su futuro. Comprenda que solo quiero ayudarle.

Kane deseó mandar a la señora Allen a la mierda, pero se contuvo y recapituló sobre su última conversación.

—Como ya le conté, mi hermano murió por un asunto de drogas. Un camello de poca monta le pegó un tiro pensando que le había birlado mercancía. Resultó que quien le había robado esa mercancía había sido mi padre —relató sin que un solo músculo de su rostro se moviera.

—¿Y qué pasó con su padre?

—Fue detenido, supongo que aún sigue en prisión.

—¿Y no ha vuelto a saber nada de él desde entonces?

—No, y la verdad es que no tengo ningún interés.

—¿Y eso por qué? —inquirió la señora Allen mientras hacía unas anotaciones.

—No considero a Harry Sullivan como a un padre, nunca se comportó como tal.

Las preguntas y las respuestas se sucedían alternativamente, directas y secas las de él, igual que disparos, tranquilas y asépticas las de la terapeuta.

—¿Y qué pasó con la chica?

—¿Qué chica?

—La joven que salía con su hermano. El otro día me habló de ella, me dijo que estaba embarazada cuando todo eso pasó.

La mención de Jenna le trajo a la memoria irremediamente a Candance, y algo se removió en su interior. Cuando su hermano murió intentó ponerse en contacto con ella, pero la única respuesta que recibió fue el silencio.

—Nada, después de la muerte de Chad perdimos todo contacto.

—¿Y el bebé?

—Emily. Mi sobrina se llama Emily. —Suavizó el tono—. He sabido de ella a través de su abuela. Tenemos poco contacto, pero gracias a esa mujer sé cómo es el rostro de mi sobrina.

—¿No la conoce personalmente?

—No, no la conozco —y estaba seguro de que Candance no lo permitiría.

—¿Y por qué no lo remedia? —inquirió la mujer curiosa.

—Eso es parte del pasado, no creo que su familia quiera que me acerque a ella, y menos después de tanto tiempo. Déjelo, no tiene sentido.

—¿Me permite un consejo? —dijo la mujer con una sonrisa amable.

—Usted dirá —replicó Kane.

—Los dos sabemos que su carrera militar ha acabado, y no solo por su accidente, si no porque ya tiene cierta edad.

Una sonrisa divertida adornó los labios de Kane.

—Claro, soy todo un vejestorio con treinta y tres años.

—Esa no es la cuestión, a donde quiero llegar es: ¿Qué planes de futuro tiene?

Kane pensó largamente en la respuesta a esa pregunta. En los meses que llevaba en Chicago desde su vuelta de Siria en ningún momento había pensado en eso, en el futuro.

—La verdad es que no lo sé.

—Pues quizás ha llegado el momento de mirar hacia adelante. ¿Tiene algún sueño?

—¿Un sueño? —repitió la pregunta confuso—. Nunca en mi vida he tenido tiempo para soñar.

—¿Oh, vamos, señor Sullivan! Seguro que si busca en su interior puede encontrar algo que siempre deseó hacer.

Kane meditó durante unos minutos antes de responder.

—Me gustaría montar una especie de albergue de verano para jóvenes con problemas. Ayudar a chicos como mi hermano, como yo, que nos hemos criado en un barrio humilde, rodeados de gente de la peor calaña. Enseñarles que hay algo más ahí fuera.

—Me gusta su idea, ¿por qué no la lleva a cabo? —inquirió la mujer.

—¿Está loca? —replicó Kane sin poder contenerse—. No sabría ni por dónde empezar. No tengo la formación necesaria ni tampoco soy empresario. Es una quimera.

—No lo sabrá hasta que no lo intente. Conozco a algunas personas que podrían orientarle para llevar a cabo su proyecto y encontrar personal cualificado.

—Tendría que mudarme a un lugar tranquilo, fuera de la ciudad.

—¿Y qué problema hay? Siempre me dice que no tiene a nadie, que nada le ata aquí. Quizás ha llegado el momento de buscar un nuevo lugar donde comenzar con su vida nuevamente. Eso le ayudara dejar todos los fantasmas atrás.

—No estoy seguro —confesó Kane mientras se removía en la silla, incómodo.

—Bueno, aún nos quedan algunas sesiones pendientes, podemos hablar sobre el asunto, darle forma hasta que se vea convencido. ¿Lo pensará?

—No le prometo nada, señora Allen —afirmó Kane, aunque una docena de ideas empezaban a pulular por su cabeza.

—Con eso me conformo —replicó la mujer mientras recogía las hojas y las agrupaba en la carpeta—. Pues nuestro tiempo ha acabado. Señor Sullivan, nos vemos la semana que viene.

—Aquí estaré, señora Allen —replicó Kane antes de abandonar su silla y despedirse con un gesto de cabeza.

Cuando regresó a casa decidió prepararse un poco de pasta para comer. Mientras los espaguetis hervían en la olla de acero, se dirigió a su dormitorio y rebuscó en el último cajón de la cómoda. Bajo las bufandas que guardaba allí, encontró lo que buscaba: una pequeña caja de madera. La sacó y se sentó sobre la cama. La abrió con sumo cuidado, casi reverencialmente, y extrajo su contenido. Eran un puñado de fotos de diferentes tamaños y épocas. Durante largos minutos repasó cada una de ellas, hasta llegar a las dos últimas. Una era de su hermano Chad, la que se había hecho un mes antes de su muerte. En ella se mostraba un joven feliz y sonriente que parecía tener toda la vida por delante. Con el dedo pulgar acarició su rostro por unos instantes y pasó a la siguiente instantánea: una niña sonriente de apenas cuatro años. Había visto esa foto unas mil veces, pero nunca se cansaba. Le encantaba su sonrisa traviesa, sus mejillas salpicadas de pecas, los rizos que formaban su cabello castaño, pero sobre todo sus maravillosos ojos azules que tanto le recordaban a su hermano.

—Emily —pronunció en voz alta, con un anhelo especial.

Green Lake, Kentucky.

Alice comprobó nuevamente la mochila de color rosa, adornada con un unicornio y, tras asegurarse de que había metido el almuerzo, la colgó en el perchero de la entrada junto a su bolso. Nuevamente ojeó la esfera de su reloj, si no salían ya de casa llegarían tarde a la escuela. Con resolución se giró y clavó la mirada en su nieta, que seguía mareando a los cereales en la leche.

—Vamos, Emily, tienes tres minutos. ¿No querrás que la señorita Newman te quite un punto de

puntualidad?

La pequeña, que hasta el momento había estado absorta en sus pensamientos, pareció reaccionar y se llevó la cuchara a los labios. Sin haber masticado aún los cereales añadió una nueva carga a su boca.

—¡Despacio! —exclamó Alice, sin saber muy bien qué hacer. Por un lado la escena le provocó risa, por otra parte sabía que su deber era ser dura con la niña, que como decía su Candance, hacía lo que quería de su abuela.

Cuando Emily logró tragar la bola que se había formado, al fin pudo replicar a las palabras de su abuela.

—A ver si te aclaras, ¿me doy prisa o como despacio? —preguntó la niña frustrada.

—Eres demasiado respondona para tu propio bien.

—Lo sé, eso me dice siempre la tía Candance.

—Anda, límpiate la boca y vamos —fue la orden directa de Alice, que tenía que estar en media hora en el consultorio médico.

Mientras conducía no pudo dejar de admirar el paisaje que rodeaba al pequeño pueblo de Green Lake. El comienzo del invierno había traído temperaturas gélidas, y las nieves no tardarían en llegar, pero aún así, la majestuosidad del bosque de altos pinos que blanqueaba la carretera seguía quitándole el aliento. No podía negar que al principio le había costado acostumbrarse a aquel lugar, tan diferente al Chicago donde había nacido y había hecho su vida. Cuando Candance le propuso mudarse a aquel pequeño pueblo de apenas dos mil habitantes tuvo serias dudas al respecto, pero ahora estaba encantada.

—¡Abuela, date prisa, que no llegamos! —se escuchó la voz de su nieta desde el asiento trasero del coche.

Alice chascó la lengua al escuchar el comentario de Emily. «Esta niña no tiene remedio», pensó para sí misma. Accionó la intermitencia en el siguiente cruce y entró en el parking del colegio.

—Mira que eres impaciente —dijo mientras ayudaba a la niña a desatar la silla de seguridad y la ayudaba a descender.

—Es que no quiero llegar tarde —replicó Emily antes de estampar un sonoro beso en el rostro de su abuela—. Te quiero, abuelita —gritó mientras se alejaba.

Alice sonrió a su vez. A pesar de que era una niña demasiado traviesa e inquieta, lo contrarrestaba con su cariño, rozando a veces lo empalagoso. Le recordaba tanto a su Jenna, pensó mientras se secaba una lágrima solitaria del rostro. Dispuesta a disipar la tristeza, emprendió de nuevo el camino hacia la clínica Crawford.

Cuando entró por la puerta la recibió Keyla, la joven recepcionista.

—Buenos días, señora Mayer.

—Buenos días, preciosa —saludó Alice—. ¿Cómo se nos presenta el día?

—Pues la sala de espera ya está repleta y el doctor Crawford está de pésimo humor, como cada mañana.

Una sonrisa adornó los labios de Alice al escuchar la respuesta de la joven.

—No te preocupes, yo me encargo —dijo segura mientras se dirigía a la sala de enfermeras para cambiarse.

Pensó en Robert Crawford mientras preparaba un café bien cargado. Cuando lo hubo servido se dirigió a la consulta y lo colocó sobre la mesa, logrando que el hombre elevara su mirada del informe que leía.

—Ya era hora de que llegaras. —Robert cogió la taza y le dio un largo trago mientras cerraba los ojos por un momento, disfrutando de su sabor.

—Lo sé, doctor Crawford —respondió Alice mientras preparaba el instrumental necesario para pasar consulta—. Y también sé que sin ese café usted no es nadie —añadió con humor, ganándose una mirada ceñuda por su parte.

CAPÍTULO 10

Chicago.

Dos meses después, Kane cerró la última caja y la colocó sobre una pila cercana. Luego se apartó y se sorprendió de la cantidad de enseres que había acumulado a largo de los últimos años, a pesar de haberse pasado la mayor parte del tiempo fuera del país, enlazando una misión tras otra.

Cansado tras un largo día se aproximó a la ventana y fue testigo de cómo el sol se ocultaba en el firmamento dando paso a la oscuridad. Su estómago gruñó sonoramente y se dirigió a la cocina, donde comprobó que la nevera estaba vacía. Luego decidió hurgar en los armarios, con la esperanza de que hubiera alguna lata, pero lo poco que encontró estaba caducado. Con todo el jaleo de la mudanza se había olvidado de ir a la compra y ahora pagaba las consecuencias.

Resignado, sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de sus pantalones y buscó un restaurante que sirviera a domicilio. Después se dirigió al baño y disfrutó de una larga ducha que relajó sus músculos doloridos.

Se estaba vistiendo con ropa cómoda, una sudadera y unos pantalones de chándal del color gris, cuando el sonido del timbre le indicó que la comida había llegado.

Al abrir se encontró con un chico cargado con una caja de cartón que desprendía un maravilloso olor a pizza barbacoa, su favorita.

—¿Señor Sullivan? —preguntó el muchacho mientras leía distraídamente la nota pegada a la caja.

—Sí, soy yo —respondió mientras sacaba unos billetes de la cartera y se los entregaba.

El chico iba a darle el cambio, pero Kane se lo impidió con un gesto de mano.

—Déjalo así —dijo antes dedicarle una sonrisa amistosa antes de cerrar la puerta.

Estaba absorto en las noticias de la noche, y a punto de acabar con la pizza, cuando el timbre volvió a sonar en el pequeño apartamento. Sorprendido, Kane dejó la porción que sostenía en su mano, se limpió los dedos con una servilleta y se dirigió a la entrada. «¿Quién puede ser?», se preguntó ya que no había quedado con nadie. Cuando abrió la puerta descubrió de quién se trataba, y achicó los ojos por unos instantes.

—Maverick, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se apartaba para dejar entrar a su amigo.

—He venido a verte —dijo el aludido mientras se adentraba en el salón y observaba a su alrededor. Sin ningún pudor, cogió una de las escasas porciones que quedaban en la caja y le dio un mordisco.

—¿Y se puede saber para qué? —preguntó Kane frunciendo el ceño al ver que Maverick se estaba comiendo su cena.

—Veo que en estos meses no has cambiado nada, sigues tan arisco como siempre. No hubiera estado mal un «me alegro de verte, Maverick» —respondió su amigo mientras se sentaba cómodamente en el sofá.

Kane se dirigió a la cocina y cogió dos cervezas de la nevera. Luego se sentó junto a él y le tendió una.

—Lo siento —dijo Kane mientras abría su botella y daba un largo trago—, es que después de pasarme el día llenando cajas estoy reventado.

—Bueno, entonces ¿ya has cenado?

—Sí, podría decirse que sí —dijo Kane con sospecha—. Maverick, déjate de chorradas y vayamos al grano de una vez —exigió con voz firme.

—Solo vengo a recogerte, los chicos nos esperan en el pub de Gordon.

—¿Cómo que los chicos? —inquirió Kane elevando una de sus oscuras cejas mientras dejaba el botellín de cerveza sobre la mesa baja frente a sí.

Maverick le miró con expresión divertida.

—¿De verdad pensabas que te ibas a retirar y que no íbamos a montarte algo?

—¡Oh, vamos, Maverick! Sabes perfectamente que no me gustan esas cosas —refunfuñó Kane molesto con la situación.

—Y tú deberías saber que a nosotros nos importa un bledo lo que te guste. Llevamos muchos años juntos y no pensamos dejar que te vayas del estado sin una buena juerga que no puedas olvidar en años.

—Pero...

Maverick le dio un ligero empujón que le obligó a levantarse del sofá.

—Vamos, no tenemos toda la noche, ve a cambiarte.

Treinta minutos después, Kane se encontraba en el pub de Gordon, su antiguo instructor en la academia. Mike Gordon había sido duro con él y con sus compañeros, llevándolos al extremo en más de una ocasión, y aun así se había ganado el cariño y el respeto de los chicos que habían estado a su cargo.

Maverick, John, Spencer y Norman estaban jugando una partida de billar y Kane aprovechó ese momento para acercarse a la barra, donde Gordon se afanaba en dar brillo a unos vasos impolutos con un trapo blanco.

Kane se sentó en uno de los taburetes altos de madera frente a la barra y esperó pacientemente a que Gordon acabara. «La paciencia es una virtud», era una de las frases favoritas de Gordon, que había visto a Kane y le estaba haciendo esperar a propósito.

—¿Una pinta negra? —inquirió Gordon mientras colocaba el vaso de whisky en una estantería a su espalda.

—Eso mismo, señor —afirmó Kane mientras cogía unos ganchitos de maíz de una cesta cercana.

El hombre, que era alto y aún se mantenía en forma a pesar de estar próximo a los sesenta, sirvió la cerveza a Kane y luego cruzó los brazos sobre su pecho, observándole con intensidad.

—¿Y ahora qué? —inquirió.

Kane dio el primer sorbo a la cerveza y la degustó antes de responder a la pregunta. No era el primero ni sería el último que tenía dejar la carrera militar para buscar una nueva vida en la que poder encajar.

—He comprado una granja.

Gordon abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido por la confesión de Kane. Podía haber esperado cualquier cosa del chico, pero nunca que acabaría sus días en el campo. Sullivan no había tenido una vida fácil. Llegó a sus manos pocos meses después de la trágica muerte de su hermano y, a pesar de todo el dolor y sufrimiento, había luchado como el que más para entrar en las Fuerzas Armadas.

—Muchacho —dijo tirando el paño que había mantenido entre sus manos hasta entonces sobre la barra—, no te veo criando vacas.

Kane, que había dado un nuevo trago a su cerveza, no pudo evitar sonreír ante la afirmación de Gordon y la expresión que mostraba. Era la primera vez que veía en su rostro tal desconcierto.

—Y no voy a hacerlo. Mi intención es restaurar ese lugar y hacer una especie de campamento para que chicos con problemas puedan ir allí a pasar el verano, salir del mísero ambiente en el que viven.

Una imperceptible sonrisa curvó los labios de Mike, que para nada se esperaba la respuesta de Kane. Aunque no lo quisiera admitir, aquel chico siempre había sido su ojito derecho, quizás porque le recordaba demasiado a sí mismo. Y que su intención fuera la de prodigar un ambiente diferente a chicos que lo pasaban mal le hizo sentirse orgulloso. Aunque de ninguna de las maneras lo expresaría.

—Sullivan, creo que te has vuelto loco.

—¡Oh, vamos, viejo Gordon! —exclamó Kane—. Creí que mi idea te gustaría.

—Por mí vale —respondió el aludido mientras barría el aire con un gesto de su mano—, no tengo problema en que te dediques a cambiar los pañales a esos niños meones.

Kane, al escuchar sus palabras, tuvo que contener la risa que pugnaba por salir de sus labios. Estaba a punto de replicar, cuando Spencer y Norman llegaron a su altura y lo cogieron en volandas para llevarle nuevamente a la mesa de billar entre risas y bromas.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Kane llegó a su pequeño apartamento. Aunque al principio se había mostrado reticente, ahora se alegraba de que sus amigos hubieran decidido hacerle una despedida antes de su marcha. A pesar de lo cansado que estaba, aún no tenía sueño. Resuelto, se dirigió a su dormitorio y algo se revolvió en su pecho al descubrir su uniforme colgado de un perchero. Lo había recogido aquella misma mañana de la tintorería para devolverlo en perfecto estado. Nunca más se pondría esa ropa que le había acompañado años, durante la carrera militar por la que tanto había luchado. Dispuesto a olvidar esa pesada sensación de pérdida, apagó la luz y se dirigió al salón. Encendió la televisión con la intención de evadirse en alguna película hasta quedarse dormido.

Candance permanecía cruzada de brazos frente a su sobrina, que había imitado a la perfección su misma postura, salvo que sus labios estaban fruncidos de una forma que, a su pesar, a Candance le pareció de lo más adorable. Pero no por ello cambió la expresión seria que mostraba su rostro.

—Por tercera vez, Emily —dijo con voz dura—. ¿Me vas a contar por qué has pegado a Nellie?

—No —insistió la niña con cabezonería.

A Candance le hubiera gustado soltar un improperio, pero se contuvo a pesar de que estaba a punto de explotar. Media hora antes estaba en el restaurante, atendiendo a un grupo de turistas que habían llegado en autobús de improviso, cuando su móvil empezó a sonar con insistencia. No lo hubiera cogido si no llega a ser porque la llamada provenía del colegio de Emily. Gracias a Dios, Hannah se había apiadado de ella y le había dado vía libre para que fuera a recoger a su sobrina.

Y ahí estaba, media hora después, en la cocina de su casa intentando que la niña le diera alguna explicación lógica de por qué la habían expulsado de clase durante dos días por su

comportamiento.

Por lo general, Emily era una niña buena y trabajadora, pero cuando se ponía cabezota no había forma humana de hacerla cambiar de opinión. Candance había sospechado en más de una ocasión que ese rasgo lo había heredado de su madre. Recordar a Jenna logró que un velo de tristeza la embargara, pero decidió apartarlo de un manotazo. Tenía que averiguar que había hecho la cría para que en el colegio hubieran decidido expulsarla dos días. No entendía el por qué de esa fuerte medida disciplinaria. Debía tratarse de algo grave.

—Emily, por favor, necesito que me digas qué ha pasado.

—¿No me has escuchado? No quiero hablar de eso —respondió la niña con firmeza. Estaba claro que no pensaba dejarse amilanar.

Candance, que hasta el momento lo había intentado por las buenas, cambió de táctica, aunque no fuera la que más le gustaba porque era la que solía utilizar su madre con ella y su hermana cuando eran pequeñas.

—Emily, si no me cuentas de una vez qué ha sucedido en el colegio, te aseguro que te vas a quedar sin fiesta de cumpleaños —la amenazó.

La niña elevó su mirada, hasta entonces fija sobre la superficie de la mesa frente a sí y la clavó en el rostro de su tía con furia.

—¡Eso es chantaje! —exclamó molesta.

—Lo sé, pero no me has dejado otra opción. ¿Entonces? —inquirió Candance elevando una de sus perfectas cejas.

—¡Está bien! —se rindió la niña—. Lo admito, he pegado a Nellie Smith.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Candance sorprendida. Emily siempre había sido una niña tranquila, que no solía tener conflictos con nadie.

—Estaba defendiendo a Dora. Nellie se estaba riendo de sus zapatillas porque estaban rozadas y viejas. La mamá de Dora ya tiene bastante con traer comida a casa desde que el papá de Dora se largó —razonó Emily, dejando con la boca abierta a su tía.

—¿He hecho mal? —inquirió la niña.

Candance, a pesar de la situación, no pudo hacer otra cosa que abandonar la silla que ocupaba y envolver a su sobrina entre sus brazos antes de besar su coronilla con cariño.

—No, no has hecho mal, cielo. Has sido muy valiente.

—Entonces, ¿por qué me castigan? —preguntó la niña sin comprender.

—La vida es así de injusta —respondió Candance—. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

—¿Tú entiendes la injusticia? —preguntó Emily incrédula.

—Cuando seas mayor tendrás que aprender cómo funciona la vida —repitió Candance. Realmente no tenía una respuesta para la pregunta de su sobrina.

CAPÍTULO 11

Aquella mañana Alice pudo darse el lujo de levantarse tarde. Candance se había ofrecido a llevar a Emily al colegio después de los dos días que la niña llevaba sin asistir debido a la expulsión; al parecer quería tener una larga conversación con la directora tras lo sucedido.

Se desperezó en la cama y se incorporó con parsimonia. Luego se aseó y se puso ropa cómoda. Era su día libre y nada le apetecía más que pasarlo en casa tranquilamente. Bajó a la cocina y agradeció el silencio reinante. Dispuesta a disfrutar de un desayuno relajado cargó la cafetera y puso unas tostadas en el tostador. Estaba disponiendo la mermelada y la mantequilla sobre la mesa, cuando el sonido del timbre la sobresaltó. «¿Quién puede ser a estas horas?», se preguntó mientras se dirigía a la puerta.

Alice sintió que su corazón se detenía en su pecho al ver de quién se trataba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó llevándose la mano al pecho con sobresalto, mientras miraba al hombre que tenía frente a sí.

—Buenos días, Alice —saludó Kane cortés, aunque comprendía la sorpresa de la mujer. Ahora se arrepentía de no haberla llamado antes de ir hasta allí.

—Kane, ¿cómo te presentas aquí sin avisar? —le reprochó Alice, mientras su cabeza trabajaba a toda velocidad.

—Tienes razón, Alice, lo siento —dijo él mientras dibujaba en su rostro una expresión arrepentida y se rascaba la cabeza—. ¿Eso qué huelo es pan quemado? —añadió al percibir el característico olor.

—¡Dios mío! —exclamó Alice asustada, temiendo que la cocina acabara ardiendo—. Anda, pasa y hablamos —añadió, aunque ya se dirigía a grandes zancadas a la parte trasera de la casa.

Kane avanzó tras ella, aunque con paso lento. No se caracterizaba por ser una persona fisgona, pero no pudo evitar analizar cada detalle que descubrió a su paso. Tenía curiosidad por el ambiente en el que se estaba criando su sobrina. Estaba a punto de llegar a la puerta de la cocina cuando una serie de retratos, colgados en una de las paredes del pasillo, llamaron su atención. En una instantánea reconoció a una sonriente Candance vestida de novia junto a un hombre alto y fornido cuyo rostro parecía seducir a la cámara. «Debe ser él», se dijo, recordando al novio que Candance tenía en la universidad cuando se conocieron. Y sorprendido notó como la garra de los celos ascendía por su estómago.

—¡Kane! —le sobresaltó la voz de Alice, haciendo que aligerara el paso.

Cuando entró descubrió una estancia pequeña pero bien equipada con muebles blancos relucientes y amplias encimeras de mármol gris. Una de las paredes estaba presidida por grandes ventanales que dejaban entrar la luz a raudales. Al girar su rostro descubrió a Alice tirando unos trozos de pan carbonizados a la basura.

—¿Está todo bien? —preguntó preocupado.

—Perfectamente —respondió Alice lanzándole una mirada mientras se dirigía a la alacena y sacaba una taza que puso en la mesa, junto a otra que poco antes había preparado para ella. Luego sacó una caja de hojalata adornada con flores silvestres—, pero estaría mejor si me contaras que haces tú aquí. Anda, siéntate— le instó con un gesto de mano— y lo hablamos.

Kane asintió con la cabeza y ocupó el lugar que ella le indicaba. La mujer puso una de las tazas frente a él y sirvió una generosa cantidad de café caliente antes de abrir la caja, donde descubrió una magdalena que tenían una pinta estupenda.

—Gracias, Alice.

—De nada —replicó la mujer tras dar el primer trago. Gracias a Dios eso elevó unas décimas su tensión, que había caído en picado al ver a Kane Sullivan frente a su puerta.

—Siento haberte dado un susto, debí llamar antes, pero con el lío de la mudanza se me pasó por completo.

—¿Mudanza? —repitió Alice más confusa que antes.

—Sí, he llegado esta madrugada desde Chicago.

Alice aferró fuertemente la taza entre sus dedos. Había escuchado las palabras pronunciadas por Kane, sabía lo que significaban, y aún así no quería creerlo.

—No puedes estar hablando en serio —dijo en voz alta.

Kane, lejos de sentirse ofendido, comprendía la reacción de Alice y lamentaba ponerla en esa situación. Siempre le estaría eternamente agradecido por ir al entierro de su hermano, donde solo estuvieron ellos dos. En los años que llevaban en contacto, aquella buena mujer le había informado mes a mes sobre el crecimiento de su sobrina. Le había mandado fotos y le había comentado sus travesuras, pero nunca hablaron de la posibilidad de que conociera a la niña.

—Me he retirado de mi carrera militar —le confesó Kane—, y no tenía nada que me retuviera en Chicago. Por eso he decidido empezar de cero aquí, para estar cerca de Emily, la única familia que me queda.

Alice comprendía a Kane, podía llegar a empatizar con él, pero no quería ni pensar en la reacción de Candance cuando se enterara. En todo ese tiempo no le había dicho que mantenía contacto con el hermano de Chad, el padre de Emily, y estaba segura que no se lo iba a tomar demasiado bien. De hecho apostaba a que, en caso de saberlo, se enfadaría con ella hasta la eternidad.

—Kane, sabes que he aprendido a apreciarte en estos años, pero antes de tomar una decisión de ese calibre deberías haberme informado. ¿Qué pasará cuando Candance se entere de que estás aquí? —inquirió frustrada mientras se frotaba la sien con los dedos y cerraba los ojos.

En un gesto surgido de la comprensión, Kane alargó su mano y atrapó la de Alice entre sus dedos.

—Lo siento de veras, Alice, pero no pienso renunciar a Emily. Yo hablaré con Candance sobre el asunto y lo solucionaremos de alguna manera.

—Qué poco conoces a mi hija. Es testaruda como ella sola, y te recuerdo que desde lo que le sucedió a tu hermano no ha querido saber nada de ti. Considera a Emily como a su propia hija, y no permitirá que te acerques. Por no hablar de que a mí me odiará de por vida por haber mantenido el contacto contigo todo este tiempo.

—Alice —dijo apretando su mano, que aún permanecía entre sus dedos—, Candance no tiene por qué saber que todo este tiempo hemos mantenido en contacto. La mujer meditó largamente las palabras de Kane, pero no estaba segura de que la mentira fuera la mejor opción, era una lección que le había enseñado la vida.

—Está bien —se rindió—, intentaré ayudarte en todo lo que pueda. Pero, por favor, no aceleres las cosas. No quiero que la niña sufra.

—Te lo prometo, Alice. Tengo todo el tiempo del mundo.

Después no hubo más palabras, ambos desayunaron en un cómodo silencio hasta que

finalmente la mujer se decidió a hablar.

—Yo hablaré con Candance, pero le diré la verdad.

—Como prefieras —dijo Kane antes de limpiar sus labios con una servilleta. Luego se levantó y colocó la silla nuevamente en su lugar—. Gracias por el desayuno —dijo antes de desaparecer por la puerta trasera de la casa.

Cuando Alice se quedó sola comenzó a recoger la mesa con la intención de tranquilizarse, pero era una misión imposible dada la situación. Lo que más le preocupaba de todo era la reacción de su hija.

Candance había demostrado ser una mujer fuerte, valiente e independiente frente a las pruebas que le había impuesto la vida. Desde que Jenna pereció tras el parto, se erigió como la protectora de su sobrina, prácticamente la habían criado juntas. Candance había dejado la universidad y había trabajado de camarera en varios restaurantes de la ciudad para poder encargarse de Emily.

Cuando Kevin acabó la carrera se casaron y poco después todos se mudaron al pueblo natal de Kevin, donde Candance decidió montar su propio negocio. Todo había ido bien hasta que a su yerno le detectaron un cáncer de páncreas. La noticia cayó sobre la familia como un jarro de agua fría. Candance estuvo con su marido en todo momento, hasta el trágico final, que sucedió un año antes. «Es demasiado», pensó Alice con angustia, temiendo perder a la única hija que le quedaba.

Candance recogió la última mesa tras un largo turno de desayunos y se dispuso a meter la vajilla sucia en el lavaplatos. Por la cantidad de tazas y platos que se apilaban sobre la pila, la mañana no había ido mal y eso la hizo sentirse bien. Cuando Hannah y ella habían montado aquella pequeña cafetería, los primeros meses no fueron fáciles, pero tras duros años de trabajo el negocio empezaba a dar sus frutos. Actualmente, además de pagar las facturas, incluso había tenido un margen de beneficio ese último trimestre.

Estaba acabando de colocar todo en su lugar cuando la puerta se abrió y entró un grupo de mujeres capitaneado por Jacklyn, su cuñada. Las seis mujeres no dudaron en adentrarse en la cafetería para ocupar la mesa al fondo del local.

«Perfecto, reunión de súper mamás», pensó Candance con fastidio. No tenía nada en contra de ellas, y a pesar de que intentaba ignorar su presencia, no le pasaba desapercibida la conversación que solían mantener cada martes primero de mes. Principalmente lo que hacían era alabar sus virtudes como madres y criticar al resto, cosa que conseguía poner a Candance de pésimo humor.

Con resignación se acercó a la mesa con libreta en mano, y dibujó en sus labios una sonrisa que no sentía.

—Buenos días —saludó alegremente.

—Buenos días —replicó el grupo sin demasiado entusiasmo mientras estudiaban la carta que siempre había sobre la mesa.

Tras varios minutos de barrullo e indecisión, al final parecieron ponerse de acuerdo y Jacklyn recitó el pedido.

—Pues creo que está todo —dijo Candance, agradecida de haber acabado. Estaba a punto de dirigirse a la cocina cuando la voz de su cuñada la retuvo.

—¿Cómo está la pequeña Emily? —preguntó la mujer, cuyo cabello rubio iba perfectamente peinado con una preciosa ondulación en sus puntas—. Dice mi madre que hace mucho tiempo que

no la llevas para que la vea.

Candance hubiera deseado mandar al cuerno a Jacklyn, pero por el contrario se obligó a mantener la compostura antes de responder.

—La niña está bien, el otro día me reuní con la profesora y me dijo que avanza adecuadamente. En cuanto tenga un hueco llamo a tu madre, he estado muy liada estos días —se excusó, aunque la mirada fría que le dedicó su cuñada le indicó que no parecía muy convencida con su respuesta.

—Está bien, se alegrará de saber de ti —dijo Jacklyn antes de dejar de prestarle atención, cosa que Candance agradeció.

Resuelta, volvió a su trabajo. Cuando hubo servido la mesa se dispuso a reponer los servilleteros, y a pesar del esfuerzo que hizo por ignorar la conversación que mantenían aquellas víboras, el silencio reinante en el local se lo impidió.

Después de despellejar a la madre de Constantine comenzaron a hablar de un desconocido que había comprado la vieja granja de Cameron. El comentario le hubiera parecido insignificante si no fuera porque aquellas cotorras estaban indignadas con ese hombre, que al parecer era un ex militar. Según los rumores, tenía planeado rehabilitar la vieja granja situada a las afueras del pueblo para convertirla en un albergue de verano para jóvenes desfavorecidos. Incluso estaban decididas a poner una reclamación en el ayuntamiento, dispuestas a impedirlo a como diera lugar.

No supo por qué, pero se sintió furiosa y antes de pensar en lo que hacía se acercó a la mesa para dar su opinión.

—¿Y qué problema hay con esos jóvenes? —dijo, sorprendiendo al grupo de mujeres, que clavaron su mirada en ella.

Tras el primer momento de desconcierto, Jacklyn fue la que contestó a la pregunta airada de Candance.

—Pues que cualquier día una de nuestras hijas se encontrará con uno de esos chicos, y no queremos que le pase lo mismo que a Jenna —dijo la rubia, sin alterar un ápice la expresión de su rostro.

Candance notó cómo la ira ascendía por su cuerpo. Se imaginó a sí misma alargando sus manos y aferrando el delicado cuello de su cuñada por el simple hecho de haber pronunciado el nombre de su hermana, pero la sorpresiva aparición de Hannah, su socia en el negocio, se lo impidió.

—Candance, te llama por teléfono el proveedor del café —dijo mientras cogía el brazo de su amiga y la obligaba a retroceder, hasta que finalmente logró sacarla de la sala para internarse en la cocina.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Candance frustrada mientras se deshacía del agarre.

—Comprendo que odies a Jacklyn, creo que medio pueblo lo hace, pero estrangularla no solucionará el problema, quizás solo lo agudice.

—¿A qué te refieres? —inquirió Candance mientras se apoyaba contra la pared y se cruzaba de brazos.

—Que si Jacklyn se llega a quedar sin oxígeno unos minutos, su cerebro, que ya de por sí no da para mucho, sería un completo desastre. Apíadate de tus sobrinos.

A pesar de que la sola mención de su hermana había logrado tensar su cuerpo hasta límites insospechados, las palabras de su amiga lograron que riera con ganas. Daba gracias a los cielos porque Hannah se hubiera cruzado en su camino.

—Por no hablar de que yo habría tenido que lidiar con el sheriff Sheldon. Eso sí que no te lo hubiera perdonado nunca.

—¡Oh, vamos, Hannah, no seas teatrera! Estarías encantada de que Eddie Sheldon viniera hasta aquí para simplemente compartir el mismo aire que él.

—¡Candance, te estás pasando! —exclamó Hannah asestando un certero pero leve puñetazo contra el brazo de su amiga—. Recuerda que te acabo de salvar el culo.

Candance sabía que Hannah tenía razón. Cada día le costaba más controlarse respecto a la familia de Kevin. Podía soportar a sus padres, pero a Jacklyn no. Era una *snob* que creía que pertenecía a una clase superior porque su marido era el director del único banco del pueblo. No podía negar que Michael era un hombre guapo, y que gracias a su mujer vestía con clase, pero a pesar de trabajar en un banco parecía tener el encefalograma plano. Recordó las veladas que había compartido con la familia Morgan y se le ponían los pelos como escarpas.

—Tienes razón, gracias —dijo regalándole una sonrisa a su amiga.

—Y ahora déjate de cotilleos y pongámonos a trabajar —dijo Hannah mientras empujaba a Candance hacia la parte trasera del local—. Hoy toca inventario del almacén.

—¡Pero te tocaba a ti! —intentó rebatir Candance.

—Pero me debes una —replicó Hannah con humor.

CAPÍTULO 12

Era última hora de la tarde cuando Candance comenzó a recoger las raciones de tarta que habían sobrado aquel día. Hizo recuento y se sintió aliviada al ver que solo quedaban tres en total, lo que se traducía en menos pérdidas de alimentos y mayores ingresos para la cafetería. Estaba comprobando que todo estuviera en su lugar, a la espera de que las manecillas del reloj marcaran las siete, cuando la puerta se abrió para dar paso a Hannah, cuyo rostro resplandecía de emoción.

—¡Tengo un cotilleo calentito, calentito, recién sacado del horno! —dijo la joven pelirroja con euforia mientras corría por la sala y se sentaba en un taburete alto, frente al mostrador donde se encontraba Candance.

—Hannah, por favor —dijo Candance mientras pasaba la bayeta por la superficie frente a sí—. Ha sido un día muy largo, y estoy cansada. Además, sabes que odio los chismorreos.

—Lo sé, lo sé —dijo Hannah sin poder controlar su excitación—. A mí tampoco me gustan, pero esto es distinto.

—¿Por qué? —dijo Candance elevando su ceja derecha mientras colocaba una mano en su cadera.

—Se trata de un hombre que al parecer es un bizcochito —dijo Hannah, como si con eso aclarara todo—. Estaba en la peluquería de Amber cuando han empezado a hablar de él, estuvo en el supermercado de Sophie y ella habló con él. Al parece es un ex militar...

Candance puso los ojos en blanco. Luego comprobó nuevamente la hora antes de hablar.

—Tienes diez minutos, ni uno más ni uno menos —dijo.

Realmente a Candance no le interesaba ningún cotilleo, más bien los odiaba, pero estaba claro que si no dejaba a Hannah acabar ninguna de las dos saldría de allí antes de la media noche.

—Pues eso —prosiguió su amiga, sin importante la expresión de aburrimiento que mostraba Candance—. Ese hombre es un ex militar que se ha retirado, pero no es un vejestorio, para nada —dijo Hannah guiñándole un ojo de forma cómplice—. Las que le han visto dicen que está de infarto. Alto como una torre, cuerpo torneado con cientos de músculos cuyos nombres no conocemos...

—¡Al grano, Hannah! —exclamó Candance estridentemente.

—Vale, vale. Es el tipo que compró la granja de la que hablaba tu cuñada. Al parecer es cierto, quiere hacer una especie de albergue para los muchachos de ciudad con problemas.

Candance no conocía a ese hombre, ni tenía el más mínimo interés en él, pero no podía negar que sus planes, aunque no parecieran muy bien acogidos por algunas personas del pueblo, eran de lo más loables. Sin poder evitarlo su mente se perdió en el pasado, aquel que había intentado olvidar a toda cosa. De nuevo estaba en Chicago, frente a un edificio de tres plantas destartalado y el cuerpo sin vida de Chad Sullivan estaba metido en una bolsa de plástico negro. Quizás si ese muchacho hubiera podido disfrutar de unos días en el campo, compartir tiempo con otras personas, ver otros estilos de vida... todo eso le hubiera dado otra perspectiva de la vida, del futuro que podía aguardarle si lo intentaba.

—... ¿Cuántas horas de viaje habrá tenido que hacer desde Chicago?

Candance, que hasta entonces había estado perdida en sus pensamientos, se sobresaltó al

escuchar el nombre de la ciudad a la que hacía referencia su amiga.

—Hannah, ¿has dicho que ese tipo es de Chicago?

—Sí, eso he dicho —replicó su amiga, sorprendida por el extraño tono en la voz de Candance, que en aquel momento había colocado su mano sobre su pecho—. ¿Pasa algo? —preguntó preocupada.

—¿Sabes cuál es su nombre? —inquirió, notando como un escalofrío recorría su cuerpo.

—Mmmm... —comenzó a dudar Hannah pensativa, a riesgo de acabar con los nervios de Candance—. Ah, ya, se llama Kane Sullivan. ¿No te parece de lo más masculino?

Candance sintió como si una losa de cemento armado cayera sobre sus hombros y tuvo que apoyarse contra la encimera porque las piernas no parecían responderle. Todos esos años había procurado olvidar a los Sullivan, lo que habían supuesto en la vida de su hermana, en la suya. Se había sentido a salvo cuando Kane dejó de llamarla tras varias semanas de acoso. En su momento pensó que era lo mejor para Jenna, que tras la muerte de Chad había caído en una depresión, y por qué no decirlo, para ella misma, que desde que había hecho el amor con él era incapaz de mirar a los ojos a Kevin.

Tras la muerte de su hermana se juró cuidar de Emily, mantenerla a salvo de cualquier cosa que pudiera dañarla. Por eso mismo aceptó cuando Kevin le propuso irse a vivir a Kentucky, a un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios, segura de que allí no habría ningún peligro para la niña. Estaba claro que la vida podía cambiar de un segundo a otro, y la presencia de Kane en Green Lake era muestra de ello.

—Candance, ¿te encuentras bien? —preguntó Hannah preocupada al descubrir la palidez en el rostro de su amiga.

—Sí, lo estoy —mintió mientras desanudaba el delantal que cubría su ropa—. Hannah, ¿me haces un favor? —inquirió mientras lo dejaba sobre la barra.

—Claro, lo que sea —respondió su amiga solícita.

—Cierra tú por mí, tengo algo urgente que hacer.

Hannah iba a replicar a sus palabras, a formular una docena de preguntas, pero para cuando fue capaz de articular palabra Candance ya estaba en el exterior arrancando su coche. En pocos segundos el motor rugió, las ruedas chirriaron en el asfalto y salió a toda velocidad del aparcamiento.

Kane entró en el camino de tierra que le indicaba el GPS y no tardó en llegar a la granja Cameron. Al poco tiempo vislumbró una casa, y a lo lejos varias edificaciones más. Giró el volante a la derecha y aparcó su todoterreno frente a la vivienda. Bajó del vehículo y cerró la puerta. Durante largos minutos se quedó mirando la fachada, que se veía más destartada de lo que le había parecido en un principio a través de las fotografías que le habían enseñado en la agencia de compraventa de casas.

—Bueno, me espera un largo trabajo —dijo en voz alta antes dirigirse a la parte trasera del todoterreno. Cogió las bolsas con la compra que había hecho en el supermercado y se dirigió a la puerta.

Dejó las bolsas en el suelo y rebuscó en sus bolsillos hasta que dio con las llaves que le habían entregado en la agencia. Abrió y accionó el interruptor para descubrir una imagen desoladora. «Fantástico», pensó mientras se adentraba en salón y oteaba a su alrededor. El polvo parecía cubrirlo todo, hasta el suelo de madera. Los escasos enseres que quedaban en la vivienda

estaban cubiertos por sábanas blancas. Presagió que el día siguiente no sería fácil, pero él no era un hombre que se derrumbara ante las adversidades.

Resuelto, regresó a la entrada para recoger la compra y meterla en el interior, cuando escuchó que un coche a demasiada velocidad se acercaba. Sorprendido bajó los dos escalones del porche para descubrir una ranchera azul que había conocido tiempos mejores aparcando junto a su coche.

«¿Quién será?», se preguntó confuso, pero no tardó en conocer la respuesta al ver a salir del vehículo a Candance. Por la expresión que mostraba su rostro, estaba claro que no venía en son de paz. Con resignación, se aproximó a ella.

Durante unos segundos no pudo evitar clavar su mirada en su rostro, que seguía siendo el mismo que recordaba. Quizás su cabello castaño, suelto a su espalda, era más largo que antaño. Sus pómulos eran más pronunciados y parecía más delgada, pero lo que realmente no había cambiado en todo ese tiempo eran sus maravillosos ojos castaños, veteados de dorado, y sus labios gruesos y sugerentes. En más de una ocasión había rememorado sin quererlo el mágico momento que vivieron juntos, sobre todo cuando había vivido una situación de peligro en alguna de las misiones en las que había participado. Entonces el rostro de Candance aparecía como un hechizo, haciendo que se calmara al instante.

—Kane, ¿qué haces tú aquí? —inquirió ella, incómoda con su escrutinio.

Durante el cuarto de hora que había durado su viaje hasta allí no había podido dejar de pensar en él, en la ira que carcomía su cuerpo. Hacía tiempo que había dejado de pensar en lo que había sucedido en Chicago, dejando atrás a Kane Sullivan. Pero ahora que había aparecido en Green Lake las dudas asolaron todo su mundo debido a la incertidumbre respecto a sus intenciones.

Y ahora que lo tenía frente a sí su corazón había dado un vuelco en el pecho. En siete años no había cambiado demasiado. Su cabello negro, normalmente despeinado, ahora lucía corto y una fina capa de barba cubría sus mejillas, acentuando sus gruesos labios. Su mirada siguió ascendiendo y finalmente se encontró con sus extraños y perturbadores ojos grises, aquellos que no había podido olvidar en todo ese tiempo y que en aquel momento estaban clavados en su persona.

—Buenas noches, Candance, no esperaba tu visita —dijo de forma casual, como si solo hiciera escasos días que no se veían, no años.

Candance, cuyá ira la había llevado hasta allí, al ver la actitud de Kane se sintió desconcertada. Pero no tardó en recuperarse y contestar a sus palabras.

—Kane Sullivan, no he venido aquí para intercambiar cortesías —replicó con voz acerada mientras se cruzaba de brazos.

—Entonces, ¿para qué? —cuestionó Kane.

—Quiero saber qué demonios has venido a hacer aquí.

Él acortó la distancia que los separaba y apoyó su trasero en el capó del coche de Candance antes de cruzarse de brazos en actitud relajada.

—Hace tiempo que llevaba pensando en retirarme, y ha llegado el momento. Se me ocurrió que este sería un buen lugar para empezar de cero y echar raíces —contestó, aunque ni él mismo se creía sus palabras.

Su aplomo, su parsimonia, solo lograron sulfurar aún más a Candance.

—¡Oh, vamos, por favor! No me tomes por estúpida, los dos sabemos por qué estás aquí y no en cualquier otro punto del estado.

—No sé de qué me hablas.

—¡No me tomes por estúpida! —gritó Candance fuera de sí—. Has venido por Emily, pero

que se te quite de la cabeza. ¡Ella es mía! —Pronunció estas últimas palabras con voz desgarradora.

Kane, que hasta el momento había procurado bordear el asunto hasta un momento más propicio, perdió finalmente los nervios. Esa niña era el único familiar que le quedaba en el mundo y no pensaba renunciar a ella. Abandonó su postura relajada y se puso de pie, con las piernas separadas y los pies firmemente asentados en el suelo.

—He venido hasta aquí para empezar una nueva vida, y por supuesto que quiero que en esa nueva vida esté mi sobrina. Y te aseguro que no voy a renunciar a ello.

Candance pudo ver en la intensidad de su mirada gris y en la necesidad en su voz que decía la verdad, pero no pensaba dar un paso atrás. Todo aquello por lo que había trabajado tantos años se tambaleaba. La seguridad, la estabilidad de Emily estaban en juego, y además, también la suya. Esa niña se había convertido en el eje de su vida, en lo único que hacía que siguiera adelante. No iba a permitir que Kane Sullivan le robara a su pequeña.

—La custodia es mía, no tienes nada que hacer —dijo con seguridad antes de apartarse de Kane y dirigirse a la puerta de su coche, pero una fuerte mano aferró su brazo y la obligó a girarse.

—Candance, no me importan un montón de papeles, Emily es también mi sobrina, y tengo derecho a conocerla.

—Te lo prohíbo —dijo Candance con rotundidad.

—No puedes prohibirme nada. Todo sería más fácil si asumieras que tengo el mismo derecho que tú a conocer a mi sobrina, a quererla y compartir tiempo con ella. Hay dos formas de hacerlo, por las buenas o por las malas. Eres tú quien decide.

—Por favor, Kane, sé realista, no tienes nada que ofrecerle —insistió Candance con tono condescendiente, deseando quitarle las intenciones de la cabeza.

Kane apretó la mandíbula sin percatarse. Las palabras de ella le habían herido hondamente. Nuevamente se sintió como un adolescente acorralado en un pequeño apartamento del peor barrio de la ciudad, intentando salir adelante.

—Tengo algo más que ofrecerle que hace unos años. Ya no soy un chico pobre de los suburbios.

—No he querido decir eso —dijo Candance mortificada, más al ver la expresión dolida del rostro masculino.

—¿Entonces a qué te refieres? ¿A que no puedo darle un hogar feliz con un papá? ¿Es eso lo que le da el idiota de tu marido?

Candance, tras escuchar esas palabras despectivas respecto a Kevin, que la había apoyado en los peores momentos y había aceptado a Emily como a una hija, explotó con todo su genio. Sin ser consciente de lo que hacía, su mano derecha se elevó y la estampó contra el rostro de Kane. Luego simplemente se deshizo de su agarre y abrió la puerta del coche. Una vez dentro, cerró con un fuerte portazo y arrancó el coche antes de salir a toda velocidad de la vieja granja Cameron.

Kane no se movió del sitio mientras observaba la vieja ranchera alejarse en medio de la oscuridad de la noche. Estaba claro que Candance no se lo iba a poner fácil, como le había advertido Alice, pero no iba a rendirse.

Con paso cansado, regresó al porche y recogió las bolsas, que dejó sobre una mesa cercana; había perdido el hambre. Luego rescató su saco de dormir de la parte trasera de la camioneta y regresó a la casa. Encendió la luz que daba acceso a la parte superior y la bombilla zigzagueó unos instantes, pero finalmente un halo de luz se extendió por las escaleras de madera. Al llegar al

segundo piso observó las filas de puertas situadas a lo largo del pasillo. Finalmente dio con un dormitorio donde descubrió una vieja cama en un rincón. Desenrolló su saco de dormir y lo colocó sobre el colchón antes de tumbarse sobre él. El colchón estaba destrozado, y sintió varios muelles sobre su espalda, pero no le importó. Había dormido en sitios peores.

CAPÍTULO 13

Alice acabó con los restos de la infusión relajante que se había preparado tras acostar a Emily y observó nuevamente el reloj que pendía sobre la puerta de la cocina. Candance ya debía estar en casa, pero no había ni rastro de ella y cientos de pensamientos acosaban su mente, amenazando su cordura.

Respiró tranquila cuando escuchó el sonido de un coche aparcando en la entrada. Cuando la puerta trasera de la cocina se abrió y Candance entró, estudió su rostro y supo que todos sus temores se habían cumplido: su hija ya sabía de la aparición de Kane Sullivan en Green Lake.

Candance estaba furiosa, y no se molestó en ocultarlo mientras se acercaba a la mesa y se sentaba frente a su madre.

—¿Tú sabías que Kane Sullivan ha comprado la vieja granja de Cameron y piensa vivir aquí? —soltó a bocajarro.

Alice dudó antes de responder a la pregunta. Desde aquella mañana, cuando Kane había llamado a su puerta, supo que se avecinaban problemas, pero no pensó que fuera tan pronto. Finalmente se decantó por la verdad.

—Sí, vino esta mañana a hablar conmigo.

Candance se vio sorprendida por la respuesta de su madre.

—¿Y eso por qué?

—Hace años que mantenemos el contacto —confesó Alice, no tenía sentido ocultar algo que tarde o temprano saldría a luz.

—¿Qué? —exclamó Candance, sin saber muy bien cómo sentirse ante la confesión de su madre.

Cuando Jenna había fallecido tras el parto, ambas habían decidido que ellas se harían cargo de Emily, que nadie más tendría potestad sobre la niña, y ahora resultaba que había estado en contacto con Kane, cosa que le había prohibido expresamente.

—Me llamó, preocupado por el estado de Emily tras la muerte de Jenna. Su única intención era saber si su sobrina estaba bien. Me llama una vez al mes, y yo le mando fotos de la niña. ¿Qué hay de malo en ello? —preguntó Alice, intentando hacer razonar a su hija.

—¿Que no me lo contaste! —estalló Candance sintiéndose traicionada mientras se levantaba de la silla, al punto de casi tirarla a suelo.

—Pensé que no te gustaría, y tampoco vi nada malo en ello.

—¡Mamá, por el amor de Dios! ¿No te das cuenta de lo que significa su presencia aquí?

—¿Qué crees que significa? —inquirió Alice algo molesta.

—¿Que quiere quitarnos a Emily! —exclamó Candance mientras se dejaba caer sobre la silla derrotada—, pero te digo una cosa —añadió mientras señalaba a su madre con el dedo índice—, no se lo pienso permitir.

—Oh, vamos, por favor —contestó Alice perdiendo la paciencia—. Ese hombre ha sufrido lo indecible. Perdió a su hermano en las peores circunstancias, luego su padre acabó en la cárcel. ¿No crees que ya ha pasado por bastante? Lo único que quiere es conocer a Emily. No pretende robarnos nada, ni que la niña vaya a vivir con él, solo pide una oportunidad de conocerla.

—¿Y por qué no lo hizo antes? —inquirió tozuda.

—¿Se lo habrías permitido? —replicó Alice enarcando una ceja.

Candance mantuvo una lucha interna antes de contestar.

—No, no lo habría hecho —confesó con sinceridad.

—Pues entonces estamos en las mismas circunstancias, pero mucho tiempo después. ¿No crees? ¿Por qué no le das una oportunidad? —le rogó Alice.

Candance escuchó atentamente a su madre y algo en su interior se ablandó, sintiéndose al instante como la villana del cuento. Sabía que se estaba comportando como una bruja, y aún así no estaba dispuesta a dejar que Kane se acercara a su pequeña.

—Lo siento, mamá, pero no me gusta la idea de que Kane aparezca de la noche a la mañana en la vida de Emily. No pienso ponérselo fácil —afirmó antes de abandonar su asiento y caminar con paso firme hacia las escaleras.

Alice, al quedarse sola, se cubrió el rostro con ambas manos y lo frotó. Amaba a su hija, sabía que Candance tenía un corazón de oro, pero en todo lo referente a Emily se comportaba de una forma irracional, como una loba con su cachorro.

—Es cuestión de tiempo —pronunció en voz alta, intentando convencerse a sí misma de que todo saldría bien.

Candance caminó con cuidado por el pasillo y llegó a la puerta del dormitorio de Emily. Giró cuidadosamente el pomo y entró con sigilo. La luz tenue de una lámpara sobre la mesilla, que la niña rogaba que le dejaran encendida, iluminaba su rostro relajado por el sueño. Candance se acuclilló a su lado y apartó un díscolo mechón castaño de su mejilla. La observó durante largos minutos.

—No permitiré que nadie te dañe —dijo en voz baja. Luego besó la frente de la niña y abandonó la habitación.

Tras salir del dormitorio de Emily caminó con paso lento hasta el suyo. Sentía como si su cuerpo pesara una tonelada, y un incipiente dolor de cabeza comenzó a dar señales de vida. Se sentó sobre la cama y así permaneció varios minutos. Luego giró su rostro y clavó su mirada en el marco que reposaba sobre la mesilla. Alargó su brazo y lo cogió entre sus dedos.

—Kevin, no sabes cuánto te necesito —dijo en voz alta mientras acariciaba con la yema de sus dedos el rostro sonriente de su difunto esposo.

Una semana después.

Kane había tenido unos días muy ocupados. No había sido fácil vaciar la casa por completo y limpiarla a fondo. El fontanero había estado el día anterior y al fin tenía agua caliente para ducharse, un lujo que había echado de menos dado el frío que precedía al invierno.

Ese día se levantó temprano para recibir al camión de mudanzas. Varias horas después, y tras acarrear docenas de cajas y algunos muebles, se encontraba agotado, sudado y lleno de polvo. Tras comer un sencillo sándwich se adentró en el salón y se sentó en el sofá individual que se había salvado de acabar en el contenedor que había contratado para deshacerse del resto de muebles. Se había enamorado de él de inmediato; la piel ajada de color marrón no decía mucho, pero cuando lo probó resultó ser muy cómodo.

Todos esos días se había mantenido ocupado con la única intención de no pensar. Cada día de esa semana había llamado a Alice para poder concertar una cita para conocer a Emily, pero siempre había recibido una negativa por su parte. Había esperado que tarde o temprano Candance diera su brazo a torcer, pero parecía que no estaba dispuesta a darle una oportunidad. Había hablado con Alice, evitando enfrentar directamente a Candance, pero la buena mujer siempre le daba la misma respuesta: «Aún no». Empezaba a perder los nervios, e incluso se había planteado la opción de contratar a un abogado para emprender las acciones legales necesarias.

Estaba sumido en esos pensamientos cuando el sonido de su móvil le sobresaltó. Lo sacó del bolsillo de su sudadera y accionó el botón verde para recibir la llamada.

—Kane Sullivan —dijo con voz firme.

—Buenas tardes, señor Sullivan, soy Jordan Parker.

Kane se incorporó en el sofá antes de hablar.

—Buenas tardes, señor Parker, esperaba su llamada.

Cuando había descubierto la situación del viejo granero, que había pensado reformar para crear las habitaciones necesarias para los chicos, comprendió que tendría que recurrir a alguna empresa de reformas que pudiera hacer el trabajo. Tras mucho buscar, la más cercana y la que más le convenció fue la de Jordan Parker.

—Perdone —se disculpó el hombre al otro lado de la línea—, he estado muy ocupado estos días, pero ya tiene toda mi atención.

—Me gustaría que viniera a la vieja granja Cameron, tengo un proyecto que me gustaría que llevara a cabo.

—Por supuesto, mañana a primera hora estaré allí —afirmó Jordan.

—Pues hasta mañana, señor Parker —se despidió Kane antes de cortar la llamada.

Parecía que poco a poco las cosas empezaban a rodar. El proyecto en el que había invertido todos sus ahorros y fuerzas estaba más cerca que nunca, pero la imposibilidad de tener contacto con su sobrina estaba ensombreciendo todos sus logros para empezar una nueva vida.

Alice se sentía agotada tras un largo día de trabajo. Cuando atendió al último paciente se dirigió a la sala de curas para revisar si había que reponer algo en las estanterías. Cuando hubo colocado las vendas y el instrumental estaba esterilizado, decidió ir a la sala de descanso hasta que el reloj marcara su hora de salida.

Sintió una punzada en la sien y supo que el dolor de cabeza no tardaría en llegar. Cogió una taza de un armario cercano y lo llenó de agua para prepararse una infusión. Era amante de la cafeína, pero llevaba varios días evitándola para no acabar más nerviosa de lo que ya estaba.

Poco después, se encontraba sentada en una silla frente a la pequeña mesa blanca. Tenía una taza en una mano, y con la otra se frotaba la frente. Ni siquiera se percató de que la puerta se abría y alguien entraba.

—Señora Mayer... —exclamó Robert Crawford, pero al descubrir la postura de la mujer se aproximó a ella y ocupó una silla a su lado—. Alice, ¿qué sucede? —preguntó mientras acariciaba su espalda.

La aludida se sobresaltó y giró su rostro para clavar su mirada en el rostro de Robert. Hubiera querido mentirle, decir que todo iba bien, pero él la conocía demasiado. Llevaban saliendo cerca de un año y en ese tiempo había descubierto que aquel hombre parecía leerle la mente.

—Es Candance, no hay manera de que entre en razón —dijo frustrada.

Robert frunció el ceño ligeramente y deseó borrar aquella expresión de angustia del rostro de Alice. Estaba al corriente de la situación y sabía que era de lo más peliaguda, pero no podían obsecarse en no dejar que Sullivan tuviera relación con Emily, eso no solucionaría nada. Había dado muchas vueltas al asunto y temía que en cualquier momento aquel hombre decidiera litigar por la niña de forma legal.

—Alice, esto no puede seguir así —expresó sus dudas mientras acariciaba con las yemas de sus dedos la tersa mejilla de la mujer.

—Lo sé, ¿pero qué puedo hacer? Lo he intentado todo.

Robert medito durante largos minutos y finalmente tomo una determinación.

—Hablaré con ella.

—No sé si es buena idea —dudó Alice, temiendo que su hija, en el estado de nervios que se encontraba, diera una mala contestación a Robert. No quería perderle ahora que lo había encontrado.

—No te preocupes por mí, amor. Conozco bien a Candance, llevo mucho tiempo combatiendo con su temperamento. Sabes que a mí suele hacerme caso.

Alice sabía que Robert tenía razón. Cuando Kevin enfermó y descubrieron el cáncer de páncreas, Robert se implicó con ellas al cien por cien. Durante largos meses trató a Kevin, incluso, al final de su enfermedad fue de madrugada a ponerle las inyecciones para evitarle el dolor que atravesaba el cuerpo de su yerno. Fue entonces cuando surgió algo entre ellos. A veces se sentía culpable por haber encontrado el amor mientras el marido de su hija se consumía, pero el destino era caprichoso.

—Está bien —aceptó. Confiaba en Robert como nunca lo había hecho en nadie. Si él no podía hacer que Candance entrara en razón, nadie lo conseguiría.

—Y ahora vete a casa, deberías descansar.

—Pero habíamos quedado para cenar —rebatió Alice.

—No te preocupes por eso, podré apañarme. Tengo una gran colección de comida precocinada en el frigorífico —dijo Robert guiñándole un ojo.

Alice no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

—Gracias, Robert, no me cansaré de agradecer al Todopoderoso que te pusiera en mi camino.

—Y mira que no me lo pusiste nada fácil —replicó él con humor antes de besar amorosamente la punta de su nariz—. Y ahora tengo que volver al trabajo.

CAPÍTULO 14

Hannah suspiró pesadamente mientras ojeaba el pedido que había hecho Candance. No solía hacerlo, pero dada la situación en la que se encontraban en los últimos días decidió echar un vistazo. No sabía lo que le pasaba a Candance, pero cada vez estaba más despistada y algunos de sus errores estaban afectando al negocio.

—Candance, este pedido está incompleto —dijo Hannah, que estaba subida en uno de los taburetes altos, revisando las hojas de papel que tenía ante sus ojos.

La aludida, que en aquel momento estaba recogiendo las últimas mesas, se giró y se dirigió a la barra con paso cansado.

—¿Y por qué? —inquirió colocándose frente a Hannah.

—Has pedido solo seis cajas de café, y al menos necesitaremos ocho. Recuerda que este fin de semana hay una convención en el hotel Wilson. Siempre que hay una, la cafetería se desborda.

Candance se frotó la frente con cansancio y se dejó caer en un taburete junto a su amiga. Hannah tenía el ceño fruncido y lo comprendía, los últimos días no habían sido fáciles para ella y estaba repercutiendo en su trabajo.

—Lo siento —fue lo único que pudo expresar.

Hannah, al ver la angustia reflejada en su rostro, no dudó en atrapar la mano de su amiga entre sus dedos.

—¿Por qué no me cuentas de una vez lo que sucede?

Candance bajó la mirada y la clavó sobre la barra. No había querido contárselo a Hannah porque no quería angustiarla con sus problemas y, por qué no decirlo, porque no tenía ni las fuerzas ni los ánimos para hablar sobre ello. Pero estaba claro que no podía posponerlo más.

—Se trata de Kane Sullivan.

—¿El militar? —inquirió Hannah enarcando una de sus cejas. No entendía nada y así se lo hizo saber—. ¿Qué tiene que ver ese hombre con lo que te pasa?

—Kane Sullivan es el tío de Emily —confesó con esfuerzo.

—¿Qué? —boqueó Hannah incrédula.

—Era el hermano del novio de mi hermana. Nos conocimos cuando Jenna comenzó a salir con Chad, entre los dos intentamos que dejaran su relación, pero no sirvió de mucho. Y después, ya sabes lo que pasó.

—¿Y por qué ha venido a Green Lake?

—Quiere conocer a Emily, tener relación con ella.

—¿Y cómo es que no ha venido en todo este tiempo? —inquirió Hannah ceñuda.

—Yo no se lo permití —confesó Candance mientras se frotaba las manos nerviosamente mientras mantenía la cabeza gacha.

«Aquí pasa algo más», se dijo Hannah mientras estudiaba a su amiga.

—Candance, haz el favor de mirarme a la cara —le exigió.

Tras unos segundos de espera, Candance elevó su rostro y se enfrentó a la mirada inquisitiva de su amiga.

—¿Por qué no le dejarte que se acercara a la niña? No es propio de ti. ¿Qué escondes

realmente?

Candance se mordió el labio inferior, dudando entre la mentira y la verdad. Era el problema de tener una amiga que te conocía tan bien.

—Por favor, no te molestes en intentar engañarme —le rogó Hannah, como si hubiera leído sus pensamientos.

—No quería que se acercara a Emily, ni a mí. En el pasado hubo algo entre nosotros.

Hannah abrió los ojos ampliamente y abrió la boca con sorpresa. Se hubiera esperado cualquier cosa, pero nunca esa confesión. Conocía a Candance desde hacía cerca de seis años, desde el primer momento conectaron y en su fuero interno siempre envidió la relación que mantenía con Kevin.

—Candance, ¿lo dices en serio? —inquirió sin poder dar crédito a la confesión de su amiga.

—Sí, maldita sea, lo es —exclamó Candance—. Fue todo un error, solo sucedió una vez pero lleva todo este tiempo mortificándome. Cuando me llamó tras la muerte de Chad, sabía que quería saber de Jenna, del niño que esperaba, pero yo temía que quisiera hablar de lo que pasó aquel día en casa de mi madre y por eso no le cogí nunca el teléfono. Tenía miedo —confesó con angustia—, yo entonces salía con Kevin, le amaba, y no quería que todo se desintegrara por un error.

Hannah, más respuesta tras la sorpresa inicial, meditó largamente sobre los acontecimientos que se habían producido en la vida de Candance. Ahora comprendía su comportamiento de la última semana. Pero si su amiga quería seguir adelante debía tomar determinaciones, no podía vivir eternamente con esa angustia.

—A ver —comenzó a hablar mientras unía sus manos en forma de ruego—, analicemos la situación. Ese tal Sullivan ha dejado su carrera militar y ha decidido montar un albergue juvenil aquí, supongo que con la única intención de estar junto a su sobrina, su única familia, por lo que tengo entendido.

—Sí —respondió Candance.

—Solo quiere eso, conocer a Emily. ¿Qué problema hay en ello? —inquirió, sin amilanarse ante la mirada torva que Candance le dedicó.

—No pienso permitir que me la arrebate.

—¿En algún momento él te ha dicho que esa sea su intención? —intentó razonar Hannah. Ella lo veía desde otra perspectiva muy diferente a la de Candance.

—No, la verdad es que no hemos hablado de ello.

—Eso me imaginaba —replicó Hannah con una media sonrisa.

—¿A qué te refieres? —inquirió Candance con voz molesta.

—Pues que conociéndote, estoy segura de que ni tan siquiera le has dado la oportunidad de explicarte lo que quiere exactamente.

—Hannah, recuerda que eres mi amiga —le recriminó.

—Y las amigas también están para decir la verdad. ¿Qué echasteis un polvo maravilloso que no has logrado olvidar? Genial, pero eso pasó hace años. Actualmente sois dos adultos que debéis poneros de acuerdo por el bien de Emily. Ahora que Kevin no está, creo que una figura masculina no le vendría mal a la niña. ¿No crees?

—Está Robert —intentó rebatir Candance.

—Robert Crawford es un buen hombre, y adora a tu madre, pero es más bien como un abuelo. No es lo mismo. Deja de ser tan egoísta.

—¡No soy egoísta! —protestó Candance sulfurada.

—Sí que lo eres, y en el fondo lo sabes. Solo piensas en lo que tú sientes sin pararte a pensar

en lo que Emily necesita, y eso no es justo.

Candance iba replicar a las palabras de Hannah cuando unos golpes en la puerta las sobresaltaron a ambas. Hacía medía hora que habían cerrado y no esperaban a nadie.

Hannah fue la primera en reaccionar, se acercó a la entrada y descubrió que se trataba de Robert, que esperaba al otro lado del cristal con el anorak abrochado hasta el cuello y con el rostro contraído por el frío. Sin dilación giró la llave y abrió la puerta para que el hombre pudiera entrar.

—Señor Crawford, ¿qué hace aquí? —preguntó confusa.

—Tengo que hablar con Candance —dijo llanamente.

—Claro, pase, por favor —le invitó Hannah.

Robert traspasó el umbral de la puerta y se encaminó al mostrador, donde Candance le observaba con una mirada no muy amistosa. Hannah volvió a cerrar la puerta y le siguió de cerca.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Candance directa.

—He venido a hablar contigo —respondió el hombre mientras bajaba la cremallera del anorak y se lo quitaba, agradeciendo el calor del interior del local.

—Bueno, yo ya me marcho —dijo Hannah mientras rescataba su abrigo de una percha cercana. Estaba claro que el señor Crawford venía a darle un tirón de orejas a Candance y prefería no estar presente.

—Claro, no te preocupes —contestó su socia.

Robert esperó hasta que estuvieron solos para expresar lo que le había llevado allí. Sabía que con Candance lo mejor era ir de frente, no era una mujer de medias tintas a la que le gustara andarse por las ramas.

—Candance, no puedes alargar más esta situación.

—¿Mi madre ya te ha ido con el cuento? —inquirió Candance molesta.

—Está cansada y nerviosa, apenas duerme por las noches. No puedes pensar solo en ti.

—Eres la segunda persona en este día que me acusa de ser egoísta.

—Quizás sea porque es verdad. Comprendo que no tengas mucho aprecio a ese hombre después de todo lo que pasó, pero tiene tanto derecho como tú a tener una relación normal con tu sobrina. No tienes ningún derecho a negárselo. Y mucho me temo que como sigas comportándote de esta forma, acabará por tomar medidas drásticas.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si ese hombre se cansa y decide emprender medidas legales?

—¿Que lo haga! —vociferó fuera de sí.

—Claro, seguro que es lo mejor para Emily después de todo lo que ha sufrido.

Candance sintió cómo todo el peso de la culpa recaía sobre sus hombros. Aunque le costara aceptarlo, Robert tenía razón. Emily había considerado a Kevin como a un padre, y había sufrido al verle consumirse tanto como ella. Con sus apenas seis años había logrado asimilar la situación, y después de un año casi había vuelto a ser la niña alegre de antaño. ¿Qué derecho tenía ella a ponerla nuevamente en una situación dura, de esas que solo deberían vivir los adultos, por simple cabezonería?

—Está bien, lo pensaré —pronunció con esfuerzo.

—¡Esa es mi chica! —proclamó Robert mientras acariciaba la mejilla de Candance—. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Yo no lo tengo tan claro —afirmó Candance ceñuda.

—Hazme caso, sabe más el diablo por viejo que por diablo —replicó Robert guiñándole un

ojo—. Y ahora te dejo, que tengo ganas de llegar a casa. Mañana tengo que madrugar.

Candance abandonó la banqueta que había ocupado y se abrazó fuertemente a Robert, que le devolvió el gesto.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti por llegar a mi vida, si no, no hubiera conocido a la mujer más maravillosa sobre la faz de la tierra.

Candance no pudo evitar sonreír ante su afirmación. Robert Crawford era un buen hombre, y se alegraba de que su madre fuera feliz gracias a él. Al principio de su relación no se lo puso nada fácil, quería a su madre sobre todas las cosas y temía que aquel hombre le hiciera daño, pero en el tiempo transcurrido había demostrado que sus sentimientos eran auténticos.

Diez minutos después de la marcha de Robert, Candance apagó la luz y cerró la puerta de la cafetería con llave. Un frío gélido la recibió y subió el cuello de su abrigo para protegerse hasta que alcanzó su coche.

Cuando llegó a casa se sorprendió al descubrir a su madre y a Emily en el sofá, tapadas con una manta y absortas en la película. Entonces cayó en la cuenta de que era viernes y la niña no tenía colegio al día siguiente.

—Buenas noches —saludó a ambas mientras se deshacía del abrigo y el gorro y los colgaba en el perchero de la entrada.

—Llegas tarde —dijo Emily clavando la mirada en su tía—. Te has perdido el principio de la película.

Candance se acercó al sofá y se sentó en un costado antes de abrazar a la niña y depositar un beso en su coronilla.

—Tenía que hacer recuento —mintió mientras cogía el mando de la televisión y congelaba la imagen.

—¿Qué haces, tía Candance? —exclamo la niña molesta.

—Tengo que hablar contigo.

Alice giró su rostro y clavó su mirada en el rostro de Candance. Sin que su hija pronunciara una palabra, supo que había llegado el momento. Robert había conseguido en una sola conversación lo que ella llevaba intentando días.

—¿No podemos esperar a que acabe la película? —refunfuño Emily mientras se cruzaba de brazos.

—Cariño, es importante. Tengo que darte una noticia.

—¿Qué noticia?

—¿Te acuerdas de que alguna vez te he hablado del hermano de tu padre? —inquirió Alice, dispuesta a echar una mano a Candance, que parecía desorientada.

—Sí, el tío Kane.

Candance se vio sorprendida por la respuesta de Emily. No recordaba haber nombrado a Kane ante ella en ningún momento. Estaba claro que su madre le había ocultado muchas cosas.

—Pues tu tío Kane se ha venido a vivir a Green Lake.

—¿De verdad? —preguntó la niña con euforia.

Candance tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta. Sentía librarse en su interior una batalla campal. Por un lado estaba enternecida por la expresión de ilusión que iluminó el rostro de su sobrina; por otro lado la acuciante sensación de pérdida la asoló. Emily ya no sería solo para ella, tendría que compartir su cariño con Kane, y no sabía si estaba preparada para eso.

—Sí, cielo —respondió Alice aliviada ante la reacción de la niña.

—¿Y cuándo le voy a conocer?

—Pronto, muy pronto —respondió Alice, intercambiando una mirada con su hija, que parecía lívida—. ¿Verdad, Candance?

—Claro —replicó la aludida mientras pintaba en sus labios una sonrisa que no sentía.

CAPÍTULO 15

Aquella mañana, Candance se dirigió a la granja de Kane para hablar con él. Después de un fin de semana meditando sobre cómo afrontar aquella conversación, creía estar preparada. Su madre se había ofrecido a ir en su lugar, pero Candance se había negado rotundamente. Tenía que asumir que Kane formaría parte de su vida y de la de Emily a partir de entonces y lo mejor era empezar cuanto antes.

Toda la valentía y positividad que la habían acompañado a lo largo del trayecto desde Green Lake hasta la granja, se esfumaron como por arte de magia cuando aparcó junto a la casa. Notó cómo se le revolvía el estómago y su corazón comenzaba a latir aceleradamente, como cuando iba a la universidad y tenía un examen importante.

Descendió del coche con paso inseguro y le recibió un aire gélido. El mes de noviembre daba comienzo y las nieves no tardarían en llegar. Con paso inseguro, se acercó a la casa y subió los dos escalones del porche para llegar a la puerta. Llamó con los nudillos en dos ocasiones, pero al no recibir respuesta, dudó. Se giró sobre sí misma y comprobó que el todoterreno de él estaba a escasos pasos, lo que quería decir que no debía andar muy lejos. Tenía la opción de irse y dejar aquel asunto para otro momento, pero estaba segura de que en cuanto llegara a casa, Emily la acribillaría a preguntas sobre su tío y su futuro encuentro.

Indecisa, finalmente se animó a husmear por la zona, con la esperanza de que Kane anduviera cerca. Se dirigió al viejo establo y entró en su interior. Descubrió una enorme nave con techos que al menos debían medir cinco metros y por donde entraba una tenue luz gracias a unas pocas ventanas situadas a los costados. Luego merodeó por los extensos campos que lo rodeaban y no vio ni rastro de él. Regresaba a su coche, con la intención de marcharse, cuando un sonido seco y rítmico llamó su atención. Rodeó la vieja casa y en la parte trasera descubrió a Kane.

Se aproximó un poco más y estudió la imagen frente a sus ojos. Había una alta pila de maderos a un costado y Kane, con un hacha entre sus manos, se afanaba en cortarlos. Era una acción mecánica, precisa, y Candance se sintió hipnotizada por sus movimientos. Él solo vestía los vaqueros, unas botas de piel y un jersey marrón de cuello vuelto. Parecía no tener frío a pesar de las bajas temperaturas y los músculos de sus brazos se perfilaban perfectamente, como si la lana fuera una segunda piel. Aferraba fuertemente la empuñadura del hacha entre sus dedos y con un movimiento diestro alzaba sus brazos sobre su cabeza antes de asestar un certero golpe que partía por la mitad los troncos de una sola vez. Su rostro mostraba concentración, su pelo oscuro se mecía gracias al viento y sus mejillas estaban sonrojadas. Parecía perdido en sus propios pensamientos, pero por sorpresa giró la cabeza y clavó sus penetrantes ojos grises en ella, provocando que el corazón de Candance dejara de latir por unos instantes.

Kane había decidido pasar la mañana cortando madera para la chimenea, ya que era la única fuente de calor que tenía por el momento y el invierno avanzaba sin misericordia. Su segunda pretensión había sido descargar la adrenalina que recorría sus venas.

A pesar de que había pensado que cambiar la ciudad por el campo sería beneficioso para su estado de ánimo, ya no estaba tan seguro. Había puesto todas sus esperanzas en aquella vieja

granja situada en medio de la nada, pero las cosas no iban como había esperado. Hacía unos días que se había citado con Jordan Parker y habían intercambiado ideas respecto a su proyecto. El tal Parker parecía un buen tipo, habían conectado desde el principio. Tras ultimar los detalles, el constructor le aseguró que él se encargaría de los planos para presentarlos en el pleno del ayuntamiento. Pero el día anterior le había llamado para comunicarle que las cosas podían complicarse, que al parecer algunos ciudadanos no estaban muy contentos con su proyecto y eso podía retrasar sus planes. En aquel momento se sintió furioso, cansado, como si estuviera viviendo nuevamente en Chicago, en aquel viejo apartamento, soportando las miradas desdeñosas de la gente cuando salía del barrio donde se había criado. Parecía que las cosas no iban a cambiar en Green Lake.

Tampoco ayudaba mucho el asunto de su sobrina, a la que aún no había logrado conocer. Esa era el principal motivo por el que se había mudado a aquel pequeño pueblo de Kentucky, pero al parecer, nada de lo que había planeado podía ser fácil ni transcurrir sin problemas. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado en su vida?

Con cada golpe que asestaba, solo lograba que su cuerpo se cansara, pero no desfogar la ira que le recorría. Estaba a punto de dar un nuevo golpe cuando por el rabillo del ojo descubrió que había alguien junto a la casa. Cuando giró su rostro y clavó su mirada en el lugar descubrió que se trataba de Candance. En aquel momento tenía el hacha en alto, y la dejó caer contra el tronco que esperaba su sentencia. Luego se sacudió las manos y se dirigió a ella con paso firme.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con voz acerada.

Candance, que no esperaba su expresión huraña ni la ira de su voz, tardó unos segundos en recomponerse y ser capaz de articular palabra.

—Tenemos una conversación pendiente —pudo pronunciar al fin.

—¿Sobre qué?

—Emily —respondió Candance escuetamente.

—¡Maravilloso! —proclamó Kane mientras aplaudía teatralmente—. Por fin la señorita Mayer, o como quiera que te apellides ahora, se ha dignado a hablar conmigo.

Candance se sintió sobrecogida con su actuación. Conocía a Kane, sabía que no era un hombre que se caracterizara por su buen humor o un talante amistoso, pero aquel sarcasmo la molestó sobremanera y así se lo hizo saber.

—Kane, he venido en son de paz, pero si no te interesa saber lo que he venido a decirte me marchó. —Tras soltar estas últimas palabras se giró y comenzó a caminar aceleradamente por el lateral de la casa, en dirección a su coche. No tenía por qué soportar el mal genio de él.

«Maldita sea», pensó Kane mientras se pasaba los dedos por el pelo, revolviéndolo. Acto seguido la siguió. Se estaba comportando como un estúpido, ahora lo sabía. Pero al verla había recordado su rechazo, su negativa a hablar con él, y no se engañaba, no solo era por la cuestión de Jenna por lo que había intentado contactar con ella. El motivo real había sido lo que había sucedido entre ambos. No había sido algo premeditado, y cien veces se dijo que había sido un error, pero en todos aquellos años no había podido olvidar lo que había sentido al hacer el amor con ella.

Candance estaba a punto de llegar al coche cuando una fuerte mano aferró su brazo y la hizo girarse para quedar frente a Kane. Tuvo que elevar el mentón para poder observarle.

—Candance, perdona —dijo Kane, aunque no tenía demasiadas esperanzas ya que si las miradas pudieran matar, él ya estaría fulminado en el suelo.

—No tienes ningún derecho a tratarme así —le reprochó ella con voz siseante mientras se

deshacía de su agarre.

—Lo sé, y lo siento, ¿podemos empezar de cero? —rogó Kane, aunque no estaba acostumbrado a ello.

Candance achicó los ojos hasta formar dos pequeñas ranuras y sopesó la situación. «No se trata de ti, si no de Emily. No puedes decepcionarla», se recordó.

—Está bien —respondió a regañadientes.

—Vamos dentro, aquí hace frío —dijo Kane mientras indicaba la puerta de la vivienda con un gesto de la mano.

Candance asintió con la cabeza y le siguió. Nuevamente, no pudo evitar admirar su cuerpo, su ancha espalda y su forma de caminar, que le recordó a la de una pantera.

Al entrar al interior un suave y reconfortante calor le dio la bienvenida. No había recibidor, se entraba directamente al salón, donde unos troncos crepitaban en la gran chimenea de piedra en la pared central.

—¿Quieres un café? —ofreció Kane servicial.

—Sí, estaría bien —respondió Candance, deseando deshacerse de su presencia.

—Ahora vengo, ponte cómoda.

Candance suspiró de alivio cuando él desapareció del amplio salón. Eso le daba una tregua temporal. Necesitaba unos minutos en soledad para recuperarse del primer asalto. Más serena, comenzó a desabotonar su abrigo y se lo quitó. Tras dudar acerca de dónde colocarlo, ya que no veía ningún perchero a la vista, finalmente lo dejó sobre un viejo sillón individual situado junto a la chimenea. Sus ojos recorrieron la estancia con curiosidad y se detuvo en el papel de pared que forraba los muros. Era un motivo floral opaco y triste, como si el tiempo le hubiera robado todo color. La estancia era grande, pero apenas tenía muebles a parte del pequeño sofá, una mesa baja con un televisor de plasma y una mesa ovalada con dos tristes sillas que la flanqueaban.

—Aquí está el café —le sobresaltó Kane, que ya había regresado y colocaba las dos tazas sobre la mesa—. Siéntate, por favor —le indicó mientras señalaba una de las sillas y él ocupaba otra.

Candance asintió con la cabeza y se dirigió a la silla que él le indicaba.

—Eres muy amable —replicó con cortesía mientras aferraba la taza entre sus manos, agradeciendo el contacto de la superficie caliente.

Ambos dieron un sorbo a sus respectivas bebidas y durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que finalmente Kane se animó a hablar.

—¿Cuál es el motivo de tu visita? —inquirió antes de dejar su taza sobre la mesa.

—He tomado una decisión respecto a Emily.

Kane contuvo el aliento por un momento.

—¿Y cuál es esa decisión?

—No tengo ningún derecho a privarla de ti. Tiene derecho a conocerte y a pasar tiempo contigo. Al fin y al cabo eres su familia, el único vínculo con su padre.

Kane sintió una sensación extraña en su pecho y un hormigueo se instaló en su estómago. Hacía tanto tiempo que no se sentía feliz que le costaba identificar los síntomas.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Candance tras unos minutos de silencio.

—Gracias —fue la escueta respuesta de Kane.

Candance se vio sorprendida al descubrir que su voz ondulaba, y fue testigo de cómo poco después tragaba saliva. A pesar de que siempre había considerado a Kane un hombre duro y frío, al parecer tenía un corazón que sentía. Dispuesta a desechar esa sensación de ternura que le había

provocado la reacción de Kane, siguió con el discurso que llevaba todo el fin de semana preparando.

—He pensado que lo mejor, hasta que os conozcáis mejor, es que veas a la niña los fines de semana en compañía de mi madre.

—¿Me vas a poner una niñera? —soltó Kane molesto.

—¿Tienes alguna experiencia con niños? —replicó Candance con el ceño fruncido—. Te aseguro que no es nada fácil.

Kane dudó, pero finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo, se hará como tú digas.

—Bien —replicó Candance aliviada mientras acababa con los restos de su café—. Gracias, estaba bueno —dijo mientras movía la taza ante sus ojos antes de dejarla sobre la mesa—. Ahora tengo que irme —explicó mientras dejaba su asiento y rescataba su abrigo del sofá.

Kane no se movió ni un ápice, con la mirada clavada en Candance. En los años transcurridos no había cambiado mucho. En aquel momento vestía con unos *jeans* azules que se ajustaban a sus piernas como una segunda piel y su pecho iba cubierto por un llamativo jersey de color rojo que iluminaba su rostro. Su cabello, aquel que una vez cogió entre sus dedos mientras le hacía el amor, iba recogido en un moño.

—Te llamaré esta semana para avisarte de cuándo puedes ver a Emily —dijo Candance mientras abrochaba el último botón de su abrigo negro.

Kane abandonó su silla y acompañó a Candance hasta la puerta en un acto de cortesía. Ahora ambos estaban frente a la puerta, uno junto al otro, pero sin mirarse.

—Gracias, Candance —repitió Kane, sorprendiéndose a sí mismo.

La aludida, que hasta el momento había procurado ignorarle, giró su cabeza y se encontró con su mirada gris. Por un instante, con sus miradas unidas, el recuerdo de lo sucedido entre ambos la asoló, y con desesperación atrapó el pomo entre sus dedos y apartó la mirada.

—Adiós, Kane —dijo antes de salir atropelladamente, cerrando la puerta a su espalda.

—¡Maldita sea! —masculló Kane mientras se apoyaba sobre la hoja de madera y cerraba los ojos por unos instantes.

Cuando sus miradas se habían unido, había viajado al pasado para rememorar lo que había sucedido entre ambos. En ese momento, algo que siempre había estado en su pecho le hizo percatarse de que Candance significaba para él más de lo que imaginaba. Ahora sabía que había intentado engañarse a sí mismo porque aquella mujer de mirada leonada nunca había abandonado su vida a pesar de la distancia y el tiempo.

Años atrás, después de salir de aquella casa, tras hacer el amor con Candance, algo parecido a la esperanza surgió en su corazón. Incluso se permitió soñar con la posibilidad de ser feliz. Sabía que ella tenía novio, que era más lo que les separaba que lo que les unía. Pero algo en su mirada mientras estaba en su interior le decía que Candance había sentido lo mismo que él. Había sido como tirarse a un precipicio sin paracaídas, como tocar el cielo con los dedos. Pero todo se derrumbó como un castillo de naipes cuando llegaron a su apartamento y descubrieron lo que había sucedido aquel fatídico día de otoño, hacía ya siete años.

CAPÍTULO 16

Kane observó su reflejo en el ajado espejo del baño y se acarició la mejilla para asegurarse de que no quedaba ni rastro de barba en su rostro. Luego alisó su camisa gris y se ajustó los *jeans* a las caderas. Con resolución, salió del cuarto de baño y descendió por las escaleras hasta llegar al perchero que había instalado el día anterior, de donde rescató su anorak. Se lo colocó y recogió el pequeño paquete envuelto en papel de color rosa antes de salir por la puerta.

Mientras conducía hacia Green Lake no hacía más que decirse que debía tranquilizarse, que solo iba a conocer a una niña de seis años que no le juzgaría. Pero debía reconocer que estaba más nervioso que en toda su vida. Se sobresaltó cuando el GPS le indicó que habían llegado, y oteó a su alrededor hasta dar con el cartel que indicaba la cafetería *Mayer & Parker*. Frunció el ceño al ver el segundo nombre que xerografiaba el cartel, y se preguntó si Jordan Parker, el encargado de su reforma, tendría algo que le ligara a aquel lugar.

Cuando Alice le había dicho que el encuentro se realizaría en la cafetería de Candance, no se sintió muy cómodo con la situación. Se sentía molesto porque ella había dejado toda aquella situación en manos de su madre, como si no quisiera tener ningún contacto con él. Aunque en parte no le extrañaba. Recordó entonces su primer encuentro, cuando ella llegó a su granja echa un basilisco tras descubrir su presencia en Green Lake. Él, llevado por la ira, le habló de su marido de forma sarcástica, y ella le cruzó la cara con un sonoro guantazo. Ahora sabía el por qué de su reacción. El día anterior, Jordan le había contado que el marido de Candance había muerto un año antes tras una larga y dolorosa enfermedad.

Molesto consigo mismo, sacudió la cabeza para olvidar aquel asunto. Debía sacar a Candance de su cabeza de una maldita vez, ahora lo importante era Emily.

«Ha llegado el momento», se dijo mientras abría la puerta y salía de su todoterreno. Tras insuflar aire a sus pulmones se encaminó con paso firme a la puerta de la cafetería y entró con ímpetu. Descubrió un pequeño local cuyas paredes estaban pintadas de un suave color azul cielo. Algunos cuadros de estilo *vintage* las adornaban. Una docena de mesas de madera, pintadas de blanco roto, se dispersaban por el local y sobre ellas reposaban pequeños tarros en forma de lágrima con flores secas. Por un segundo aquel lugar le recordó a la cafetería donde años antes compartió un café con Candance. Y, como si la hubiera llamado con el pensamiento, ella apareció por una puerta lateral y se quedó estática en el lugar, con la mirada clavada en él. Por un momento todo desapareció a su alrededor, solo existía ella y sus maravillosos ojos ambarinos.

—Kane, estamos aquí —le sobresaltó la voz de Alice, y al girar el rostro descubrió a la mujer sentada en una mesa junto a la ventana. A su lado estaba una pequeña de cabellos castaños y rizados y unos enormes ojos azules que le observaban expectantes.

Kane se aproximó a ellas y se sintió torpe. Depositó el paquete frente a la niña y le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Hola, Emily, soy tu tío Kane —saludó con una voz que no reconoció como propia.

—Kane, siéntate, por favor —le ofreció Alice con un gesto de mano. La sonrisa amigable que le dedicó la mujer le infundió los ánimos que necesitaba.

—Gracias, Alice —dijo mientras se sentaba entre ambas.

—No eres como te esperaba —sonó la voz de la niña, que no había apartado su mirada del rostro de Kane.

—¿Y cómo esperabas que fuera? —replicó Kane prestándole toda su atención.

—Más bajito, más gordo y más feo, cómo el tío de mi amiga Zoe —confesó la niña con sinceridad.

Kane tuvo que contener la risa que estuvo a punto de brotar de su boca, pero la voz de Alice se lo impidió.

—¿Emily! Eso no se dice, ¿no te hemos enseñado educación?

—¿Oh, abuela! —Replicó la niña con el ceño fruncido—. Siempre me dices que tengo que decir la verdad.

—Una cosa es decir la verdad y otra cosa es comportarse groseramente —balbuceó Alice a duras penas.

—¿Y qué hay ahí? —preguntó a Kane señalando el paquete envuelto de color rosa, ignorando expresamente las palabras de su abuela.

—Ábrelo y lo descubrirás —la instó él.

La niña saltó sobre el pequeño paquete y rompió el envoltorio con celeridad. Luego observó el pequeño cuaderno de tapas doradas y se tomó su tiempo antes de abrirlo. Ante ella apareció una foto de dos niños en un parque. Uno era más alto que el otro, y su brazo reposaba sobre sus hombros protectoramente.

—¿Quiénes son? —preguntó Emily elevando su mentón y clavando sus ojos azules en Kane, que se sintió sobrecogido al comprobar que los ojos de la niña eran idénticos a los de su hermano Chad.

—Mi hermano y yo —respondió, aunque tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta—. He hecho un álbum con fotos tuyas, de su vida. Pensé que te gustaría tenerlo.

—Gracias, tío Kane —le dijo la niña mientras pasaba las hojas ávidamente.

Al escuchar que le llamaba tío por primera vez sintió una honda emoción. Tuvo que parpadear varias veces para que la humedad que se había formado en sus ojos no escapara.

Candance espiaba todo lo que sucedía en la mesa desde su posición en la barra. Entre sus manos tenía una taza que llevaba secando más de diez minutos, pero no era consciente de ello.

Hannah, situada a su lado, la observó unos segundos, y luego volvió a dirigir su mirada a Kane Sullivan.

—La verdad es que está como un queso —expuso mientras se cruzaba de brazos y descansaba su trasero en la encimera situada a su espalda.

Candance se sobresaltó al escuchar la voz de Hannah, situada a pocos pasos de su persona. Tuvo que hacer malabares para que la taza no escapara de sus dedos.

—¿Hannah! Casi se me cae —le reprochó dejándola sobre el mostrador.

—Para el caso —contestó la aludida con el ceño fruncido—, estabas a punto de desgastarla con el trapo. Pero a lo que íbamos, ¿por qué no me habías dicho que estaba tan bueno?

—Hannah, no tiene ninguna gracia, ya vale —dijo mientras tiraba el trapo contra la encimera.

—Candance —la llamó su amiga mientras se acercaba a ella y enlazaba a su cintura para abrazarla—, perdóname, no quiero que te enfades, sé que estás nerviosa.

Ella se relajó y decidió dejar de prestar atención a la mesa donde se encontraban Kane y su familia.

—Todo va a salir bien, ya verás —la animó Hannah dándole un beso en su mejilla.

—No estoy tan segura de eso —replicó Candance al recordar lo que sentía cada vez que Kane estaba cerca.

Varias semanas después.

Emily abrió los ojos y sonrió al recordar que era sábado y que su tía Candance libraba aquel día. Con energía desbordante, echó hacia atrás el edredón de unicornios que le había regalado su abuela las navidades pasadas y se colocó las zapatillas de conejitos. Luego rescató la bata rosa del perchero y bajó las escaleras corriendo. Como esperaba, su tía ya estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, tía Candance —dijo mientras se lanzaba contra ella y se fundían en un fuerte abrazo.

Candance no dudó en estrechar a su pequeña entre los brazos y apoyó su rostro en la cabeza de Emily para poder aspirar su olor.

—Buenos días, cielo. Anda, siéntate mientras termino —le ordenó mientras volvía su atención a los huevos revueltos de la sartén.

La niña asintió y esperó pacientemente hasta que Candance dispuso sobre la mesa un succulento desayuno.

—Tía Candance, ¿te acuerdas de los planes de hoy? —preguntó Emily preocupada antes de llevar una cucharada de cereales a su boca.

—¿Alguna vez he faltado a una promesa? —inquirió la joven mientras revolvía la cuchara en su taza para disolver el azúcar.

—No, tía Candance.

—Pues desayuna rápido, así podremos irnos a patinar.

—¡Te ganaré! —exclamó la niña segura mientras daba otra cucharada a su bol.

Cuarenta y cinco minutos después habían desayunado y se habían vestido. Frente a la puerta de la cocina, Candance se aseguró de que Emily tenía el abrigo abrochado correctamente antes de colocar sobre su cabeza un gorro de lana de color rojo, a juego con la bufanda que protegía su cuello.

—¿Estás lista? —preguntó Candance.

—¡Por supuesto! —exclamó la niña con júbilo.

—¿Tienes los patines? —preguntó Candance, y tuvo que contener una sonrisa cuando la niña abrió sus ojos ampliamente y se llevó las manos a las mejillas.

—Están en mi habitación —contestó Emily pesarosa.

—Pues corre, ve a buscarlos —la instó, empujándola hacia las escaleras.

Estaba poniéndose su propio abrigo y el gorro que solía utilizar en invierno cuando unos golpes secos sonaron en la puerta. Sorprendida, se acercó y giró el pomo para abrir. Cuál no fue su sorpresa al encontrarse frente a Kane.

—¿Qué haces aquí? —preguntó incomoda.

No le había vuelto a ver desde su primer encuentro con Emily, que gracias a Dios había salido bien. Pero en las semanas transcurridas, la encargada de las reuniones entre tío y sobrina había sido su madre.

—El otro día quedé con Emily para ir a patinar.

«Emily no me ha dicho nada», pensó Candance frustrada. De haberlo sabido habría evitado la

situación a toda costa.

—¿Hay algún problema? —preguntó Kane.

—No, por supuesto que no —mintió Candance mientras se cruzaba de brazos sin percatarse.

A Kane no le pasó desapercibida la expresión molesta de Candance y su postura defensiva.

—Oye, sé que no te caigo demasiado bien —dijo sin rodeos mientras elevaba las palmas de las manos en alto, en señal de rendición—, pero hagamos un esfuerzo por nuestra sobrina. Por Emily.

Candance frunció el ceño, deseando mandar a Kane al infierno.

—¿Candance?

La aludida elevó su rostro y clavó su mirada en el de Kane, que mostraba una expresión suplicante. Pero no fue eso lo que más la afectó, si no la forma en la que pronunció su nombre. En su boca, con aquel tono, sonó especial. Iba a responder cuando el sonido del trote de Emily bajando la escalera se lo impidió. En pocos segundos, la niña estuvo junto a ellos.

—¡Has venido! —exclamó la niña mientras se aferraba a la pierna de Kane, que no tardó en agacharse para poder abrazar a su sobrina.

—Por supuesto, una promesa es una promesa.

Esas palabras trajeron a Candance recuerdos dolorosos. Conmemoró aquel momento perdido en el tiempo, cuando sentados en una cafetería cualquiera de Chicago le prometió que todo saldría bien, que él solucionaría la situación entre sus hermanos. Sabía que era una actitud infantil, que Kane nunca habría podido prever lo que sucedió, pero no cumplió su promesa, y por ese mismo motivo hizo lo posible para mantenerle apartado de su vida y de la de Emily todo el tiempo que le fue posible... hasta entonces.

—¿Nos vamos? —preguntó la niña clavando la mirada en ella, aferrada a la mano de Kane.

—Sí, por supuesto —contestó Candance mientras cogía su bolso antes de salir por la puerta.

—Vamos en mi coche —declaró cuando estuvieron en el exterior.

—Bien —replicó Kane.

Colocó a Emily en su silla de seguridad y luego se sentó en el asiento del conductor. Fue entonces cuando se percató de lo grande que era Kane, que parecía encogerse en su asiento. Estaba claro que no estaba acostumbrado a viajar en un coche tan pequeño. A su pesar, disfrutó de su incomodidad.

CAPÍTULO 17

Diez minutos después, Kane sentía los músculos de sus piernas agarrotados. Estaba deseando acabar con aquel trayecto de una maldita vez. De pronto, un sonido sordo salió del motor, y a pesar de saber que lo mejor era mantener la boca cerrada si quería llevar una convivencia tranquila con Candance, las palabras brotaron de él antes de poder evitarlo.

—Creo que tu coche necesita una revisión urgentemente. Eso que ha sonado es la caja de cambios. Si quieres le puedo echar un vistazo.

Candance, que estaba con la vista fija en la carretera, giró la cabeza con virulencia y clavó su mirada en él, molesta por su comentario.

—¿Ahora también entiendes de mecánica? —cuestionó ceñuda.

—Vale, lo he captado: en boca cerrada no entran moscas —expresó Kane.

—¿Por qué discutís? —preguntó Emily compungida, consciente de la tensión existente entre los adultos.

«Mierda», pensó Candance mientras volvía su atención a la conducción. Sabía que Kane solo intentaba ser amable, y ella había estallado como si alguien hubiera encendido una mecha en su trasero. Hasta Emily se había percatado. Debía controlar la animadversión que sentía hacia Kane si no quería tener problemas con su sobrina.

—No pasa nada, cielo —expresó con una fingida sonrisa—. Kane, gracias por tu ofrecimiento. Cualquier día de estos —añadió, aunque ambos sabían que esa ocasión no se materializaría.

Kane se sintió aliviado cuando llegaron a la pista de patinaje, situada en un claro del bosque donde en verano había un pequeño lago que daba nombre al pueblo. El paisaje que los rodeaba era espectacular. Flanqueando el lugar había altos pinos cuyas ramas estaban teñidas de blanco. Junto a la pista de hielo había varios bancos de madera y, cerca de la zona donde los coches aparcaban, se ubicaba una pequeña caseta donde se alquilaban patines.

—¿Vamos? —inquirió Candance, que le esperaba con una bolsa de lona en una mano y la niña aferrada en la otra.

—Claro.

Candance y Emily iban por delante de él, y Kane no pudo evitar sentir cierta ternura con aquella escena cotidiana. Parecían madre e hija, y eso le hizo recordar uno de sus sueños frustrados: formar una familia junto a la mujer adecuada.

Candance localizó un banco vacío e indicó a Emily que se sentara. Se arrodilló frente a la niña y le quitó las botas, sacando los patines de la bolsa de lona. Después de ajustar los cordones se incorporó y ayudó a Emily a ponerse en pie.

—Amor, ¿estás preparada? —preguntó, dedicándole una maravillosa sonrisa que iluminó su rostro.

Kane fue testigo de la transformación que se produjo en su cara.

—Lista —respondió Emily antes de clavar su mirada en su tío—. Tío Kane, ¿tú no patinas? —le preguntó observándole atentamente.

—No —respondió este, no quería confesar que tenía miedo. En su vida había patinado, y menos sobre hielo.

—¿Y eso por qué?

Candance escuchaba la conversación entre tío y sobrina mientras se ponía sus patines. No le pasaron desapercibidas las palabras de Kane, estaba claro que no tenía ningún interés en acercarse a la pista. Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios antes de hablar.

—¡Oh, vamos, Kane! Anímate.

Kane giró su rostro como un resorte y clavó su mirada en Candance con intensidad. Estaba claro que sabía que no quería patinar, y en aquel momento estaba disfrutando de ponerle en un aprieto.

—No tengo patines —contestó entre dientes.

—Ahí —dijo señalando la caseta situada a pocos pasos de donde se encontraban— te pueden alquilar un par a buen precio.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó la niña con ilusión.

—Está bien —aceptó Kane resignado—, ahora vuelvo.

Veinte minutos después, su trasero golpeaba el hielo por tercera vez. En esa ocasión permaneció ahí durante largos segundos, con los ojos cerrados y las nalgas tan doloridas como su orgullo. Pudo escuchar a pocos pasos las risas de Emily y Candance, que parecían disfrutar con la situación.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Candance mientras le tendía una mano.

Kane abrió los ojos y se incorporó, permaneciendo sentado. Observó con recelo a Candance, pero finalmente aferró la pequeña mano enguantada. Se sintió mejor cuando estuvo en pie.

—¡Emily! —se escuchó una voz infantil que se había acercado a ellos.

La aludida se giró, dejando de prestar atención a los adultos, dirigiéndola hacia la niña que se había situado a su lado.

—¡Zoe! —exclamó emocionada al reencontrarse con su mejor amiga.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó la recién llegada mientras señalaba a un grupo de niñas situado a poca distancia.

Emily estaba deseando irse con sus amigas, pero antes giró su rostro y clavó su mirada en Candance.

—¿Puedo? —pidió suplicante.

Candance dudó, por un lado le encantaba que su sobrina socializara, que compartiera tiempo con sus amigas, pero por otro lado no le apetecía nada quedarse a solas con Kane.

—Tía, ¿puedo? —insistió la niña al ver que Candance no respondía.

—Claro, puedes ir —aceptó finalmente.

Emily y su amiga no tardaron en desaparecer de su lado, dejando a Candance y Kane solos, en silencio, sin saber qué hacer o de qué hablar. El primero en romper el hielo fue él.

—Bueno —dijo con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo—, ya que estamos solos, ¿por qué no me enseñas a patinar? No quiero hacer más el ridículo.

Candance se sintió sorprendida por su extraña petición, pero prefería hacer de profesora que iniciar una posible conversación que podía ser incómoda.

—Está bien, vamos —dijo tendiéndole las manos—. Agárrate, yo te guiaré.

—Vale —replicó él aferrando sus dedos.

Al principio se sintió inseguro, temeroso de que ella no pudiera con su peso. Pero cuando el aire gélido acarició su rostro al coger velocidad se sintió volar. Incluso por un instante cerró los ojos disfrutando de la sensación. Poco después ya se sentía más seguro de sí mismo.

—Suéltame —solicitó, y pudo leer la duda en el rostro de Candance, pero finalmente hizo lo

que le pedía.

—Ten cuidado —no pudo evitar advertirle.

Candance se detuvo y estudió los movimientos de Kane. Hacía menos de media hora que se había subido a unos patines y ya se movía por la pista como un experto. A su pesar recordó la expresión de su rostro cuando ella le había guiado. Por un momento le había parecido un niño, con los ojos cerrados y una sonrisa franca dibujada en sus labios. Era el hombre más irresistible que había conocido, y ese pensamiento le hizo sentir culpable, obligándose a pensar en Kevin. «Tu marido, recuérdalo», se amonestó mientras se repetía una y otra vez que Kevin había sido el único hombre de su vida.

Kane cada vez se sentía más confiado, e incluso se atrevió a dar una pirueta, pero quedó claro que no estaba preparado cuando acabó estrellándose contra Candance, que permanecía quieta en un lado de la pista. El golpe fue tremendo, y ambos acabaron tirados en el suelo, en un revoltijo de brazos y piernas. Kane había logrado reaccionar a tiempo y había logrado que Candance cayera sobre su cuerpo, no sobre el frío hielo.

Tras la sorpresa inicial ninguno de los dos fue capaz de moverse. Sus rostros estaban a escasos centímetros y sus miradas permanecían unidas por un hilo invisible.

Candance era incapaz de apartar sus ojos del rostro masculino. Hacía siete años que no estaba tan cerca de él, y no pudo evitar que su corazón latiera aceleradamente. Sus facciones duras seguían siendo las mismas, pero unas leves arrugas delataban el paso del tiempo. Una barba incipiente cubría sus mejillas y su mentón. Sus sugerentes labios estaban entreabiertos, como esperando ser besados, y podía notar su cálido aliento sobre sus mejillas. Sintió la urgente necesidad de dejar descender su cabeza y acariciar con sus labios los de él. Cuando fue consciente de sus pensamientos sintió como si su cuerpo estuviera traicionando a su cabeza.

Kane notaba el cuerpo dolorido, y la herida de su pecho se resintió a pesar del tiempo transcurrido desde su misión en Siria. Notaba el frío del hielo ascender por su espalda, pero nada de eso le importaba. No podía apartar la mirada del rostro femenino, de aquellos pómulos altos y sonrojados, de aquellos labios que tanto extrañaba y que parecían estar hechos para ser besados. Pudo ver en sus ojos la duda, el deseo y luego el aturdimiento. Entonces supo que ella también le deseaba, pero que algo se interponía entre ambos. Ese descubrimiento hizo que su corazón palpitará fuertemente contra su pecho. «Quizás aún tengo una oportunidad», se dijo. Y entonces fue consciente de que Emily no había sido el único motivo por el que había ido a Green Lake. Candance siempre había estado ahí, en lo más profundo de su ser y ese pensamiento le impactó.

—Lo siento —logró balbucear Candance mientras se dejaba caer a un lado, apartándose del calor del cuerpo de Kane, y se ponía de pie con celeridad—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada al ver que él no se movía.

«Estaría mejor si siguieras encima de mí y hubiera podido besarte», pensó, pero su boca expresó algo muy distinto mientras se levantaba y se sacudía la nieve en polvo de la ropa.

—Sí, estoy bien. —Dibujó una sonrisa divertida en sus labios—. Está claro que lo mío no es el patinaje.

—Sí, será mejor dejarlo —replicó Candance, más relajada por el cambio que se había producido gracias al comentario de Kane, que había destensado la situación—. ¿Quieres un café? —le ofreció amablemente—. Tengo un termo en el coche.

—Me vendría genial —respondió Kane mientras ambos se dirigían al vehículo.

CAPÍTULO 18

La mañana del lunes se presentó movidita en la cafetería. Candance apenas había parado ni un minuto. Correteaba de una mesa a otra mientras Hannah le entregaba los pedidos que Chester le facilitaba a través de una pequeña ventana adosada en la pared junto a la barra. El olor a beicon, salchichas y huevo flotaba por el lugar. Dos horas más tarde, el local al fin comenzó a vaciarse, hasta que finalmente Hannah y Candance se quedaron solas tras la marcha de Chester.

—Por fin hemos acabado —exclamó Hannah mientras dejaba los últimos platos y tazas que había recogido de las mesas sobre la encimera, a la espera de que Candance los metiera en el lavaplatos.

—Sí, la verdad es que ha sido una mañana ajetreada —respondió ella concentrada en su labor.

—Y al final con tanto lío, no me has contado qué tal te fue ayer con Emily en la pista de patinaje —intentó Hannah entablar conversación.

Desde que habían abierto la cafetería aquella mañana, Candance estaba más reservada que nunca. Apenas había abierto la boca, y eso solo podía significar que algo le pasaba.

—Bien —respondió esta escuetamente.

—Me dijo mi hermano que Kane también había ido —soltó Hannah como si nada. No tardó en recibir lo que esperaba, llamar la atención de Candance.

—¿Tú hermano? —inquirió confusa.

—Hannah llamando a la tierra —exclamó teatralmente—. ¿Recuerdas que mi hermano Jordan es constructor y va a trabajar para Kane?

—Claro que lo recuerdo —replicó Candance con el ceño fruncido mientras golpeaba unas tazas con otras para que entraran en la bandeja del lavavajillas, a riesgo de desportillarlas—, no tengo amnesia. Lo que no entiendo es qué hace tu hermano cotilleando contigo respecto a Kane.

—La información es poder —replicó Hannah con malicia.

—Chismosa —pronunció Candance entre dientes.

—No, no, no. Estás intentando evadir mi pregunta. ¿Qué tal te fue con el *buenorro*?

—Kane no es un *buenorro* y, por si lo has olvidado, la única relación que hay entre nosotros es por Emily.

—Claro, y los cerdos vuelan —soltó Hannah con humor.

—¡Eres insufrible! —exclamó Candance mientras cerraba el lavavajillas con fuerza.

—Entonces, ¿por qué te pones de tan mal humor? —inquirió la aludida siguiéndola hasta la cocina.

—Porque no quiero hablar de Kane, y punto.

Hannah frunció el ceño, se cruzó de brazos y observó el rostro furibundo de su amiga, que en aquel momento estaba limpiando una encimera impoluta de la cocina.

—Es una lástima —prosiguió Hannah con su ataque—. Parece un hombre muy interesante. Jordan me contó que lleva varios años en el ejército. Ha participado en misiones importantes. Lástima que su carrera militar se truncara tan abruptamente.

—¿A qué te referes? —inquirió Candance, arrepintiéndose al ver la expresión de triunfo en el rostro de Hannah.

—Hace un año estaba en Siria. La misión era mediar en el conflicto, intentar que se mantuviera el alto el fuego. Pero esa tregua duró poco, apenas veinticuatro horas. El grupo de Kane protegía un convoy con cuatro ambulancias hasta Ras El Ain para llevar medicamentos y evacuar a los heridos cuando cayeron en una emboscada. Kane apenas recuerda nada, solo que llegó al sótano de un hospital en Tel Turner y allí le atendieron.

—¿Qué le paso? —preguntó con angustia mal disimulada.

—Una granada impactó en el coche que iba delante del suyo. Uno de los fragmentos le impactó en el pecho.

Candance se llevó la mano a la boca sin poder contenerse. La imagen de un Kane ensangrentado y herido se materializó ante sus ojos como un mal sueño. Intentó ponerse en su lugar y sintió que una honda tristeza se apoderaba de su alma al pensar en todo lo que habrían visto aquellos ojos grises atormentados.

—No sabía nada —expresó a media voz.

—Porque no te has tomado la molestia de conocerle, así que es imposible que pudieras saber qué ha sido de su vida en todo este tiempo.

Candance estaba a punto de responder a sus palabras cuando un murmullo de voces les alertó de que había nuevos clientes esperando en el comedor.

—Vamos, tenemos trabajo —resolvió Hannah mientras se ajustaba el delantal a la cintura y salía por la puerta de la cocina.

Candance tardó unos minutos en reaccionar, pero finalmente siguió a su amiga. Todo lo que su cabeza estaba intentando procesar respecto a Kane se borró cuando descubrió que los nuevos clientes eran las Súper Mamás, con Jacklyn a la cabeza.

—Todas tuyas —dijo Hannah a su lado mientras le tendía la libreta para apuntar—. Es tu familia política.

—Muy graciosa —replicó Candance frunciendo el ceño mientras se dirigía a la mesa como si se tratara del patíbulo.

Cuando Candance salió de la cafetería, y a pesar de estar agotada tras un largo día de trabajo, se dirigió al supermercado de Sophie. Le había prometido a Emily que le haría las galletas para las *Girl Scout*. Al día siguiente tenía que llevarlas a la asociación donde luego se repartirían a las niñas. En aquella ocasión, la recaudación serviría para comprar regalos para los niños más desfavorecidos.

Teóricamente, su madre era la que solía encargarse de hacer las galletas cuando Emily las precisaba, pero se había ido unos días de escapada romántica con Robert y ahora aquella obligación recaía sobre ella a pesar de que la repostería no era precisamente su fuerte.

Media hora después aparcó frente a la casa y abrió el maletero de su coche para sacar varias bolsas. Con esfuerzo, logró abrir la puerta trasera de la cocina y desplegó todos los productos sobre la encimera. Era la primera vez en su vida que se disponía a hacer galletas, y ya se arrepentía de haber prometido a Emily que haría cerca de cien. Se acercó a una de las baldas situadas junto a la ventana y buscó el cuaderno de recetas de su madre. Estaba estudiando los ingredientes para comprobar que no le faltaba ninguno, cuando la puerta se abrió abruptamente para dar paso a Emily.

—¡Hola, tía Candance! —exclamó la niña alegremente mientras trotaba hasta ella y estampaba

un sonoro beso en su mejilla—. ¿Ya estás con las galletas? —preguntó clavando la mirada en la encimera.

—Sí, iba a empezar ahora —respondió, aunque no estaba muy segura de que fuera capaz de hacer algo comestible. En la cafetería se apañaba bien, gracias a que era Chester el que se ocupaba de la cocina.

—Pues traigo refuerzos —exclamó Emily orgullosa.

Candance elevó la ceja, confusa ante su afirmación, pero lo entendió todo cuando un sonido en la puerta hizo que girara el rostro y se encontró frente a Kane, cargado con varias bolsas entre sus manos.

—Buenas noches —saludó el hombre, que esperaba en el quicio de la puerta una invitación para entrar en la vivienda.

Era consciente de la expresión de sorpresa de Candance. Cuando Emily le había pedido que le ayudara con las galletas no dudó en aceptar, pero la pequeña granujilla no le había dicho que Candance, y no Alice, era quien estaría allí.

—Vamos, pasa, tío Kane —le invitó la niña mientras se dirigía a él y le obligaba a entrar, aferrando su brazo.

Él obedeció, aunque se sentía cohibido con la situación; no quería molestar a Candance, y a la vez no quería defraudar a Emily.

Emily clavó su mirada alternativamente de uno a otro y chascó la lengua, molesta con los adultos.

—¿Qué pasa, no vais a hablar?

Candance fue la primera en reaccionar. Haciendo un gran esfuerzo se aproximó a él y cogió las bolsas que cargaba. Por una fracción de segundo sus pieles se rozaron, y una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Intentó ignorar lo sentido y dibujó una sonrisa amistosa en sus labios.

—Podemos dejar esto aquí —indicó situándolas sobre una encimera cercana.

Kane hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, tenso como una cuerda.

—Gracias.

—¿Por dónde empezamos? —inquirió Candance, que estaba situada a su lado.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —confesó él. Sus conocimientos culinarios eran escasos.

—Pues estamos apañados. —Candance frunció el ceño—. En mi vida he hecho galletas. La reina de la repostería en esta casa es mi madre, pero se ha ido de viaje unos días.

—Pero tenemos su receta —le recordó Emily triunfal mientras se acercaba a los adultos con el cuaderno ajado de su abuela entre sus manos.

—Bueno, pues habrá que ponerse a ello —dijo Kane mientras lo atrapaba entre sus dedos y comenzaba a leer, pero no tardó en descubrir que la letra de Alice era como un jeroglífico.

—Perfecto —exclamó Emily triunfal—, y ahora lo siento, pero tengo que irme.

Kane y Candance intercambiaron una mirada confusa y asustada.

—¿Cómo que te vas? —interrogó Candance con una sensación de pánico que atenazó su cuerpo ante la idea de quedarse a solas con Kane.

—Mañana tengo un examen de cálculo y he quedado con Zoe para estudiar —se excusó, fingiendo una expresión de inocencia—. Se lo dije a la abuela cuando llamó y me dijo que no había problema, que podía quedarme a dormir en su casa.

—Pero, pero... —empezó a balbucear Candance.

—Eso es juego sucio —masculló Kane entre dientes mientras apuntaba con el dedo índice a

Emily—. No es justo que nos obligues a tu tía y a mí a hornear tus galletas mientras te vas a casa de una amiga...

—Pero es porque tengo un examen, ¿no querrás que suspenda? —rebató Emily, segura de salirse con la suya.

—No, por supuesto —respondió Candance. Entonces se percató de que había caído en la trampa de su sobrina.

—Bien, tengo que irme, la madre de Zoe me está esperando —pronunció mientras cogía su mochila de una silla cercana y una bolsa que seguramente había preparado previamente para pasar la noche en casa de su amiga. Cargada con todo lo que necesitaba, se aproximó a sus tíos y les dio un par de besos a cada uno antes de salir tan campante por la puerta.

Durante unos segundos, que parecieron eternos, ambos permanecieron en silencio, recuperándose de lo sucedido con Emily.

Kane fue el primero en reaccionar. Se quitó la chaqueta, que colgó en el perchero tras la puerta y arremangó las mangas de su camisa. Luego se giró para enfrentar a Candance, que permanecía a su lado, quieta como un poste de luz.

—Bueno, será mejor que empecemos cuanto antes con esto si no queremos acabar cuando amanezca —dijo decididamente antes de dirigirse a la única encimera libre, donde colocó el cuaderno. Clavó nuevamente sus ojos en el papel para intentar descifrar la caligrafía de Alice—. Creo que necesitaré ayuda con esto.

Candance, más recuperada, se acercó hasta él y observó la hoja cuadriculada donde su madre había hecho varias anotaciones.

—¿Qué problema tienes?

—Lo siento, pero no entiendo las lenguas muertas —comentó Kane con humor, cosa que logró destensar el ambiente.

Candance, al oír su comentario, giró levemente la cabeza para contemplar el rostro de Kane, que en aquel momento se frotaba la barbilla con los dedos pensativamente. A su pesar, no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas tras su comentario. Tenía que reconocer que su madre tenía una forma de escribir peculiar, pero ella era capaz de traducirla a la perfección.

—Está bien —dijo cuando pudo dejar de reír—, haremos una cosa, yo leeré en alto la receta y tú te encargas de hacer la mezcla.

Kane se cruzó de brazos y observó atentamente a Candance. Achicó los ojos hasta formar dos finas rendijas y sus labios se torcieron ligeramente.

—Me parece que estás haciendo lo mismo que tu sobrina.

Candance formó un arco con su ceja derecha antes de hablar.

—¿A qué te refieres?

—Estás tratando de engañarme para evitar la tarea más pesada, pero bueno —dijo mientras sacudía los hombros—, no pasa nada, he sido militar y puedo enfrentarme a cualquier situación, estoy entrenado para ello.

CAPÍTULO 19

Dos horas después, y tras el tercer intento, al fin la primera remesa de galletas salió del horno con éxito. Cuando las pequeñas galletas en forma de estrella se enfriaron, Kane y Candance se decidieron a probarlas, no sin cierto temor.

—¡Mmmm, estás buenísimas! —exclamó Kane, mientras la masa esponjosa y dulce se deshacía en su boca y provocaba a su paladar.

—Sí, están buenas, aunque no son iguales que las de mi madre —dijo Candance con desaliento.

Kane alzó la mirada de la bandeja y la clavó en el rostro de Candance. No había probado las famosas galletas de Alice, pero esas pequeñas estrellas diseminadas sobre la bandeja del horno eran las mejores que había comido en su vida.

—Ese ha sido siempre tu problema —replicó en voz alta sin percatarse.

—¿Mi problema?, ¿a qué te refieres? —inquirió Candance confusa, mientras apartaba de su mejilla un mechón de pelo que se había soltado del moño.

—Qué eres demasiado perfeccionista. Te esfuerzas demasiado en que las cosas sean como se supone que tienen que ser cuando no es necesario.

—Creo que exageras —replicó Candance molesta.

—No, no lo hago. Estas galletas —dijo Kane atrapando una entre sus dedos—, son las mejores que he comido en mi vida. Pero tú, lejos de ver sus virtudes, las rechazas porque no son como las de tu madre, ni siquiera les das una oportunidad. En la vida las cosas no tienen que ser perfectas, o como uno espera que sean, para ser buenas.

Candance, a pesar de lo enrevesado del discurso de Kane, sabía que en el fondo tenía razón. Siempre se había exigido demasiado a sí misma y a los demás.

—Vale, está bien —se rindió Candance—. Estas galletas pueden hacer ganar a Emily el premio de las *Girl Scout*, si es que lo hubiera.

Kane arrugó ligeramente el ceño y contempló el rostro de ella, donde descubrió una mancha de harina en su mejilla.

—Bueno, no está mal —dijo mientras acariciaba con la yema del dedo su delicada piel para quitar la mancha—, pero sé que puedes hacerlo mejor. Hay un montón de cosas en la vida que podrían hacerte feliz si lo permitieras.

Candance, al notar el roce contra su piel sintió un escalofrío que recorrió su espina dorsal.

—¿Por qué me has tocado? —dijo apartándose de la cercanía de Kane, que estaba alterando sus sentidos.

—Solo estaba quitando una mancha que tenías en la mejilla —respondió él con inocencia. Pero lejos de apartarse de ella acortó la distancia que los separaba, arrinconando a Candance contra la encimera. Sabía que no era una buena idea, más bien era pésima. Pero estaba cansado de controlarse, de evitar las ganas de acercarse a ella.

—¿Qué haces? —se alarmó ella, mientras su respiración se aceleraba gracias a la cercanía de Kane.

—Candance, no puedo más. Llevó años sin poder olvidar lo que sucedió entre nosotros —

confesó Kane mientras elevaba su mano y plantaba la palma de su mano sobre la mejilla femenina.

—Eso pasó hace mucho —expuso Candance mientras prácticamente se empotraba contra la encimera a su espalda—. Solo fue un error.

Él rozó con la yema de su dedo pulgar una de las perfectas cejas de Candance, mientras su rostro iba descendiendo milímetro a milímetro.

—Tú lo has dicho, fue hace mucho tiempo, pero no he logrado olvidarlo. ¿Qué crees que puede significar eso? —Susurró la pregunta a escasos milímetros de sus labios.

Ella tembló ligeramente. Hubiera querido negarse, moverse para escapar de su proximidad, pero la intensidad de su mirada gris, que en aquel momento parecía asolada por una tormenta, le impidió mover ni un solo músculo de su cuerpo.

—Kane, no lo sé... —respondió a media voz.

—Pues vamos a descubrirlo —replicó Kane antes de descender en picado hacia los labios de la mujer a la que más había deseado en toda su vida.

Candance sintió como si una corriente eléctrica recorriera todo su cuerpo cuando sus labios entraron en contacto con los de Kane. A pesar del tiempo transcurrido, de que se había obligado a olvidar lo que ocurrió, aquel beso logró que algo que permanecía aletargado en su interior desde hacía demasiado tiempo despertara para dominar todo su cuerpo. Con una necesidad desconocida hasta entonces, alzó las manos y cogió el rostro masculino entre ellas, notando en las palmas la rugosidad de la barba de varios días de Kane. Con su acción lo único que pretendía era pegarlo aún más a ella, si aquello era posible. Su lengua recorrió el perfil de los labios masculinos y no dudó en acceder a su boca.

Kane, a pesar de haber tomado la iniciativa en un primer momento, no se esperaba la reacción de Candance, que le pilló completamente desprevenido.

Cuando sus labios se unieron y pudo al fin saborearla, una pasión abrasadora se despertó en su cuerpo. No dudó en atrapar la cintura de Candance y alzarla lo suficiente para sentarla sobre la encimera. La obligó a separar las piernas y se situó entre ellas. En esa posición tuvo mejor acceso a su boca y la atacó ávidamente, como si se tratara de un sediento en el desierto.

Sus lenguas combatían en una batalla que hizo que el ambiente se caldeara con celeridad. Las manos de Kane recorrieron la piel de la espalda de Candance con codicia, aunque el jersey de ella se empeñaba en entorpecer sus anhelos. Con gran esfuerzo abandonó su boca y descendió por su cuello hasta llegar a la clavícula.

Candance, por su parte, había logrado introducir sus manos a través de la camisa de él para palpar su pecho musculado, comprobando que era tan firme como recordaba.

—Te deseo —confesó Candance con voz cargada de ardor, sorprendiéndose a sí misma por las palabras pronunciadas.

Cuando fue consciente de lo que había confesado intentó apartarse de él, pero Kane no se lo permitió. Su respuesta fue volver a abalanzarse sobre sus labios y besarla con una pasión que amenazaba con incendiarlos a ambos. Deseaba poseerla por completo, recordar aquel recuerdo perdido en el tiempo que siempre le había acompañado.

Cogió nuevamente la cintura de Candance para pegarla a su cuerpo. La apartó de la encimera y, cargándola a pulso, estaba dispuesto a dirigirse a la primera cama a mano con la firme intención de materializar sus deseos, pero el sonido insistente del timbre le hizo detenerse. Sus bocas se separaron y ambos se quedaron mirándose con intensidad, y al mismo tiempo, sorprendidos por la interrupción.

—Están llamando —susurró Kane, con la esperanza de que ella dijera que no importaba.

—Lo sé —replicó Candance, dispuesta a ignorar a quien quisiera que estuviera al otro lado de la puerta, pero cuando estaba a punto de ceder, a rogarle que la llevara a su dormitorio, una voz que conocía bien sonó al otro lado de la hoja de madera.

—¡Candance, abre! Soy Jacklyn, he venido a traerte las cajas para las galletas.

—¡Mierda! —exclamó Candance molesta. Había olvidado por completo que Jacklyn había quedado en ir a su casa para entregarle las cajas con el logo de las *Girl Scout*.

—¿Quién es? —susurró Kane junto a su oído.

—Es mi cuñada —replicó Candance.

—Ignórala —le rogó él.

—¿Tu coche está fuera? —preguntó Candance buscando una salida.

—Sí, lo aparqué junto al tuyo.

Candance frunció el ceño, frustrada por la visita de Jacklyn, pero sabía que si no la abría sería aún peor. Los rumores sobre ella y Kane empezarían a circular por el pueblo como un reguero de pólvora.

—Suéltame, tengo que abrir —dijo con sequedad, aunque era lo que menos le apetecía en el mundo.

A Kane le hubiera gustado negarse, pero hizo lo que ella le pedía. Observó cómo ella adecentaba su ropa y caminaba por el pasillo hasta la puerta principal. Minutos después reapareció en la cocina, acompañada por una alta mujer de cabello rubio y cuerpo escultural envuelta en un vestido de lana de color beige semioculto bajo un abrigo del mismo color. Entre sus manos llevaba un paquete de cajas plegadas. Nada más entrar en la habitación, clavó la mirada en su persona especulativamente.

—Buenas noches, Jacklyn. Este es Kane Sullivan, el tío de Emily —le presentó Candance con desgana—. Kane, esta es mi cuñada, Jacklyn McKeenan.

Jacklyn estudió atentamente a Kane, y sus ojos se achicaron formando dos ranuras. Aquel apellido retumbó en su cabeza durante unos segundos, hasta que finalmente descubrió de quién se trataba y sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente.

—¿Usted es el hombre que ha comprado la granja de Cameron?

—Sí, soy yo —respondió Kane con seguridad.

Candance, al percatarse de que la situación podía desmadrarse, no dudó en intervenir. No quería una confrontación entre Jacklyn y Kane en su cocina.

—Bueno, Jacklyn, ya que has venido, podrías ayudarme con las galletas. Kane tiene que irse ya —añadió, dedicándole una mirada significativa al aludido, que no pareció muy contento con la situación.

—Es verdad —respondió a regañadientes mientras rescataba su chaqueta del perchero y se la ponía—. Siento dejarte a medias —añadió, dedicándole una mirada cargada de pasión.

—No te preocupes —respondió Candance con nerviosismo, agradeciendo que su cuñada en aquel momento estuviera con la vista fija en las pequeñas galletas con forma de estrella situadas sobre la encimeras—, nos podremos apañar.

—Señoras, buenas noches —se despidió Kane antes de salir.

Candance se sintió aliviada al escuchar cómo se cerraba la puerta. Pero su tranquilidad duró mucho.

—¿Por qué no me habías dicho que el señor Sullivan es el tío de Emily? —inquirió Jacklyn clavando su mirada inquisitiva en Candance.

—Bueno, la verdad es que no tiene la mayor importancia.

Jacklyn, que en aquel momento se quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero, se giró como un resorte y fulminó a Candance con la mirada.

—Claro que la tiene. No me gusta que ese hombre se acerque a Emily. Aún es pequeña y no quiero que la corrompa.

Candance tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mandar a la mierda a Jacklyn, que era lo que se merecía. Por el contrario, contó hasta diez antes de hablar.

—¿Crees que deberíamos cambiar de molde? —dijo cogiendo entre sus dedos uno con forma de luna y otro con forma de sol.

Jacklyn sabía que Candance quería escapar por la tangente, y ella se lo permitió. No quería discutir con su cuñada. Conocía una forma mejor de alejar al señor Sullivan de su familia.

—Me gustan más la lunas —dijo mientras se colocaba un delantal para no manchar su vestido.

CAPÍTULO 20

Jacklyn esperaba expectante que la mesa de plenos del ayuntamiento de Green Lake se completara para tratar el orden del día. Green Lake era una pequeña localidad donde los ciudadanos tomaban todas las decisiones, y aquel lunes, que llevaba varios días esperando, se trataría la concesión de los permisos de obras pendientes.

Veinte minutos después, el señor Gordon había leído los puntos a tratar. Jacklyn sentía los nervios bullir en su interior cuando llegaron al asunto que tanto la interesaba. El señor Gordon expuso la solicitud del señor Sullivan para restaurar la vieja granja Cameron. Había llegado su momento: con celeridad levantó la mano y esperó a que le cedieran la palabra.

—Antes de votar esta cuestión —comenzó con voz monocorde—, creo que deberíamos conocer algunos datos que poseo que creo que serán de relevancia.

El señor Gordon, el alcalde de la localidad, clavó su mirada en Jacklyn con resignación. Estaba seguro de que la señora McKeenan les daría un largo discurso y él se quedaría sin almorzar con su esposa, como había previsto para ese día. A pesar de que hubiera querido cortar por lo sano aquella tentativa, el deber era el deber, de modo que hizo lo contrario.

—¿Qué cuestiones? —inquirió mientras se acodaba en la mesa y colocaba su barbilla sobre la palma de sus manos.

—El señor Sullivan tiene planes para la granja, planes que no creo que sean beneficiosos para nuestra comunidad. Antes de decidir si debemos o no darle el permiso de obra, creo que todos deberíais estar informados.

—Al grano, Jacklyn —la apremió Jordan, que tenía trabajo que hacer.

—Para empezar, no creo que usted —dijo observando con desidia al hombre que la había interrumpido— debiera votar, ya que se beneficiará de dicha cuestión. ¿No es verdad que el señor Sullivan le ha contratado?

Jordan torció el gesto, molesto. Estaba claro que la señora McKeenan estaba dispuesta a destruir el proyecto de Kane a como diera lugar. Había sospechado que algo así sucedería.

—Por supuesto que soy parte implicada, y por eso mismo pensaba abstenerme. Sé lo que es un conflicto de intereses. Pero no pienso renunciar a mi cargo en esta mesa. Además, no es la primera vez que se produce una situación parecida y nunca hubo ningún problema, ni siquiera cuando amplí el edificio del banco donde trabaja su marido.

Un coro de murmullos se propagó por la sala, que se volvió un gallinero. Gordon, molesto con la situación, dio un fuerte golpe sobre la mesa para silenciar a las personas presentes en la sala.

—Señora McKeenan, por favor, si tiene que decir algo, hágalo, pero por Dios, acabemos con esto cuando antes.

Jacklyn tardó unos segundos en reaccionar. Tras el comentario de Jordan había sentido sus mejillas enrojecer y la ira crecer en su interior, pero no pensaba rendirse. Cogió aire en sus pulmones y expresó lo que llevaba días preparando.

—El señor Sullivan pretende montar un campamento de verano para chicos desfavorecidos que vendrán de la ciudad. Chicos problemáticos, que seguramente se dedicarán a hacer gamberradas, como mínimo. Algunos de ellos delincuentes potenciales, puede que incluso

pandilleros. Y lo que es peor, se juntarán con nuestros hijos... ¿Vamos a permitir que tengan esa influencia tan perniciosa aquí, en nuestro pueblo, junto a nuestros mismos hogares?

—¡Oh, vamos, Jacklyn, por Dios! —exclamó Jordan sin poder contenerse—. ¿En serio piensas eso? ¿Crees que esos jóvenes, que necesitan saber lo que es una vida distinta a la que tienen, se dedicarán a meterse en problemas?

—Exactamente, y creo que el resto pensará lo mismo que yo —respondió convencida—. ¿Votamos? —preguntó al resto, ignorando expresamente a Jordan, que, frustrado se levantó de su asiento y abandonó la sala. No quería cometer un asesinato.

Ya en el exterior del ayuntamiento, Jordan sacó su teléfono móvil y llamó a Kane, que tardó varios tonos en contestar.

—Kane Sullivan —respondió, como era su costumbre.

—Kane, soy Jordan.

—¿Sucede algo? —preguntó Kane preocupado.

Sabía que aquel día había una junta en el ayuntamiento y que su futuro dependía de la votación que se iba a celebrar.

—Tenemos un problema, y muy gordo —respondió Jordan mientras se paseaba de una esquina a la otra de la acera.

—¿Qué problema? —cuestionó Kane.

—Es algo referente a los permisos.

—¡Mierda! —exclamó Kane frustrado.

—Será mejor que vengas al pueblo y te lo cuento. Quedamos en la cafetería *Mayer & Parker*, ¿te parece?

—Allí estaré —respondió, antes de que Jordan cortara la llamada.

Kane dejó su móvil sobre la encimera de la cocina y se frotó la frente con los dedos durante unos minutos. Luego cogió la taza de café a medias que había dejado poco antes y se la bebió de un solo trago. Había tenido la esperanza de que la cafeína despertara sus sentidos, pero apenas había dormido en toda la noche y su cuerpo estaba agotado.

Después de salir de la casa de Candance había tardado en controlar su excitado cuerpo, que proclamaba el calor de ella. Cuando la besó no había pensado en lo que hacía, en las consecuencias, solo se había dejado llevar por el instinto y la necesidad. Se vio gratamente recompensado cuando ella respondió a sus caricias, pero la interrupción de aquella rubia repelente lo había estropeado todo.

Cuando decidió ir a Green Lake lo hizo con el único objetivo de conocer a su sobrina, de tener una familia. Nunca pensó que la atracción que había sentido por Candance en el pasado permaneciera inalterable en el tiempo. Ahora sabía que no se trataba solo de algo físico, lo que sentía por Candance era algo más grande.

En el pasado no había intentado derribar la barrera que ella había erigido entre ambos porque estaba con Kevin y sabía que no tendría ninguna oportunidad, menos aún después de lo que sucedió con su hermano. Pero de eso hacía mucho tiempo. En el presente no pensaba renunciar a lo que sentía su corazón sin luchar antes.

Pero primero debía solucionar el problema de los malditos permisos. Con resolución, dejó la taza en la pila y subió al cuarto que había elegido como dormitorio. Tras darse una ducha rápida, se vistió. Luego cogió su camioneta rumbo a Green Lake, dispuesto a enfrentarse a quien hiciera falta para luchar por sus sueños, cosa que no había hecho en el pasado.

Candance apenas había descansado, y no porque se hubiera quedado hasta la madrugada preparando las galletas para Emily. El verdadero motivo era que se había pasado casi toda la noche dando vueltas sobre la cama. No podía dejar de pensar en lo que había pasado en la cocina antes de la llegada Jacklyn. Rememoró los besos que había compartido con Kane; no llegaba a entender por qué se había dejado llevar de esa manera por la pasión.

La culpa, esa era la verdadera razón para su insomnio, se repitió por enésima vez. Sentía que había sido infiel nuevamente a Kevin y, para más inri, con el mismo hombre. Sabía que era ridículo, que era una estupidez porque Kevin estaba muerto y enterrado desde hacía un año en el pequeño cementerio de Green Lake, y aún así sentía que una pesada losa se había instalado sobre sus hombros.

—Candance, ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó Hannah, que se había situado a su lado en la barra.

—¿Por qué dices eso? —inquirió sorprendida.

—Porque llevas cerca de un cuarto de hora secando esa taza, y solo haces eso cuando algo ronda esa cabecita tuya.

Candance dejó con celeridad la taza en su lugar y cogió otra de la bandeja del lavavajillas.

—Lo siento, estoy algo distraída —se disculpó, notando que sus mejillas se coloreaban sin que ella pudiera hacer mucho más para ocultar su desazón.

Hannah, al notar la rojez en los pómulos de su amiga, supo que algo gordo tenía que estar pasando. Decidida a descubrirlo, se cruzó de brazos y apoyó su trasero en la cámara de frío que tenía a su espalda.

—¿Y se puede saber el motivo? —inquirió directa.

—Solo estoy cansada, ayer me quedé hasta muy tarde preparando las galletas para Emily.

—Ah, ya, claro, solo es eso. No tiene nada que ver con la persona que te ayudó con ellas ¿verdad? —inquirió Hannah con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo sabes que Kane estuvo ayudándome? —exclamó ella con indignación y vergüenza. «Al menos espero no sonrojarme», se dijo, desesperada.

—Me lo contó Jordan, pero eso es lo de menos. Quiero detalles —añadió ávida.

—¿Qué detalles? —dijo Candance, molesta mientras dejaba en la estantería una nueva taza y cogía otra.

—¡Oh, vamos, Candance! No todos los días se puede ver a un SEAL preparando galletitas de chocolate.

—No eran de chocolate, y ya no es un SEAL —respondió Candance mientras cerraba el lavavajillas y le daba la espalda a su amiga. No quería hablar más del tema, sobre todo porque sabía lo persistente que podía llegar a ser Hannah.

—¿Y eso qué más da? —exclamó su amiga con ímpetu—. A mí las galletas me importan un comino, quiero saber qué pasó entre vosotros.

—¿Y qué te hace pensar que sucedió algo? —inquirió Candance molesta mientras se giraba y clavaba su mirada en el rostro de su amiga.

Hannah estaba a punto de responder cuando la puerta de la cafetería se abrió para dar paso a Jordan y Kane. Al verlos entrar, volvió su atención a Candance y descubrió que sus mejillas estaban tan rojas como una amapola.

—Me parece que sí tienes que contarme algo —susurró—, pero ya hablaremos más tarde de esto. Anda, ve a lavarte la cara, que pareces un tomate.

Candance hubiera deseado mandar a la mierda a su amiga, pero le agradeció la escapatoria que le había dado para no tener que enfrentarse a él en ese momento. No fue inmune a la mirada que él le dedicó, y la expresión de desilusión que mostró cuando ella desapareció por la puerta de la cocina, en dirección al baño.

—Buenos días —saludó Hannah con alegría—, ¿qué desean los dos hombres más atractivos de Green Lake?

Jordan, que acababa de ocupar uno de los taburetes frente a la barra, puso los ojos en blanco antes de hablar. Kane, sentado a su lado, observó a la joven cuya expresión parecía divertida.

—Hannah, por Dios, ¿cuándo piensas madurar? —refunfuñó Jordan.

La aludida, lejos de sentirse molesta, sonrió anchamente antes de responder.

—Por favor, Jordan, si cambiara perdería mi encanto, ¿no crees?

—Vale, como quieras. Kane, esta es Hannah, mi hermana.

—Y supongo que tú debes ser Kane Sullivan —se presentó ella misma mientras le tendía su mano, que él estrechó sorprendido.

—Anda, Hannah, por favor, ¿puedes ponernos dos cafés? —solicitó Jordan con el ceño fruncido.

—Marchando —respondió la joven.

Minutos después, Jordan y Kane bebían de sendas tazas de café humeante.

—Bueno, Jordan, dime de una vez que sucede —preguntó Kane directo.

—Hoy era la votación, como te comenté ayer.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó perdiendo los nervios.

—Una vez expuesto tu caso, cuando se iba a realizar la votación, la señora McKeenan se ha metido por medio y ha dado un largo discurso sobre los inconvenientes de permitir que alguien monte un campamento de verano para pequeños maleantes —informó Jordan de forma llana.

—¡Maldita sea! —exclamó Kane sin poder contenerse.

—¡Esa bruja de Jacklyn! —le secundó una voz femenina.

Hannah se sintió intimidada cuando dos pares de ojos se clavaron en su persona. Había intentado no prestar atención a la conversación de los hombres, pero no había podido evitarlo y, para colmo de males, había expresado su opinión en voz alta.

Jordan fue el primero en reaccionar.

—¡Hannah! ¿Mamá no te ha enseñado educación? —expresó molesto.

La aludida iba replicar airadamente a las palabras de su hermano, pero la voz de Kane se lo impidió.

—¿Has dicho Jacklyn? —inquirió sorprendido.

—Sí, esa bruja siempre anda metiéndose en los asuntos de los demás —respondió Hannah con los brazos cruzados en su pecho—. Hace lo mismo con Candance, no sé por qué ella no...

—¿Por qué yo no qué? —sonó la voz de Candance, que ya había reunido el valor para enfrentarse a Kane.

—Tu cuñada —respondió Hannah—, que ahora está decidida a evitar que el señor Sullivan pueda reconstruir la granja.

Candance tardó unos minutos en reaccionar, sorprendida por las palabras de Hannah. Siempre había respetado a la familia de Kevin, soportando estoicamente a Jacklyn, pero aquello ya era demasiado.

—Pues esta vez no se va a salir con la suya —sentenció con rotundidad, dejando sorprendidos a los allí presentes—. Hannah, tienes que ayudarme, vamos a recoger firmas en el pueblo. Jordan, ¿se puede impugnar esa votación? —inquirió Candance, clavando su mirada en el constructor.

—Sí, claro, pero...

—No hay peros, esta vez no dejaremos ganar a Jacklyn.

Kane la escuchaba sin dar crédito. Candance parecía sulfurada y decidida. Y lo más sorprendente de todo era que estaba dispuesta a emprender una campaña en su favor. Le hubiera gustado preguntarle a qué se debía, pero le fue imposible; Hannah y Candance se hicieron dueñas de la situación.

CAPÍTULO 21

Había sido una semana de infarto para Candance, pero se sentía feliz con el trabajo que había realizado. Era la primera vez en su vida que se embarcaba en una empresa semejante. Ni en el instituto ni en la universidad había sido abanderada de ninguna causa, pero en ese momento se sentía capaz de comerse el mundo.

Había conseguido cientos de firmas en favor de Kane y estaba segura de que, finalmente, gracias a la presión popular, conseguiría los permisos para el albergue juvenil.

Aquella mañana le había pedido a Hannah que se quedara al cargo de la cafetería ella sola porque tenía que organizar toda la documentación y las firmas para llevárselas a Kane. No le había vuelto a ver desde aquella mañana en la cafetería, aunque no había sido fácil evitarle, pero ahora ya se sentía preparada.

En esos días había logrado organizar su cabeza y sus sentimientos y se sentía lista para enfrentar la conversación que tenían pendiente.

Estaba metiendo los folios con las firmas de sus conciudadanos en una caja cuando el sonido del timbre la sorprendió. Acabó de meter los últimos fajos y puso la tapa a la caja antes de encaminarse a la puerta delantera.

Cual no fue su sorpresa al encontrarse cara a cara con Jacklyn, cuyo rostro mostraba enfado.

—Jacklyn, qué sorpresa, no esperaba tu visita —saludó con cordialidad, aunque lo que en realidad le apetecía era cerrarle la puerta en las narices.

—¿Cómo puedes estar haciendo esto? —exclamó la aludida, levantando en alto una de las notas informativas que había adjuntado a las hojas de firmas que había dejado en los comercios de la localidad.

Candance reprimió un suspiro de exasperación.

—Será mejor que pases —dijo con voz neutral, no quería protagonizar un escándalo en plena calle.

Jacklyn dudó unos instantes, pero finalmente se internó en la vivienda. El sonido de sus tacones en el parqué reverberó en el silencio reinante. Conocía la casa a la perfección y por eso no dudó en ir al salón familiar, situado junto a la cocina.

—¿Y bien? —Candance quería que Jacklyn acabara cuanto antes con lo que tuviera que decirle.

—No puedo creer que seas tú la responsable de esto —dijo volviendo a alzar el papel ante sus ojos—. Mi propia cuñada aliada con ese tipo —pronunció con desprecio—. ¿Acaso quieres que cuando Emily crezca se mezcle con esa chusma de Sullivan?

Candance, que había jurado controlarse, explotó con el peor de su genio, el que en raras ocasiones había salido a la luz.

—¿Acaso tengo que recordarte que Kane es tío de Emily? —inquirió mientras se cruzaba de brazos y colocaba los pies separados, en una actitud defensiva.

—Esa niña no ha tenido más tíos que yo y Michael —replicó Jacklyn dañina—. Si no hubiera sido por mi pobre hermano, que la trató como a una hija, ni tan siquiera habría tenido padre.

Candance sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, pero las obligó a replegarse.

—Kevin adoraba a Emily, y no supuso ningún sacrificio para él cuidar de ella como si se tratara de su hija. Pero Kevin ya está muerto. —Le costó pronunciar aquellas palabras y lo hizo dolorosamente, sobrepasando el nudo de angustia que le cerraba la garganta—. Y tú ya no eres nadie en mi vida ni en la de la niña. Estoy cansada de aguantar tus intromisiones. Ocúpate de tus hijos, yo lo haré de Emily.

—¡Dios santo! —exclamó Jacklyn sorprendida mientras se llevaba la mano derecha al pecho—. Nunca pensé que te comportarías de esa manera. Eres una desagradecida, con todo lo que ha hecho mi familia por ti...

—No te atrevas a echarme nada en cara —la retó Candance subiendo el tono de voz sin percatarse—. Tus padres han sido maravillosos con nosotras, pero tú siempre te has creído por encima de los demás. Como ahora, que te crees con el derecho a negarles a esos chicos un lugar donde evadirse de su realidad.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha hecho ese tipo? —exclamó Jacklyn—. ¿Te acuestas con él? ¿Es eso? —soltó sin medir las consecuencias.

Candance se sintió atacada por sus palabras, como si realmente la hubiera descubierto haciendo algo prohibido. Tardó varios segundos en reponerse, pero dispuesta a darle una bofetada imaginaria a Jacklyn, soltó una gran mentira.

—Sí, lo hago, es un hombre maravilloso.

Candance disfrutó de la expresión que mostró el rostro de Jacklyn. Boqueó como un pez y tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Cómo has podido ensuciar así la memoria de mi hermano? Eres una...

—Jacklyn, creo que es mejor que te vayas, recuerda que estás en mi casa —declaró Candance tajante, dando por finalizada la conversación.

—¡Esto es inaudito! ¡Verás cuando se lo cuente a mis padres! —exclamó la mujer fuera de sí.

—Puedes hacer lo que quieras, no te tengo miedo —replicó ella. Aunque nunca le habían gustado los conflictos y había evitado los roces con Jacklyn durante años, ahora se sentía feliz de deshacerse de ella de una vez por todas.

La aludida dudó, pero finalmente salió del salón, caminando aceleradamente por el amplio pasillo hasta la puerta, que cerró con un sonoro portazo.

Candance soltó el aire que había estado conteniendo. No sabía por qué pero de golpe se sintió liberada, como si el peso que había cargado durante años sobre sus hombros hubiera desaparecido. Decidida a olvidar a Jacklyn regresó a la cocina, donde terminó de organizar las dos cajas que poco después metió en el maletero de su coche.

Kane dejó el rodillo en el cubo y se alejó para comprobar el resultado de su trabajo. Puesto que tenía que esperar para poder comenzar con las obras del granero para el albergue, había decidido adecentar la vivienda. Tras vaciar el salón y quitar el papel de las paredes, había pintado las mismas de un discreto gris perla. Satisfecho con el resultado, se dirigió a la cocina para limpiarse las manos en la pila. Estaba secándose con un trapo cuando escuchó que un coche se acercaba a la casa.

Se puso el anorak y salió al exterior. Se sorprendió al reconocer el vehículo de Candance, que aparcó frente al porche donde él se encontraba. Bajó los dos escalones y se aproximó a ella con las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso.

—He venido a traerte una cosa —respondió Candance mientras se dirigía a la parte trasera del coche.

Kane se sorprendió al descubrir la sonrisa de sus labios, parecía contenta. La siguió y se sorprendió cuando ella sacó un par de cajas que parecían pasadas.

—¿Me ayudas? —solicitó Candance tendiéndoselas.

—Claro, por supuesto —replicó él, sintiéndose extraño siguiendo a la mujer al interior de su propia casa.

Ya en la cocina, dejó su carga sobre la pequeña mesa ovalada y se giró para enfrentarse a ella. No podía negar que se sentía algo molesto porque no había sabido nada de ella en una semana, a pesar de que lo había intentado una docena de veces en ese tiempo. Y ahora, de repente, después de todo ese tiempo ignorándole, se presentaba en su casa con una flamante sonrisa.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, señalando las cajas sobre la mesa.

—Es la documentación que debes presentar en el ayuntamiento. El trabajo realizado ha dado su resultado. No creo que Jacklyn pueda hacer mucho con todas las firmas que hemos reunido.

Kane se cruzó de brazos, aposentó su trasero en la encimera a su espalda y achicó los ojos, clavados en el rostro triunfal de Candance.

—¿Por qué has hecho todo esto? —preguntó inquisitivamente.

—Para que puedas abrir el albergue —respondió Candance, sorprendida por su pregunta, que le resultó tonta.

—Eso ya lo sé —replicó él—, mi pregunta es por qué estas luchando por mi causa. Creía que no me soportabas.

Candance se sintió incómoda con su pregunta. Comenzaba a arrepentirse de haber ido hasta allí. Podía haber llamado a Jordan para que fuera al restaurante a buscar las firmas.

—Lo que haya entre nosotros es otra cuestión —respondió, aunque estaba deseando huir de aquella cocina, de aquella casa, de la cercanía de Kane y de sus ojos, que estaban clavados en su rostro y habían logrado que su cuerpo temblara—. Lo hice por esos chicos, se merecen una oportunidad para descubrir otra forma de vivir.

Algo parecido a la emoción alteró el corazón de Kane. Que Candance mostrara tanta pasión por su sueño le hizo sentir extraño.

—Bueno, creo que será mejor que me marche —resolvió Candance mientras aferraba el asa de su bolso entre los dedos, denotando su nerviosismo.

—No, espera —dijo Kane acortando la distancia que los separaba. Se situó a un escaso medio metro de su persona y bloqueó la puerta para que ella no pudiera huir, que era lo que pretendía—. Te agradezco de corazón todo lo que estás haciendo, y me alegra saber que después de todo comprendes que en muchas ocasiones los chicos que nacimos y nos criamos en barrios marginales tenemos sueños por cumplir, que luchamos por ser mejores, por tener un futuro mejor.

—Sí —admitió Candance con emoción. Tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta—. Hace años fui muy injusta con tu hermano. Nunca te pregunté cuáles eran sus planes, qué quería ser... Me deje llevar por las apariencias. Estoy segura de que si acabó tratando con aquel traficante fue por buscar dinero rápidamente para él y mi hermana, para hacerse cargo de la situación del único modo que en aquel momento le parecía posible.

Kane sintió un inmenso dolor al escuchar las últimas palabras pronunciadas por Candance. Le hubiera gustado que Chad le pidiera consejo al respecto. Estaba seguro de que entre todos habrían encontrado una solución, pero ya era tarde para arrepentimientos.

—Me alegro de que al fin lo entiendas. Estoy seguro de que mi hermano te agradecería todo lo que has hecho por Emily, que hayas criado a una niña tan maravillosa.

—Gracias. —Candance sintió su voz débil y ahogada. No podía evitar que sus palabras le despertaran una profunda emoción—. No voy a negar que el nacimiento de Emily trastocó todo mi mundo, todos mis planes, pero hoy por hoy, me siento dichosa de que esté junto a mí. Y ahora también estás tú para ayudarme con ella.

—Ni lo dudes, pero todavía hay un asunto pendiente entre tú y yo.

—Kane, mejor lo dejamos para otro momento, tengo que irme —se justificó Candance, deseando que él se apartase.

—No vas a volver a huir de mí, no hasta que hablemos de lo que sucedió el otro día en tu casa. Quiero saber qué hubiera pasado si no llega a irrumpirnos tu cuñada...

Ella respondió con más ímpetu del pretendido.

—Ya no es mi cuñada.

Una sonrisa curvó los labios de Kane.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Candance frunciendo ligeramente el ceño.

—Porque si ya no consideras a Jacklyn tu cuñada, quiere decir que aún hay esperanza.

—¿Esperanza para qué?

—De poder conquistarte. Todos estos años no he dejado de pensar en ti —confesó Kane, desvelando su más recóndito secreto.

Al ver la expresión sorprendida de Candance sonrió nuevamente, forzando los músculos de sus mejillas. Desde la muerte de su hermano habían sido escasos los motivos para sonreír, pero en las últimas semanas sus labios se estaban acostumbrando.

—¿No vas a decir nada? —inquirió con nerviosismo, preocupado por el silencio de la mujer que no había abandonado su corazón en todo ese tiempo.

—¿Y qué quieres que diga? —respondió Candance con otra pregunta, buscando algo inteligente que decir mientras su corazón cabalgaba sobre su pecho desenfrenadamente.

—Que estás dispuesta a seguir por donde lo dejamos el otro día —dijo Kane con una sonrisa seductora.

Con total parsimonia enlazó su estrecha cintura con sus manos para obligarla a pegarse a su pecho. Luego elevó una mano y colocó el dedo índice bajo su barbilla para obligarla a elevar su rostro y así tener mejor visión de sus maravillosos ojos ambarinos.

—Con eso me conformo, de momento —añadió, pensando en llegar a su corazón y su alma. Deseaba su cuerpo, pero más su interior.

—No sé si estoy preparada —pronunció Candance, aunque sabía que ya estaba perdida—. Además, tenemos que llevar las firmas al ayuntamiento, no quiero que Jacklyn haga una de las tuyas.

—Eso puede esperar, ¿no crees? —dijo Kane mientras acortaba la distancia que le separaba de sus labios.

CAPÍTULO 22

Candance se sintió desfallecer cuando la dura boca de Kane impactó sobre la propia. Luego su lengua acarició su labio inferior y ella le permitió entrar, rindiéndose al deseo irrefrenable que sentía. Cada noche, desde lo sucedido en la cocina de su casa, había rememorado cada beso, cada caricia y después de tanto anhelo al fin iba a disfrutar de lo que, pese a sus contradicciones e inútil resistencia, tanto había esperado.

Kane saboreó a Candance como si fuera una fruta fresca y jugosa. Sus lenguas entraron en contacto y no tardaron en batirse en un duelo del que solo saldría vencedora la pasión que ambos sentían. Con necesidad desmedida, bajó la cremallera del abrigo que cubría a Candance, lo dejó caer en el suelo y luego se deshizo del la rebeca roja que ocultaba una camisa blanca. Con humor pensó que parecía que estaba desarrollando un regalo de navidad con demasiado papel. Desabrochó cada uno de los delicados botones nacarados, y se apartó para suspirar frustrado cuando encontró una camiseta de ropa interior.

—Tienes más capas que una cebolla —susurró con humor contra sus labios.

Candance, perdida en la marea de sensaciones que habían provocado los labios de Kane en su interior, pestañeo unos segundos antes de clavar su mirada en la de él. Era la primera vez que encontraba en aquellos ojos grises insondables la chispa de humor que nunca pensó que poseía.

—Soy una mujer muy friolera —confesó, y como para atestiguar su afirmación un escalofrío hizo vibrar su cuerpo.

—Eso tiene solución —afirmó Kane antes de inclinarse y enlazar su brazo por debajo de sus rodillas mientras con el otro rodeaba su espalda para alzarla.

—¿Qué haces? —preguntó Candance confusa.

—Solucionar el problema. No pienso hacerte el amor con la ropa puesta —replicó él mientras se encaminaba a la parte superior de la casa.

Candance se dejó llevar, observando a su paso las diferentes puertas cerradas hasta que Kane se detuvo frente a una en concreto. Tuvo que contener la risa cuando vio cómo él luchaba con el pomo, y finalmente entraron. El ambiente allí era cálido y acogedor, y no tardó en descubrir el motivo: en una enorme chimenea crepitaban unos grandes troncos, y junto a ella había un colchón sobre el suelo aderezado con un edredón nórdico de vivos colores.

—¿Qué te parece? —preguntó Kane mientras la dejaba en el suelo y señalaba el rincón donde estaba la chimenea.

—¿Lo tenías preparado? —inquirió Candance entornando los párpados con sospecha.

—Para nada, he de confesar que yo también soy friolero —dijo guiñándole un ojo mientras se situaba frente a ella—. Y ahora, ¿por dónde íbamos?

Kane al fin pudo librarse de la camisa de Candance, luego de la camiseta interior y al fin descubrió un delicado sujetador de color rosado.

—Eres preciosa —expresó en voz alta sin apenas percatarse.

Candance sintió que se ruborizaba tras su afirmación.

—Calla, ahora soy yo la que quiere ver lo que ocultas tras esa capas —replicó mientras cogía la punta inferior del jersey de él y le obligaba a quitárselo.

Cuando al fin ambos estuvieron desnudos se estudiaron mutuamente sin pudor, desde las puntas de los dedos de sus pies, ascendiendo por sus piernas hasta que ambas miradas se enfrentaron durante unos segundos.

—Antes quiero confesarte algo —dijo Kane.

—Hazlo rápido, antes de que me congele —replicó Candance con humor, intentando encubrir el nerviosismo que recorría su cuerpo.

—Todos estos años no he dejado de pensar en ti. Ahora comprendo que el amor que sentía por ti estaba secuestrado en el tiempo —confesó mientras acariciaba su mejilla con la yema de los dedos.

Candance fue testigo de la intensidad de su mirada. Sabía que Kane era un hombre duro, al que la vida no había tratado bien, y a pesar de eso, en aquel momento no solo había desnudado su cuerpo ante ella, sino también su alma. Ahora era el momento de hacer lo propio, de ser sincera con lo que siempre había sentido y se había obligado a esconder en lo más profundo de su alma.

—Yo tampoco he podido olvidar nunca lo que paso entre nosotros —reconoció—, aunque durante todos estos años lo he negado. Aquella vez en Chicago, cuando nos acostamos juntos, me entregué por completo a ti a pesar de tener un compromiso con Kevin. —Pudo ver cómo el rostro de Kane se tensaba cuando nombro a su difunto esposo y se silenció.

Kane había apretado los puños a los costados cuando Candance le recordó a Kevin, el hombre que había conquistado a Candance, que la había hecho su esposa y con la que había compartido todos aquellos años en los que él no había logrado olvidarla. No le odiaba, no podría hacerlo después de haberse hecho cargo de Emily todo ese tiempo sin importarle que no fuera hija suya. Eso solo decía una cosa de él; era un buen hombre.

—Sigue —solicitó, a pesar de que cierto dolor encogía su corazón.

Candance se sintió desconcertada tras los segundos de silencio que se habían sucedido tras la mención de Kevin. Pero si querían empezar algo juntos debían decirse toda la verdad para que las sombras del pasado no les atormentaran después.

—Amé a Kevin, no lo puedo negar, y fui feliz con él. Era un hombre extraordinario que lo merecía todo. Pero tú siempre estuviste allí, aunque yo intentaba expulsarte de mi interior, y ahora sé el motivo: te entregué mi corazón en aquel entonces.

Kane tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta tras la confesión de Candance. No podía hablar, por lo que decidió que la mejor manera de demostrarle lo que sentía era con caricias. Enlazó su cintura y la apretó contra su pecho, notando que los pezones de Candance se clavaban sobre su piel, haciéndole suspirar. Luego se apoderó de sus labios posesivamente y la obligó a caminar hasta el colchón, donde ambos cayeron en un nudo de brazos y piernas. Entre risas, ambos se metieron bajo el edredón y prosiguieron con las caricias que tanto anhelaban.

Kane, mientras besaba los labios de Candance, dejó sus manos descender por su tersa espalda. Al llegar a su cadera cambió de trayectoria para subir por su abdomen hasta coger sus turgentes pechos. Eran tal cual los recordaba, perfectos para la cavidad de las palmas de sus manos. Con habilidad, acarició con las yemas de sus dedos sus pezones hasta que se endurecieron y un gemido surgió de la garganta femenina. Pocos segundos después era él quien gemía cuando los dedos de ella alcanzaron su masculinidad.

Candance se sintió triunfal cuando escuchó el ronco sonido que surgió de la garganta de Kane. Con pericia comenzó a acariciar la piel suave de su pene, disfrutando al ver cómo se enervaba, consiguiendo la dureza que precisaba. Una vez logrado, dejó sus manos vagar por su musculado

abdomen, hasta llegar a su pecho, donde una pelusa de vello lo poblaba. Entonces detectó una protuberancia junto a su pezón derecho. Era una marca de forma alargada en la que el tacto de la piel era diferente, más suave y a la vez extrañamente nudoso.

—¿Qué es esto? —preguntó acariciando la cicatriz.

—Hace unos meses fui herido en una misión —respondió—, pero eso es otra historia que ya te contaré en otro momento.

Kane volvió a tomar su boca y en un gesto diestro logró tumbarla para situarse sobre ella. Por un instante no se movió y su mirada se enlazó con la de Candance. En ese segundo único y mágico se dijeron mil palabras sin hablar, y entonces Kane la penetró en una embestida fuerte y dura, para luego comenzar a moverse en su interior con lentitud.

Candance disfrutó de cada envite, de cada caricia, pero estaba a punto de enloquecer y tras colocar sus manos sobre el trasero de Kane le obligó a incrementar la velocidad hasta que ambos llegaron al orgasmo al mismo tiempo.

Cuando todo hubo acabado cayeron sobre el colchón, jadeantes y sudorosos, pero abrazados, incapaces de apartarse el uno del otro.

Jacklyn se sentía triunfal mientras comprobaba la hora en su reloj de pulsera. Faltaban menos de cinco minutos para que el ayuntamiento cerrara, y si el señor Sullivan no presentaba las firmas y la documentación que sabía que Candance había estado recabando, finalmente el proyecto para el albergue juvenil se archivaría sin ninguna posible alegación por su parte.

Sentía el frío en la piel de su rostro, pero no le importaba. Sabía que aquella batalla era la más grande que había luchado y no pensaba perder, y menos frente a Candance. Recordó cuando la conoció, el día que su hermano Kevin la llevó a casa para presentarla a la familia. Desde el primer momento no le gustó. Candance era la perfección personificada, parecía que no tuviera ningún defecto y encandiló a sus padres al instante, pero a ella no le engañaba. Nadie podía ser como ella, que era capaz de mantener la sonrisa a pesar de las adversidades.

El sonido de un coche que se acercaba la alertó y al girarse para tener mejor visión de la calle descubrió que se trataba de la camioneta de Sullivan. «Maldita sea», pensó contrariada mientras se acercaba a la acera con la única intención de detenerle para que no llegara a tiempo.

Kane bajó del coche y abrió la puerta a Candance antes de dirigirse a la parte trasera de su vehículo, de donde sacó las dos cajas de las que dependía su futuro. Candance se situó a su lado y ambos, cogidos de la mano, caminaron aceleradamente hacia el ayuntamiento.

—¡Mierda! —exclamó Candance molesta al vislumbrar a Jacklyn, que se aproximaba a ellos por la acera.

—¿Qué sucede? —preguntó Kane preocupado.

—Es Jacklyn —respondió Candance mientras comprobaba la hora en su reloj—. Conociéndola como la conozco, estoy segura de lo que se propone.

—Ilumíname.

—Intentaré entretenernos con sus tonterías para que no lleguemos a tiempo —profetizó Candance segura. No era la primera vez que intentaba meterla en una encerrona—. Escúchame, Kane, ve por ese callejón —le indicó el lugar con un gesto de cabeza—. Hay una puerta trasera, yo me encargaré de ella.

—¿Estás segura? —inquirió Kane preocupado.

—Por supuesto, esta es la batalla final —expresó teatralmente, dedicándole una sonrisa triunfal.

Kane dudó, pero finalmente aceptó y atajó hacia el callejón antes de que Jacklyn llegara a su altura. Había escapado por los pelos.

—¿Dónde va? —preguntó Jacklyn con la respiración entrecortada cuando llegó junto a Candance, que se había detenido.

—¿Quién? —preguntó Candance fingiendo inocencia.

Jacklyn apretó los puños y clavó su mirada inquisitiva en el rostro de Candance.

—Candance, no te hagas la estúpida. ¡Ese tipo! —exclamó señalando el lugar por el que Kane había desaparecido segundos antes.

—¿Te refieres al señor Sullivan? —inquirió la aludida enarcando una de sus cejas.

—¡Sí, me refiero a él! —gritó Jacklyn frustrada—. ¿Cómo has podido hacerlo? —le reprochó fuera de sí.

—¿Hacer el qué?

—Lo sabes perfectamente. Te has aliado con el enemigo, con ese, ese...

—¿Con ese qué? —preguntó Candance mientras ponía los brazos en jarras, perdiendo la escasa paciencia que le quedaba respecto a Jacklyn.

—Con ese tipejo —concluyó Jacklyn—. ¿Qué te ha hecho?

Candance frunció el ceño ligeramente y se tomó un par de minutos para meditar la respuesta que le requería Jacklyn.

—Kane me ha despertado del letargo donde me encontraba. Me ha recordado que estoy viva y quién soy realmente.

—¿Y quién eres? —inquirió Jacklyn con sorna.

—Una mujer luchadora, que tiene sueños por cumplir y que jamás se rendirá. Todo lo contrario a ti.

—¿Cómo te atreves a tratarme así? ¿Acaso no sabes quién soy? —Su comentario sonó amenazante.

—Le diré yo quién es usted —expresó Kane con voz fría, sobresaltando a ambas mujeres—. Una mujer insatisfecha con su vida que no tiene nada que la llene, y por ese motivo necesita meterse en la vida de los demás. Verdaderamente, me da lástima —concluyó antes de tomar a Candance por la cintura, instándola a andar.

Candance subió al asiento del acompañante en silencio, analizando las palabras que Kane le había dedicado a Jacklyn, y que retrataban fidedignamente la verdad.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó cuando Kane se incorporó a la calle principal del pueblo.

—Porque no me ha gustado nada cómo te hablaba esa bruja. Y que dé gracias porque soy educado, si no habría añadido algo más y su marido no iba a salir bien parado.

Candance iba a reprocharle su intromisión. Ella era perfectamente capaz de encargarse ella solita de Jacklyn, pero su último comentario logró que estallara en sonoras carcajadas. Cuando al fin pudo acabar de reír, se percató de la dirección que tomaba Kane con el coche.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa otra vez, tenemos algo que celebrar. ¡Me han dado el permiso!

—¿Y Emily?

—Ya he hablado con tu madre, me ha dicho que irá ella a recogerla al colegio.

—Pero... —balbuceó Candance, con las mejillas teñidas de rubor, imaginando lo que su madre podría pensar.

—Le he dicho que tenemos algunos temas que discutir —expresó Kane mientras le guiñaba un ojo—, aunque solo lo haremos sobre quién se ocupará de ir a por leña cuando llevemos horas haciendo el amor.

Epílogo

Green Lake, Oklahoma.

Un año después.

Alice terminó de colocar una guirnalda dorada sobre la repisa de la chimenea y añadió tres bolas de color rojo para dar un toque de color al conjunto. Se retiró un par de pasos y lo estudió críticamente mientras su ceño se fruncía.

—Te ha quedado precioso, pero, ¿podrás esperar a que vengan para acabar de decorar el árbol? —preguntó Robert.

Alice se giró sobresaltada y clavó su mirada en su marido. Robert sostenía entre sus manos dos copas de talle alto cargadas con vino tinto.

—¿Te apetece? —inquirió mientras le tendía una de ellas.

—Gracias —dijo Alice devolviéndole la sonrisa a Robert. Luego dio un largo trago y disfrutó de su sabor.

—El pavo ya casi está —informó él mientras ponía la mano en la cintura de Alice y la guiaba hasta el sofá—. Siéntate, debes estar cansada, llevas todo el día liada organizando la casa.

—Tenemos invitados —le recordó Alice mientras ocupaba el sofá.

—Por el amor de Dios, Alice. Son Candance, Kane y Emily. Tu familia. Ninguno de ellos te juzgará. Debes aprender a relajarte.

—Sí, tienes razón —replicó Alice—. Lo que pasa es que es la primera navidad que celebramos todos juntos en completa felicidad, y eso se me hace extraño. No quiero que nada lo estropee.

Robert se sentó a su lado y colocó su brazo sobre los hombros de la mujer. Luego la obligó a pegarse a él. En un gesto tierno, besó su coronilla.

—Nada va a pasar. Además, tengo entendido que Kane tiene una gran sorpresa para Candance.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Alice confusa mientras clavaba su mirada en el rostro de Robert.

—Si te lo contara, dejaría de ser una sorpresa, ¿no crees?

—Pero... —intentó rebatirle Alice, pero el sonido del timbre se lo impidió.

—Tranquila, ya voy yo. —Robert abandonó su asiento y se dirigió a la puerta.

Poco después, Emily entró en el salón como un torbellino. No tardó en localizar a Alice y se tiró sobre ella, logrando que ambas cayeran sobre el sofá.

—¡Abuelita, abuelita! —exclamó mientras sus brazos aferraban fuertemente su cuello—. Te he echado mucho de menos —confesó antes de besarla repetidamente en la mejilla.

Alice sintió que algo cálido y dulce anidaba en su pecho. No podía negar que extrañaba a Emily desde que ella y Candance se habían ido a vivir a la granja con Kane, varios meses antes. Sabía que era ley de vida, pero aun así, la casa le parecía demasiado silenciosa sin sus chicas.

—Y yo a ti, mi amor.

—¡Oh, vamos, por favor! —exclamó Candance, que se había acercado a ellas y besaba la mejilla de su madre—. Si solo hace un par de días desde la última vez que os visteis —protestó.

—Candance —la llamó Kane, que aferró su cintura y la pegó a su cuerpo—, no seas

aguafiestas. ¿O quizás tienes envidia?

—Nada de eso, y por eso precisamente he pensado que Emily se podía quedar unos días aquí, ya que no tiene escuela.

—Me parece una idea fantástica —exclamó Alice más animada—. Y ahora, es hora de adornar el árbol —añadió mientras obligaba a la niña a levantarse junto a ella.

Tras la cena, que resultó deliciosa, jugaron a juegos de mesa. Emily empezaba a abrir la boca y Alice la instó a ir a dormir, pero Kane, abandonando el sitio que ocupaba en el sofá, se lo impidió.

—Espera un momento, por favor, antes deberíamos coger el regalo que guardan nuestros calcetines —dijo señalando la chimenea.

Emily no lo pensó dos veces, se levantó de la alfombra y corrió como el rayo hacia el calcetín que tenía bordado su nombre. Rebuscó en su interior y sacó un pequeño paquete. Al abrirlo descubrió que se trataba de una pequeña cajita que contenía una pulsera con su nombre.

—¡Es preciosa, me encanta! ¿Me la pones, abuela? —solicitó acercándose a Alice.

—Ahora es tu turno —inquirió Kane mientras cogía la mano de Candance y la obligaba a abandonar el sofá.

—Kane, no hacía falta... —dijo Candance.

—Claro que sí hace falta —dijo mientras la empujaba levemente hasta situarla frente a la chimenea.

Candance introdujo la mano en su calcetín y descubrió una pequeña cajita dorada. Notó cómo su corazón se aceleraba al imaginar lo que podía ser. Con dedos temblorosos abrió la tapa y descubrió un precioso anillo de oro blanco con un pequeño rubí incrustado. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando Kane se arrodillo frente a ella y cogió su mano.

—Candance Mayer, ¿quieres hacerme el honor de convertirte en mi esposa? —preguntó Kane, mientras sentía el estómago contraído.

Candance, con los ojos húmedos por la emoción, asintió con la cabeza de forma afirmativa y le tendió su mano. Era incapaz de hablar. Cuando Kane colocó el anillo en su dedo todos los presentes comenzaron a aplaudir. Kane se incorporó y abrazó a Candance contra su pecho mientras susurraba unas palabras junto a su oído.

—Te quiero con todo mi corazón.

—Y yo a ti, Kane, como nunca quise a nadie —replicó Candance emocionada.

—Tío Kane —dijo Emily, que se había acercado a ellos—. Aún faltas tú por mirar en tu calcetín —comentó mientras le guiñaba un ojo a Candance, gesto que no pasó desapercibido para Kane.

—¿Qué tramáis vosotras dos? —preguntó con sospecha.

—Tú mete la mano en el calcetín y lo descubrirás —indicó Candance enigmáticamente.

Kane hizo lo que le decían y palpó algo de forma extraña. Al sacarlo descubrió que estaba envuelto con un papel plateado. Era un objeto estrecho y alargado y, confuso, lo desenvolvió. Cuando descubrió que era una prueba de embarazo, elevó su rostro y clavó su mirada en el de Candance.

—¿Es cierto? —preguntó con la voz cargada de emoción.

—Por supuesto —replicó Candance segura, mientras guiñaba un ojo a Robert, que le había hecho una prueba aquella misma mañana.

—¡Dios mío! —exclamó Kane mientras cogía a Candance entre sus brazos y la hacía girar en círculos—. Soy el hombre más feliz del mundo. Gracias por tanto —dijo mirando a su alrededor,

a la que ahora era su familia—. Os quiero —confesó sin temor.

—¡Y nosotros a ti! —gritaron todos al unísono.

Kane sonrió al escuchar aquellas palabras, las que nadie le había dedicado antes, notando cómo el corazón se le encogía al sentirse, al fin, plenamente correspondido.

FIN

Mar Fernández Martínez

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

“Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.”

*Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, instagram...
<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>*

Otras obras de la autora

Contemporánea:

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

Atrapado en tu recuerdo.

Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”:

Besos con sabor a lluvia.

Besos con sabor a esperanza.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

El Halcón del Támesis (III).

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

Forajida.

La decisión de Elaine.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a Lavanda.

El corazón de Fiona.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.